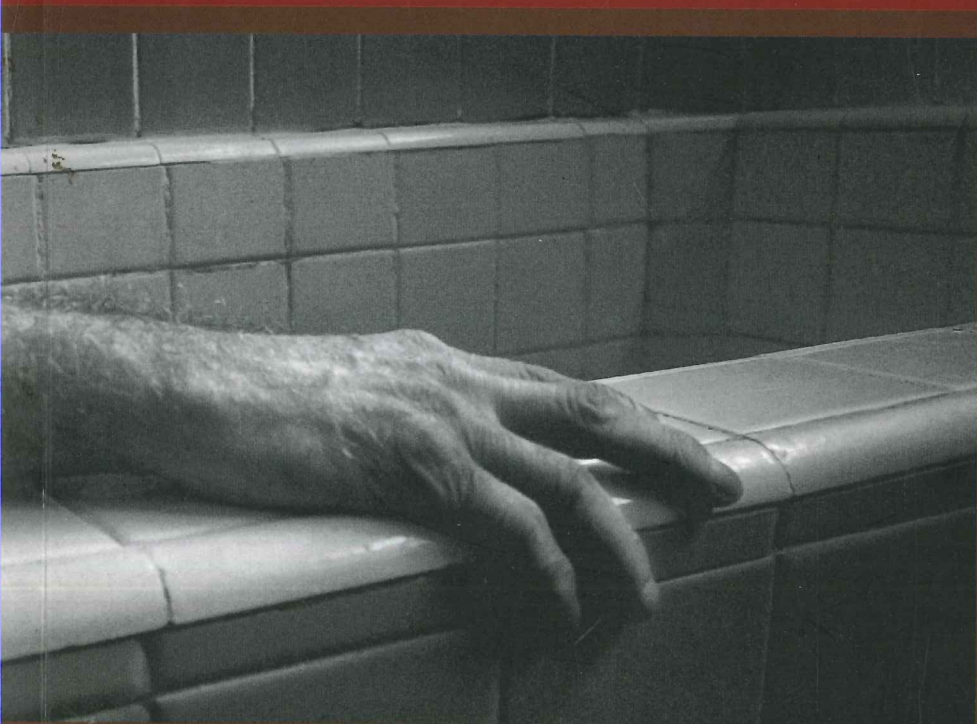


Novela corta de un pequeño dios malogrado

Fabio J Polanco



Fabio J Polanco

Novela corta de
un pequeño
dios malogrado

© 2011, Fabio J Polanco

En cubierta: Papá en la tina.

Foto: Pedro Samper – Javier Lizarazo

fabiojpolanco@gmail.com

www.libretadeabastecimientos.blogspot.com

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida por ningún medio, salvo autorización previa del autor.

A Eliana. Siempre.

“Ahora soy ligero, ahora vuelo; ahora me veo por debajo de mí, ahora baila en mí un Dios.”

F. Nietzsche.

Así hablaba Zaratustra

“Algo queda con nosotros, algo que no es el cuerpo ni el alma, más transparente que el aire, más perceptible que un resplandor, más real que la atmósfera, algo que los antiguos llamaban aura, que llena las habitaciones en las que ella vivió, que queda prendido en los objetos que ella tocó, algo indeciblemente real.”

Sándor Márai.

(Carta a una amiga, un mes después de la muerte de Lola).

1

Por las plantas que corresponden a la división de los espermatofitos, subdivisión angiospermas, clase monocotiledóneas y orden orquidales, comúnmente llamadas orquídeas, me gustan las mujeres.

Creo que —a pesar de haber nacido de una mujer, de haber sido alimentado por y de ella, y de no haber tenido más que maestras durante mi niñez— fui consciente primero de la existencia de las orquídeas, y del poder de atracción que ejercían sobre mi ser, que del sexo femenino, el cual no me interesó sino hasta cuando aprecié el increíble parecido entre una niña pelirroja de trenzas cortas que se sentaba junto a mí en segundo grado de primaria, y la Habernaria rhodocheila que se da en Brasil, y que aparecía en las primeras páginas de la *Guía Rápida de Orquídeas y Manual de Cultivo*, el libro más importante de mi infancia, el único que no podía faltar en mi maletín cuando salía de casa hacia el colegio.

El buen sentido del humor no es una de las características de mi personalidad. Rara vez se me ocurren comentarios divertidos sobre las cosas que suceden a mi alrededor y las bromas de los demás usualmente no me hacen la menor gracia. Por lo tanto, si mis alumnos me dicen Payaso no es por otra cosa que por mi aspecto físico: tiene Vidal una calva de aquellas que no presentan ningún rastro de haber sido pobladas en la parte superior del cráneo, en tanto que en sus costados, y sobre el occipital, se retuercen crespos tan juguetones que parecen infantiles. Si a ello se suma una nariz de punta notoriamente grande y redondeada, se entiende el porqué del mote y se evidencia, además, la enraizada falta de imaginación de estos burdos gérmenes de hombre, a los que simulo querer enseñar algo de biología y con quienes he desarrollado una relación que no puede ser más exitosa. El secreto, abnegados maestros y colegas: lograr importar a tus alumnos tan poco como ellos te importan a ti; es decir, alcanzar el manejo virtuoso de la indiferencia mutua, reina de las buenas relaciones humanas.

Me he detenido en el detalle del sobrenombre porque considero importante que Vidal, autor y protagonista de estas líneas, aparezca en ellas con una apariencia física ajustada a la realidad y no viciada por una vanidad que, aunque algunas veces lo ataca, siempre sabe injustificada. Así pues, no encajo en la categoría de hombre apuesto, ni produzco en la gente algún tipo de atracción social que la lleve instintivamente a desear conocerme o a tratarme con un respeto superior al que imparte a los demás. Por el contrario, soy de aquellos seres que poseen

la facultad de pasar inadvertidos. Cuando camino por las calles sé que nadie me está mirando, y cuando me dirijo a algún desconocido, un mesero, por ejemplo, debo llamarlo dos y hasta tres veces para ser escuchado. Nadie advierte la grandeza de mi poder. Para todos soy alguien normal, un hombre común. O quizá un poco menos.

3

Llegué a esta ciudad sin un propósito distinto al de huir de mi pasado, huir de las personas que gobernaron mi vida durante más de cincuenta años. Por fortuna no fue lo único que conseguí. Aquí encontré mi lugar. Y no estoy utilizando una tonta frase común para referirme sólo a un sitio agradable. Me refiero a algo mucho más trascendental: Mi Lugar. El sitio que existe en el universo con el único propósito de que yo llegue hasta él y que, por consiguiente y teniendo en cuenta la fuerza de tal predestinación, me convierte en un individuo que sólo existe para ocuparlo. Es el pequeño edificio en el que vivo. Una angosta y vieja construcción compuesta por tres pisos, un patio lateral y un muro que encierra toda la propiedad. En la primera planta hay una estrecha escalera de granito que lleva a los dos niveles superiores, y en cada nivel hay un apartamento. En el del segundo piso he vivido todos estos años, mientras que el del tercero ha permanecido deshabitado, sin que por ello esté abandonado, pues desde el comienzo, cuando encontré en el enorme manojo de llaves que me habían entregado, unas que lo abrían, me encargué de su mantenimiento. Quizá le hagan falta algunas mejoras al edificio, me dijo el dueño al darme las llaves a cambio del valor del

primer mes de arriendo. Se refería probablemente a los sectores en que el muro estaba destruido, a las ventanas rotas, al pasto del patio que cubría las rodillas del que vadeara por él, a la madera podrida en ciertos tramos del piso de los apartamentos, a la incipiente lama que nacía en algunos puntos de las paredes. Cuando llegué por primera vez no pude abrir la reja del muro porque la cerradura estaba inservible, así que tuve que atravesarlo por uno de sus boquetes, al tiempo que me preguntaba cómo podrían haberse hecho. Una vez adentro cualquier intento por evitar el contacto con la inmundicia al caminar era inútil, pues había heces sembradas por doquier y eran casi imposibles de detectar entre la maleza, antes de pisarlas. Cuando por fin alcancé la puerta del edificio, mi pantalón y mis zapatos estaban hechos un desastre. Miré asqueado la sentina que acababa de atravesar y me percaté de que al fondo se levantaba un magnífico roble grueso, tan alto como el edificio mismo. En ese momento no llegué a pensar, ni siquiera a intuir, que acababa de hacer el descubrimiento más importante de mi vida, que presenciaba la imponencia de un ser al que supongo eterno, una partícula proveniente del comienzo mismo del tiempo y que permanecerá después del fin de todo, el origen de la fuerza de atracción que había impulsado cada uno de mis pasos durante toda mi vida, el imán paciente que me había llevado hasta él. ¿Cómo imaginar que semejante muladar era, en verdad, mi valle del génesis? ¿que de las ramas de ese roble penderían mis creaciones desnudas y ateridas?

Pero no más dilaciones. Confieso: en ese lugar aparecen las mujeres que yo creo. Puedo crear las mujeres que se me antojen y hacer con ellas lo que me venga en gana, pues en la historia de la humanidad nadie le ha pertenecido a otra persona tanto como ellas a mí.

¿Y de qué manera habría podido Vidal crear una mujer si no fuera a partir de una orquídea? Me gusta pensar que cada hombre tiene sus ojos hechos para ver algo en particular, algunos se maravillan viendo joyas, otros estatuas de santos, gatos, zapatos. Mis ojos están hechos para ver orquídeas. También mi mente. Cuando llegué a la adolescencia inventé mi propio juego: pensar personalidades que se ajustaran a cada orquídea, siempre personalidades femeninas —porque imaginar un macho a partir de una orquídea es ridículo—. Así que he conocido orquídeas que van desde la niña tímida de la escuela hasta la mujer fatal de las películas. Cada una de ellas me ha atraído, cada una de ellas me ha arrojado a imaginar que soy el estúpido insecto que no puede ignorarlas, que tiene, irremediablemente, que volar sobre ellas, dar dos o tres vueltas para llegar a su labelo, ese pétalo sobre-desarrollado donde sus colores se multiplican, como si fuera un arco iris y como si el arco iris fuera la puerta secreta del cielo, porque el labelo es la entrada al órgano sexual de una orquídea, a los labios velludos que tiemblan cuando pongo mis patas de insecto sobre ellos y me bañan en polen sin que yo pueda evitarlo, sin que yo quiera evitarlo, porque lo que en realidad deseo, ahí, adherido a su superficie, es embadurnarme de todo lo que ella me quiera dar, quiero su polen, olerlo sobre mí, gustarlo en mi boca y volar cargado de él hasta otro labelo que me llame, que me diga Ven acá, quédate acá, dame el oro que traes y toma el mío.

pleaños cincuenta y dos y al final de ese día, tumbado en mi cama, sentí el placer de no tener a nadie a mi lado. Es increíble que un hombre como yo, el insignificante Vidal, a pesar de su clara insignificancia, se convierta en el centro de un sinnúmero de situaciones en las que otros le exigen acciones, presencias y omisiones. Dichas exigencias, poco a poco, van levantando una celda a su alrededor, que se hace más alta e infranqueable con la aparición continua de nuevos demandantes. Y el insignificante, quizá esperando poder destruirla ladrillo por ladrillo, intenta satisfacer las acciones, presencias y omisiones reclamadas; es en ese momento cuando a los demás se les revela que rodean a un insignificante —realidad abominable que les hace temer convertirse en su igual, temer una suerte de contagio, de reflejo—; entonces, no encontrando una solución posible, incrementan sus requerimientos y, de nuevo, el insignificante intenta satisfacerlos, una y otra vez, hasta que las fuerzas lo abandonan y queda exánime, sepultado en su celda, esperando el fin insípido de sus días. Hace siete años abandoné mi celda y llegué a esta ciudad. Atrás dejé dos matrimonios que quisiera no recordar, dos mujeres que no tuvieron problemas en olvidarme. No sólo no las reprimino: se lo agradezco.

No estaba persiguiendo que mi vida, por trasladarme, obtuviera algún significado especial. Lo único que quería era estar solo. Caminar y observar a la distancia. Divertirme siendo el sigiloso taxónomo que deambula entre las especies cazando, captando los detalles que las definen: la mirada bruta del hombre ignorante, el caminar de pasos cortos de una adolescente tímida, el contoneo elegante de una mujer madura que está despidiéndose de su belleza, el lascivo frotar de manos de un viejo sentado en la banca de un parque. La gente estaba en el

lugar adecuado: fuera de mi apartamento. De esa manera pasé meses enteros en una tranquilidad sin fisuras, producto de una rutina cumplida con rigor: en las mañanas dictaba las clases del colegio, tras lo cual, al terminar la jornada escolar, caminaba por un par de horas hasta mi casa; en las tardes me dedicaba al patio de mi edificio, en el que después de podar el césped y limpiarlo de heces y hasta de restos de animales muertos, comencé a plantar un jardín floral y a nutrir y a cuidar del roble al que, de una manera secreta y un tanto inconfesa, había comenzado a sentir como mi único amigo; y por último, al comenzar las noches, entraba a mi apartamento para organizar los aspectos operativos del día siguiente: ropa, dinero, comidas, etc. En fin: una versión simplificada de la vida. Una versión sin mujeres.

5

Emma: la última mujer de mi vida anterior.

Aún trabajaba en el Instituto de Protección para el Medioambiente Nacional y llevaba un mes de estar separado de Liz, mi primera esposa, cuando hablé por primera vez con Emma. Aunque ella también trabajaba en el instituto no nos conocíamos más que de vista, pues nunca nos había correspondido trabajar en un proyecto común. Estaba en la cafetería tomando mi almuerzo, sentado en una larga butaca que tenía varios puestos libres, cuando ella se sentó a mi izquierda. Me miró fugaz y sonrió cortés. Yo la imité. Luego de desempacar sus cubiertos plásticos colocó entre su bandeja y la mía un ejemplar de la revista *Bio*, abierto en un artículo sobre la Ophrys

iricolor. No pude evitar fijarme en una tabla taxonómica que ocupaba gran parte de una de las páginas y comenté en voz baja, casi sin darme cuenta de que lo estaba haciendo, dos posibles errores en los datos. Emma volvió a mirarme. ¿Te gustan las orquídeas? Levanté mis ojos y encontré una sonrisa que aún hoy me cuesta olvidar y que, a pesar de todo, adoré durante nuestro matrimonio: sonreía sólo con la comisura derecha de su boca y al hacerlo abría un poco los ojos resaltando unas pestañas largas que recordaban, curiosamente, los ojos de una muñeca plástica. Más que las mujeres. No sé por qué contesté eso. Si hubiera planeado esa conversación nunca se me habría ocurrido hacerlo. El hombre que estaba sentado frente a nosotros levantó la cara para observarme por un momento y luego continuó con su comida. La sonrisa de Emma se hizo más amplia y por un segundo la sentí atraída hacia mí. Vidal, Vidal, qué poco conquistador eras, con qué facilidad te escabullías de tu gusto por una mujer; y esa vez no fue la excepción, dejé mi almuerzo a medias, disculpándome por irme de modo tan abrupto, aduciendo no sé qué obligaciones que esperaban en mi oficina. Al mediodía siguiente Emma se sentó de nuevo a mi lado y dos meses después estábamos viviendo en su apartamento.

Durante esos dos meses Emma hizo todo lo necesario para que nuestra relación fructificara. En las noches, al salir del instituto, la acompañaba hasta su casa y en el trayecto, con frecuencia, Emma me proponía tomar un café o ir a cine, lo cual yo siempre aceptaba. Su apartamento me resultaba bastante acogedor, la decoración era sobria y de muy buen gusto, acorde con ella, con su voz pausada y suave que me producía una enorme tranquilidad, con sus manos de movimientos delicados al poner la música, al servir una taza, al posarlas sobre

sus piernas cruzadas. Un día me propuso salir a comer, y sentados a la mesa, con un candelabro de bronce en medio de nosotros, me pidió vivir con ella. El sitio estaba iluminado con largas velas blancas, lo cual, combinado con un mobiliario sencillo pero propio de una casa antigua, le daba al lugar un ambiente en el que se mezclaba la elegancia con un leve aire de bohemia de alta sociedad. No quería entregar el apartamento en que vivía, pero desde que su hijo se había ido a la universidad había demasiado espacio para ella sola. Y la idea de vivir sola no me atrae, ¿sabes?, su rostro, iluminado por el aura de la llama de la vela, se tiñó de un tono cálido que oscilaba entre el naranja y el rojo, sus ojos brillaban y sus pestañas se hacían imposiblemente largas. No soy buena para eso, necesito a alguien cerca, alguien que me haga compañía, y por lo que hemos hablado creo que tú también. La mayoría de las conversaciones con Emma giraban sobre un punto: nuestra vida familiar. Llevaba cinco años separada. Hablábamos de nuestras exparejas, de los errores que creíamos había cada uno cometido en su relación, de los motivos de esas separaciones, y del estado actual de nuestros sentimientos. Ella conocía mi discurso y yo el de ella. Discursos basados en frases contundentes como Dejé de amar a Liz antes de casarnos, o, Los últimos cinco años al lado de Liz no fueron más que un aplazamiento. Esas “verdades”, que son al fin de cuentas reducciones de la verdad, van formando un resumen de nuestra vida, un resumen cómodo que de tanto repetir a los demás se convierte en nuestro pasado, aun cuando sabemos que sólo lo es de manera parcial. Eso era lo único que conocíamos del otro.

Acepté vivir con ella como si me hubiera invitado a otra taza de café. Nos besamos y dormimos juntos en su casa. Emma parecía ser la posibilidad de dejar atrás

mi vida con Liz, el único segundo intento posible de Vidal para estar acompañado, después de una relación de veinticinco años que le había dejado dos hijos por los cuales nunca sintió mayor compromiso y que había terminado porque a medida que fueron creciendo, la casa se fue llenando de ruidos y problemas cotidianos que Vidal tenía que solucionar, quedándole cada vez menos tiempo para hacer lo único que le interesaba: sentarse en el jardín a cuidar de sus flores. Entonces adiós Liz, se va Vidal, Vidal la cáscara, la vaina que no cubre nada, que no protege nada.

En el año y medio que Emma y yo vivimos juntos no tuvimos ningún buen periodo. La verdad es que yo esperaba, por tener a alguien nuevo a mi lado, obtener también una nueva vida, con ilusiones distintas y, ojalá, con un sentimiento de aprecio que fuera creciendo con el paso del tiempo. Pero todo fue distinto. El día que me mudé a su departamento, después de organizar nuestra ropa en el armario, me di cuenta de que, aparte de sus prendas y de las mías, estaba colgado —en perfecto estado— el vestido de novio de Daniel papá, su exmarido. Emma se disculpó diciendo que lo guardaba para cuando Daniel hijo lo necesitara. Entonces guárdalo en una bolsa para que no se llene de polvo. No te preocupes, lo mando una vez al mes a la lavandería y cada dos años lo hago tinturar de nuevo. Habíamos hablado bastante del anterior matrimonio de cada uno, pero en aquellas ocasiones nunca me había percatado del tono que Emma utilizaba cuando hablaba de su antiguo esposo; sólo vine a fijarme en él cuando comenzamos a recibir visitas, por supuesto amigos de Emma, e invariablemente, cualquiera que fuera el motivo de conversación, Emma terminaba hablando de él, de sus habilidades en la cocina, o de su increíble parecido con Daniel hijo, o de la época en que él y ella

habían tomado clases de tenis, o de todos los lugares que habían conocido, bastantes más de los que yo creía que existían, por cierto. Entonces me di cuenta de que vivía con una mujer que estaba enamorada de otro hombre, un hombre, además, casi perfecto, pues el único error que había cometido en su vida había sido engañar a Emma con cuanta muchachita veinteañera se le atravesara, hasta que terminó dejándola por una con quien vivía desde hacía cinco años en una isla del Caribe. Daniel, la isla y una orquídea de veinte años. De seguro una *Comparettia macroplectron* de cintura minúscula y caderas anchas, muslos gruesos y vestido rojo. Soñaba con ellos. Daniel sénior copulando con las flores de la gigante orquídea gitana de veinte años, en una enorme casa trepada exterior e interiormente por enredaderas de inflorescencia variada; y yo mosca, hecho mosca, posado en un plato de restos de comida, contemplando satisfecho, harto y ahito, limpiándome los ojos, lamiéndome las patas.

Me derrumbé. No pude soportar saber que me había equivocado, que había vuelto a fallar. Con Emma no podría darle un sentido a mi vida. Había abandonado a Liz, no sólo porque no la amaba, sino además para liberarme de sus demandas, de mis obligaciones para con ella y para con mis hijos; porque ya no podía dar más, ya no tenía nada: necesitaba recibir algo. Éramos cuatro en la cama y yo terminaba exhausto. Yo encima de Emma fantaseando con ser Daniel papá que hacía el amor con la joven gitana en la arena. Poco tiempo después dejé de trabajar. Estaba a punto de cumplir cincuenta y un años y no encontraba nada apreciable en mi vida. Nada de lo que había hecho hasta el momento parecía tener algún valor real y parecía que nada de lo que hiciera lo tendría, así que dejé de ir a la oficina. Al comienzo Emma disculpaba mi ausencia en el instituto mintiendo sobre mi esta-

do de salud, hasta que la situación dejó de ser sostenible y fui despedido. Emma sintió que el orden de su vida se estaba derrumbando. Sus charlas conmigo pasaban de la ternura a la histeria. Lloraba y maldecía. Yo callaba. Pensaba en variaciones de mi Comparettia gitana, escondía dibujos que hacía de ella y en las noches, cuando Emma ya estaba dormida, me sentaba en la sala con mis plantas dibujadas y les hablaba y las cortejaba por horas.

En la clínica de descanso duré seis semanas, durante las cuales Emma me visitó sin falta cada domingo. Era afectuosa conmigo y parecía haber perdonado mi tedio. Creo que la idea de tener un marido a quién cuidar le gustaba. Tener un marido en la clínica le facilitaba las cosas: no estaba sola y sin embargo tampoco estaba acompañada de quien no deseaba estarlo. Por mi parte a las dos semanas de estar en la clínica ya me había tranquilizado, había dejado de pensar en la gitana de la isla y veía mi vida con mayor claridad. Entonces tomé el resto de mi estancia allí como unas verdaderas vacaciones: me dejé llevar por la comodidad de tener enfermeras, le tomé aprecio a las conversaciones con mis dos compañeros de habitación y aproveché el tiempo para planear la forma de alejarme de todo lo que me había rodeado. Sabía que al salir tendría que volver con Emma, pero también que de seguir con ella mi angustia volvería a repetirse; me volví consciente de mi incapacidad para ser la vida de alguien, de mi desidia para ser el futuro de alguien. Hablé con viejos amigos y terminé consiguiendo un trabajo de profesor en una ciudad que nunca había visitado. Conseguí un apartamento a un precio razonable y la promesa del dueño de apartármelo para cuando yo llegara a la ciudad. Tras salir de la clínica pasé un fin de semana más con Emma haciéndole creer que todo estaba en orden. Le dije que volvería a buscar un trabajo y que

nuestra vida mejoraría, que había sido una crisis pasajera, una mala jugada de la cabeza. Ella se veía tranquila, creo que no esperaba mayor cosa de mí; sólo quería tener a quién ver por las noches y con quién almorzar los sábados y domingos. Todos los sábados y domingos que quedaran por delante.

El lunes siguiente, después de despedirla en la puerta, tendí su inmensa cama, metí mi ropa en una maleta y al salir aseguré el apartamento y tiré la llave bajo la puerta. En el avión dormí profundamente. Al despertar había aterrizado en esta ciudad.

6

Ser maestro en un colegio, de alguna manera, es semejante a ser celador en un museo. No lo digo, cabe aclarar, por la salvaguarda de una serie de objetos de apreciable valor cultural, pues en un colegio, comenzando por sus alumnos y continuando por los maestros, no hay nada de apreciable valor cultural. En realidad lo digo porque en cada jornada uno ve exactamente las mismas cosas. Cada jornada es la repetición de una jornada origen, ubicada nadie sabe en qué punto de qué calendario. Lo único que cambia son las palabras, y las palabras son lo menos importante en un colegio. Entro a un salón a hablar de algo que podría ser cualquier cosa y respondo a una o dos preguntas, que hacen siempre el mismo o los dos mismos estudiantes; entre tanto, los otros hacen lo mismo cada día, cada uno tiene su propia forma de no escucharme, de escapar a lo que digo: el que garabatea en su cuaderno cuando hablo siempre lo hace, el que mira

por la ventana siempre lo hace, también el que molesta a los otros y el que muerde distraído los lápices. En los descansos, en la cafetería destinada para los maestros, veo llegar a mis colegas siempre en idéntico orden, con el mismo rostro cansado de ser el mismo cada día. Cada uno toma su pocillo, se sirve la habitual cantidad de café y el número de cubitos de azúcar de siempre. Se sientan en la misma silla, ponen el codo izquierdo en la esquina de la mesa, o la mano izquierda sobre su pierna, o la mano izquierda se rasca la oreja, o la mano izquierda sobre el pocillo, tapándolo, para que el vapor le caliente la palma de la mano. Cada uno de ellos tiene también su propia forma de no escuchar, de escapar. Cada jornada veo los mismos cuadros, las mismas estatuas. Cada día recorro las salas del museo en el mismo orden. Pero todo orden establecido es susceptible de ser alterado.

Mi orden lo alteró la mamá de Guzmán. Guzmán era uno de esos muchachitos cuyo comportamiento me hace dudar de la precisión de las teorías evolutivas, las cuales consideran que el estado actual de nuestra especie es el resultado de largos períodos de tiempo en los que se han ido, pacientemente, gestando cambios morfológicos que, a su vez, han posibilitado diferentes procesos de socialización. Pero al ver a un Guzmán de 7 años —corriendo y gritando con una piedra en la mano, ocupado en la persecución de otro Guzmán—, uno se da cuenta de que no es más que una cría de troglodita; de que si Guzmán llegara a una horda de trogloditas sería aceptado de inmediato, y de que él no podría sentirse más a gusto en otro lugar. Cuando Guzmán nació, de seguro fue un completo simio bebé: ojos perezosos, tez oscura, cabello negro, labios anchos y poco definidos; pero en veinte años, tan sólo en veinte años, será un moderno hombre de negocios: espalda ancha y recta, mirada penetrante,

sonrisa ganadora, corbata de rayas y zapatos brillantes. Veintisiete años van a bastarle a Guzmán para demostrar la equivocación de Darwin; para evidenciar el error que nos ha gobernado.

Entré a la sala de reuniones para confirmar que nadie estuviera esperándome, situación habitual en mi horario de atención a padres; sin embargo, tan pronto me vio, una mujer se acercó a hablarme. Soy la mamá de Felipe Guzmán, uno de sus alumnos. Bastante atractiva. Impensable que algo como Guzmán, por lo menos en la etapa evolutiva de ese momento, proviniese de una mujer como la que estaba observando. Profesor Vidal... —la corta pausa viene acompañada de una mirada sostenida sobre mis ojos; no con frialdad sino, por el contrario, con bastante picardía—. Estoy muy preocupada por las notas de Felipe en biología, le está yendo bastante mal. Un sudor de gotas gruesas y frías comienza a brotar en mi nuca. Cálmate Vidal. Yo ya he hablado con él, profesor Vidal. Se escucha tan bien Vidal en su boca, de repente es tan sonoro mi nombre. Pero es que Felipe es tan malo para eso de las matas y los bichos. Mientras habla tiene todo el tiempo un asomo de risa en su boca, como si estuviera recordando algo gracioso y fuera a romper a reír; pero no lo hace, es sólo un gesto que la hace ver alegre, divertida, casual, un gesto de seguro practicado a lo largo de muchos años de flirteo, un gesto incorporado en la expresión con que coquetea, igual que su mirada cargada de significado y la forma de llevarse mechones de su cabello rubio tras la oreja derecha. ¿Usted cree que podríamos hacer algo? Una gota se desprende de mi nuca y la siento bajar helada y rápida por la espalda. Tantas cosas, tantas, tantas, se podrían hacer con usted doña Guzmán; pero no Vidal: Vidal tiene que irse rápido, sus alumnos lo esperan ansiosos: hoy les va a hablar de la diferencia

entre las relaciones simbióticas y las parasitarias; además necesita agua, hace tanto calor en esta sala. No se preocupe, señora Guzmán, le dije, Yo me encargo de ayudarle a su hijo, es cuestión de ponerle más atención que a los demás. Última mirada. Qué amable es usted, adiós, profesor Vidal. Última sonrisa, ahora completa. Me dio la espalda y justo cuando iba a estudiar su talle, su cadera, el contorno de su pequeña falda, un rostro masculino picado de viruelas se me puso al frente. Me dijo el nombre de algún muchachito, me obligó a verlo y a sonreírle. La señora Guzmán estaba ahora al final de la sala con Castillo, el profesor de dibujo. Un engreído insoportable de más de ciento veinte kilos que en un par de ocasiones había intentado conversar conmigo lanzando comentarios “casuales” sobre las alumnas de los últimos grados. Intenté concentrarme en el hombre que me hablaba, en las palabras que salían de su boca; pero cómo ignorar que la señora Guzmán acababa de soltar una risa sonora y apetecible y que ahora Castillo se atrevía, con su mano de nudillos hundidos, a tomarla del codo, como si fueran amigos o conocidos de toda la vida. ‘Sí, sí, contesté a una pregunta que el papá acababa de hacerme. Luego lo vi moviendo las manos para explicarme un asunto que ahora me esforzaba por no escuchar, por filtrar del sonido general de la sala, intentando atrapar algo de la otra conversación. Al no lograr entender nada de manera nítida, terminaba desviando la mirada para mantenerlos vigilados, así fuera intermitentemente, y minutos después, cuando las entrevistas tenían que estar llegando a su término, descubrí a Castillo con la mirada fija, sin el menor disimulo, sobre el escote de la blusa de la señora Guzmán, a quien esto no parecía contrariarle. Cuando el padre de familia me ofreció la mano, entendí que, por fin, se había terminado nuestra reunión. Me quedé un rato más, simulando que organizaba unos papeles, y vi a

Castillo inclinarse sobre la mesa para despedirse con un beso en la mejilla, tras lo cual la señora Guzmán se encaminó a la puerta golpeteando el suelo de madera, a cada paso que daba, con unos tacones altos y delgados. Pasó a mi lado y me dejó atrás sin darme una última mirada. Su largo cabello rubio se movía en perfecta armonía con sus hombros mientras desfilaba hacia la salida. ¡Uhhh! Pedazo de culo, ¿no, Payaso?, me dijo Castillo al oído, Con eso y un bizcocho y hasta mañana a las ocho. Me propinó un codazo y se alejó de nuevo al fondo de la sala. Me lo imaginé detrás de mí, asqueroso áfido chupador del que había escuchado que era el “terror” de todas las secretarias del colegio, mordiéndose los labios al verla salir. Cuello largo, espalda ancha, cintura angosta. Una cruz. Guzmán, el único antropoide que ha nacido de una *Anacheilium crassilabium*, obtuvo desde entonces las mejores notas en biología de toda su clase.

7

Durante las siguientes semanas mi vida se turbó de una manera que no pude ni quise evitar. En el colegio esperaba todo el tiempo a que el portero me interrumpiera a la mitad de una clase, o me detuviera en medio de un pasillo para avisarme de la llegada de la señora Guzmán; al terminar la jornada escolar vigilaba cada paso del minúsculo troglodita, esperando que su madre fuera algún día a recogerlo; mis caminatas, apacibles y despreocupadas, cambiaron de carácter, dando paso al desasosiego y al deseo de encontrarla a la vuelta de cualquier esquina, pues me habitué a merodear por el barrio en el que vivían el neandertal y su madre —información que había

logrado averiguar una tarde hurgando los archivos del colegio—, preparando frases que denotaran sorpresa y explicaran la razón de mi presencia en ese sitio; y, de un momento a otro, me encontré por las tardes en mi jardín explicándole a una Guzmán Anacheilium imaginaria los mecanismos de defensa de los acantos que comenzaban a crecer, los cuidados que había que tener al sembrar siemprevivas, los periodos de florecimiento de las bellahelenas. Pensaba en ella constantemente y me acostumbré a pretender que estaba a mi lado. Fue la época en la que transformé el edificio: pinté las paredes, sembré flores en los balcones de los dos apartamentos, cambié los vidrios que estaban rotos. Logré mejorar casi por completo la apariencia del lugar, hasta el punto de que pasó de ser una cochamblera abandonada a convertirse en un sitio habitable que, incluso, podría parecer bello, de no ser por los boquetes del muro, que requerían más trabajo del que estaba dispuesto a realizar en esos momentos.

Por las noches me encerraba en el apartamento y hablaba con mi compañera virtual de las increíbles diferencias entre las orquídeas europeas y las americanas, de los casos de hipercromía o hipocromía en las unas y en las otras, sin reparar en el tiempo, en las horas que se iban con el mismo vértigo con que los granos de café caen de un saco que se ha roto. En este punto tengo que hacer una pequeña confesión, pidiéndole a la verdadera señora Guzmán, en el hipotético caso de que llegue a leer estas líneas, que disculpe mi infidelidad. Al evocar a la mujer que había conocido en la sala de reuniones, cambiaba de ella, de manera consciente, su sonrisa por la de Emma; tal vez porque al hacerlo lograba una imagen mental más nítida, más cercana; o, quizá, por el encantamiento que siempre la sonrisa de Emma había ejercido en mí. Así, la mujer de mis fantasías era la mamá de mi alumno,

pero con la boca de Emma, con las pestañas de Emma y, también, con sus ojos de muñeca plástica. Por lo demás, señora Guzmán, usted me acompañó, tan íntegra como mi memoria lograba recrearla —día y noche— durante varias semanas. Parecía que en mi cabeza hubiese habido un lote vacío, una parcela desocupada, y yo hubiera decidido construir en ella una casa de una sola planta: Villa Doña Guzmán, para vivir allí acompañado de mi Guzmán *Anacheilium crassilabium* variación Emma, que me escuchaba sonriente, absorta en mis conocimientos sobre hibridación o polinizaciones cruzadas; fascinada con mi facilidad de expresión, con mis ademanes amplios; seducida por Vidal, el atractivo hombre maduro que sabe lo que quiere, cómo lo quiere, cuándo lo quiere y, sobre todo, cómo pedirlo, cómo tomarlo.

Un día me dijo ¿Por qué no cultivas mi *Anacheilium*? La idea me encantó. Me di cuenta de que por primera vez tenía la libertad y el tiempo necesarios para desarrollar una colección de orquídeas cultivadas por mi propia mano, en la que la *Anacheilium* sería la primera. El patio era el sitio perfecto para construir un invernadero. Si lo ubicábamos entre el roble y el costado norte del muro quedaría semiescondido y protegido de los indigentes que solían entrar al patio a pasar la noche. También nos encantaba el proyecto de montar un laboratorio de plantación *in vitro* más adelante, así que al tiempo que trabajábamos en la construcción, clavando parales, fijando las paredes de vidrio o instalando las estanterías, le explicaba a mi compañera los detalles de un proceso de cultivo artificial, los equipos necesarios y los inconvenientes más comunes. Al terminar, cualquier experto habría calificado nuestro invernadero como una pequeña joya del ramo, pues a pesar de sus escasos dos metros cuadrados podría alojar una buena cantidad de orquídeas, respetan-

do para cada una de ellas el espacio y la cantidad necesaria de aire y luz. Luego compramos las dos orquídeas que se requerían para el cruce y lo efectuamos. El polen que extrajimos de una lo llevamos, previendo posibles abortos, a dos de las flores de la planta que debía cumplir el papel de madre. En efecto una de las flores abortó; en cambio la otra desarrolló una vaina que al cabo de unas cuantas semanas había tomado el color y el tamaño adecuados. Al igual que el vientre de una mujer en gestación va creciendo con el paso de las semanas, adyacente a la flor de una orquídea polinizada, en su tallo, se forma una vaina que contiene las semillas de la nueva flor y que se irá ensanchando día a día. Cuando el período de gestación llegue a su fin, la flor estará seca y el abultado tallo se abrirá, dejando expuestas miles de diminutas semillas que, en condiciones naturales, el viento esparcirá sobre el terreno aledaño. De todas ellas, finalmente, sólo unas cuantas encontrarán las condiciones necesarias para germinar y terminar su desarrollo. Mi Guzmán Anacheilium y yo monitoreábamos la planta a diario y en el momento en que la vaina tomó determinado grosor me di cuenta de que lograríamos sin dificultad el nacimiento de las semillas. En cuatro meses van a nacer tus semillas, le dije. Ella sonrió, como siempre, igual que Emma.

Cuatro meses son, en algunas ocasiones, demasiado tiempo. Estoy sentado tomándome una taza de café en la sala de profesores cuando entra Felipe Guzmán buscando al mastodonte de Castillo. Este se pone de pie, le entrega un par de papeles al muchacho y lo despacha con dos palmaditas en la espalda. Luego mueve su cuerpo rollizo hacia mi silla, se sienta a mi lado y me dice bajito Si viera cómo le va de bien a la mamá de éste en mi clase. Me quedo con la taza suspendida en la boca. ¿Se acuerda del día que vino a hablarnos? pues a Felipito le siguió

yendo mal en dibujo y la señora vino a pedirme clases particulares, pero para ella. Castillo produjo un ruido que ubiqué entre una risa y el crujido de un cucarrón aplastado, se dio una palmada en la pierna y me dejó sentir la pesadez de su aliento al pegarse a mi cara para decirme ¡Uy, Payaso, qué vieja para manejar el compás!

Ese día encontré vacía mi casa y, entonces, pensé que mi Guzmán *Anacheilium crassilabium* se había ido para siempre.

8

La calle en la que vivo es casi tan solitaria como mi edificio. Quizá la poca frecuencia con que la recorren autos o peatones se deba a que es una calle que no linda con ninguna avenida importante, o quizá a que pertenece a un barrio deprimido y desagradable. Sin embargo una tarde la encontré atestada de gente y con una patrulla policíaca aullando al lado de mi edificio. Comencé a acercarme al tiempo que trataba de entender lo que estaba sucediendo. Frente a una de las aberturas del muro que circunda mi patio la gente se agolpaba como moscas carroñeras, una caterva de la que entraban y salían personas haciendo comentarios que lograba escuchar sólo de manera parcial. Al parecer habían encontrado a alguien en el lugar y aunque supuse que se trataba de uno de los indigentes que abundan en el barrio, preferí esperar a entender la situación antes de presentarme ante la policía como el único habitante del sitio. Hablaban de una mujer. Está desnuda, le escuché decir a alguien. Muy bonita, dijo otro. Me metí entre la multitud, tratando de

visualizar el espacio en el que llevaba más de seis meses dedicado a la jardinería sin advertir nada anormal, tal y como tampoco lo advertí en ese momento. Y es que el destino gusta de hacernos caminar sobre él sin hacerse notar. Cuántas veces se detiene un hombre en la esquina donde morirá, sin siquiera pensar en la muerte.

Alguien había avisado a la policía que una mujer desnuda estaba sentada bajo el árbol que sobresalía del muro. Será una de las hijas de Suárez, gritó una voz masculina, Que son las que se la pasan borrachas trabajando en la calle. Unos metros más adelante una mujer de grandes aretes dorados —supongo que una de las mentadas hijas de Suárez— estiró el cuello e insultó al que acababa de gritar, con un par de ofensas cargadas de una jerga callejera tan intrincada que tan sólo pude captar el ánimo del mensaje, mas no su significado. Un tercero agravio a los dos anteriores, y un cuarto envió un improperio, bastante descriptivo e ingenioso, para todos y cada uno de los que estábamos presentes. En fin, comencé a darme cuenta de que había un barrio rodeándome, vecinos que se conocían entre ellos, una comunidad. Eso sí: una comunidad bastante peculiar, formada, por un lado, por ancianos a los que se les notaba el miedo cada vez que alguien gritaba y, por el otro, por hombres de aspecto agresivo y mujeres de mala apariencia, varias de ellas embriagadas. Nadie parecía conocerme, nadie parecía reconocer en mí a uno de los habitantes del barrio, y pensé que eso era lo mejor que podía pasar, pues de lo contrario, si me presentaba en ese momento, estaría arriesgándome, eventualmente, a recibir una puñalada en la espalda o a contraer una enfermedad venérea o, peor aún, a convertirme en el único hombre decente del barrio, apto para ayudar a los ancianitos a cruzar la calle, para reparar tuberías, o para servirles de esclavo personal. Así

que preferí seguir en silencio y no entrar a mi casa hasta que todo hubiera pasado y la calle volviera a su soledad habitual. De un momento a otro el grupo de gente que estaba pegado al muro comenzó a retroceder y los que estábamos atrás tuvimos que reacomodarnos; el gentío se dividió formando un pasillo para dar paso al personal de la patrulla. Por uno de los boquetes del muro apareció un policía obeso, que después de salir se giró para recibir a la mujer que habían hallado. La corpulencia del hombre me la ocultó por completo y sólo cuando dieron algunos pasos, ya en la calle y en dirección al carro de policía, pude ver su espalda y entonces, sin esperármelo, la reconocí. Iba envuelta en una manta improvisada a modo de bata que dejaba al descubierto una parte importante de su torso. El mismo cuello espigado, el mismo cabello rubio y la misma cintura, apenas entrevista por la inapropiada abertura de la manta y por la curva dibujada en su contorno. De nuevo la cruz. Llevaba meses sin ver a la señora Guzmán real, incluso sin pensar en mi imaginaria Guzmán Anacheilium, pues mi obsesión se había transformado en desprecio desde el día en que Castillo me había dado a conocer sus “retozos educativos”; y, sin embargo, me atacó un azoramiento mayor que el del día en que la conocí. La rabia, las fantasías, el deseo, la proximidad de su cuerpo desnudo, todo me golpeó de repente. Sobre mis hombros sentí el cansancio de un hombre que carga a un muerto por el desierto. Debía calmarme y acercarme; al fin y al cabo parecía ser el único que la conocía, podría dar razón de ella, ayudarla en una situación tan bochornosa, ser su salvador, levantarla en mis brazos gritando ¡Rápido, al hospital! y decirle que, a pesar de lo que había hecho, podía perdonarla y que ahora me haría cargo de ella y velaría por su bienestar. Pero su cuerpo estaba casi desnudo, la delicada tela de la bata parecía querer resbalar y un escalofrío tenue me

erizó la espalda. En ese momento logré atisbar su rostro y respiré aliviado: no era ella. Vidal, Vidal, qué forma de desmoronarte, qué caballero de arena, mira cómo has quedado. Estaba empapado en sudor, exhausto. Me apoyé en un hombro que se sacudió al instante. En verdad se parecía bastante a la mamá de Felipe, sobre todo viéndola desde atrás; pero su cara era bastante diferente: tenía el mentón delgado, la nariz pequeña y los labios poco carnosos; incluso, calculé ahora que comenzaba a recobrar mi tranquilidad, era en realidad de una altura muy cercana a la mía, a diferencia de la señora Guzmán real, que me aventajaba en por lo menos diez o quince centímetros. Pero aunque ya sabía que no era ella, la mujer que acababa de salir de mi patio me era demasiado familiar, y me producía la misma sensación que se puede tener al ver, tras doblar por una esquina cualquiera, a un viejo compañero de la universidad o de la infancia, la de encontrar un rostro que uno sabe que pertenece a alguien con quien ha tenido trato, pero que no logra identificar. Una situación semejante a la del juego infantil en el que al niño se le entrega una ficha con forma de estrella, para que escoja en un tablero lleno de nichos disímiles —cuadrados, estrellas, círculos, polígonos—, aquel en cada una de las puntas de la pieza va a casar con exactitud.

Al llegar al carro se detuvieron para que el policía abriera las puertas. Fue entonces cuando la mujer, con los dedos índice y anular de su mano derecha, se llevó un mechón de cabello tras la oreja, volteó su rostro y me sonrió. Si bien esto ya fue de por sí bastante extraño, en especial si se tiene en cuenta mi descripción física y la cantidad de personas que había a mi lado, no fue lo más inquietante. Lo que de verdad me perturbó fue la singularidad de su sonrisa: sonrió sólo con la comisura derecha de su boca y al hacerlo abrió un poco los ojos, resaltando

unas pestañas largas que recordaban, curiosamente, los ojos de una muñeca plástica. Y entonces encontré el nicho que había estado buscando para esa ficha. El rostro de la mujer dejó de serme apenas familiar y se convirtió en uno conocido, un rostro con el que había convivido en mi apartamento, un rostro que hasta el momento había oscilado entre la vaguedad y la definición, un rostro que, en teoría, no debía existir, que, supuestamente, era sólo imaginario.

La patrulla se alejó con la mujer en su interior y la gente comenzó a dispersarse. La tarde comenzaba a volverse noche y aunque todo en el mundo se movía, yo era la raíz terca, profunda, en el aluvión. Pero mi quietud era sólo externa y estaba circunscrita a mi cuerpo, pues mi mente, en cambio, era un ir y venir de preguntas e hipótesis casi simultáneas. ¿Cómo era posible que mi imaginaria Guzmán Anacheilium existiera en realidad? De plano me parecía improbable que todo hubiese sido una visión o que estuviese volviéndome loco. Quizá ya conocía a esa mujer con anterioridad, pensé, y al imaginar a mi Guzmán Anacheilium la había tomado, de modo inconsciente, por modelo. Pero de ser así ¿cómo era posible haberla olvidado? Quizá la había visto en una sola ocasión (una madre del colegio, por ejemplo), y su imagen se había quedado grabada en el subsuelo de mi mente y había emergido después. Pero si así fuera ¿cómo explicar su parecido con la verdadera señora Guzmán? Podrían ser hermanas, pensé. Entonces sería lógico que fuera una mamá del colegio. ¿Había escuchado alguna vez que un primo de Felipe Guzmán estudiara con él? Sin embargo, de cualquier manera, seguía siendo inexplicable su parecido con Emma, que tuvieran la misma sonrisa. Sentí un carro pasar muy cercano a mí, casi tocándome, y eso me hizo salir de mis cavilaciones. Ya

había anochecido.

Entré al edificio y subí a mi piso concluyendo que debía de haber visto a esta mujer en algún lugar y que por el parecido que tenía, tanto con la señora Guzmán como con Emma, se me había quedado grabado su rostro, para luego, sin saberlo, echar mano de él al imaginar a la mujer con la que me había obsesionado durante varios meses. Al llegar a mi apartamento me senté en el sofá de la sala, mientras me aseguraba a mí mismo que todo había sido una casualidad, que el mundo no puede escapar a la razón. Pensé en hacerme un café y me puse de nuevo en pie, con la intención de ir a la cocina; sin embargo lo que en verdad hice fue rodear el sofá, abrir la ventana y mirar hacia el patio. Entre las sombras del muro y de las ramas del roble, proyectadas por la escasa luz del alumbrado público, me pareció ver la forma de un objeto junto al árbol. Salí del apartamento y bajé las escaleras pensando que quizá había encontrado alguna pertenencia de la mujer, algo que me diera luces sobre quién era.

Comencé a atravesar el patio sorprendido por la extrañeza que la noche le confería al lugar y caí en la cuenta de que era la primera vez que lo recorría a esas horas. El espacio familiar al que dedicaba todas las tardes me pareció entonces, sin la luz del día, ajeno, y caminaba por él inseguro, temeroso de pisar mis astromelias o de tropezar con mis acantos. A medida que avanzaba noté que la luz de los postes de la calle estaba atenuándose. Miré el cielo: la noche estaba cerrada en negro, sin luna, sin una sola estrella. Me fui internando en una penumbra, hundiéndome en ella mis manos y mis brazos, extendidos al frente, igual a un fantasma que quedara atrapado en un muro negro al intentar atravesarlo. La luz desapareció. Me pregunté qué había pasado, me froté los ojos y tra-

té de verme las manos. Tenía el desconcierto propio de quien se queda ciego de un momento a otro. Miré hacia atrás. Nada. Parecía tener los ojos vendados. De repente la oscuridad comenzó a agrietarse con manchas grises, similar a una tela que se rae dejando pasar una mayor cantidad de luz y vislumbre a unos metros el contorno difuso del árbol. Luego de dar un par de pasos, el contorno comenzó a hacerse más nítido, al igual que la forma del invernadero a su lado, al tiempo que una corriente de viento helado me golpeaba en el pecho. Caminé hasta el árbol, extrañado con la rapidez con que se había formado la borrasca que ahora me rodeaba y cuya fuerza me dificultaba la tarea de abrir los ojos por completo. Al pie del roble estaba el objeto que había descubierto desde mi ventana. Me acuclillé sin acabar de creer lo que estaba viendo. Recorrí su forma con mis manos, le di vueltas para estudiarlo por todos sus flancos y, aun así, me costaba convencerme de que lo que había encontrado no era otra cosa que la inmensa vaina abierta de una orquídea. Calculé que mediría más o menos metro y medio de largo, por ochenta o noventa centímetros de ancho. Miré hacia arriba, buscando de manera absurda la planta de seis o siete metros a la que pertenecería y, por supuesto, sólo encontré las ramas del roble agitadas y entrecruzándose unas con otras. El viento se volvió tan fuerte que pensé que lo mejor sería entrar al invernadero, donde podría esperar a que cambiara el clima y donde dispondría de luz eléctrica para estudiar la vaina. Entré con prisa tratando de evitar que se colase el frío y prendí la luz. El pequeño bombillo de bajo vataje, colgado de un cable, iluminó mis orquídeas y, entonces, lo comprendí todo. Me quedé inmóvil junto a la entrada, suspendido por un par de segundos en la contemplación de la planta que mi imaginaria señora Guzmán y yo habíamos polinizado. La vaina de la planta también estaba abier-

ta. El día anterior había estado aseando el invernadero y no recordaba haber visto signos de que la aparición de las semillas fuera inminente; sin embargo ya se había producido y, justamente, el mismo día en que una vaina inmensa aparecía en el patio de mi casa. Comparé la cápsula gigante con la que se había abierto en la planta y me parecieron idénticas, cada una copia de la otra, y comprendí que de alguna forma las dos vainas eran la misma. Había imaginado una mujer, me había obsesionado con ella por varios meses y había polinizado la orquídea que para mí la representaba; ahora aparecían, al mismo tiempo y en el mismo lugar, las semillas maduras, una vaina gigante y una mujer, tan real como cualquier otra, idéntica a aquella que había imaginado. No podía ser casualidad, pues la casualidad opera siempre ajustada a los límites de la razón, y la cápsula gigante, y la mujer semidesnuda que se habían llevado en una patrulla de policía, estaban destrozando esos límites. Comencé a deslizarme con la espalda pegada a la puerta hasta casi quedar sentado en el piso. No podía dejar de observar la vaina de la orquídea, abierta a semejanza de unas manos en cuenco, ofreciéndome las semillas. Estaba ahí, contundente, exigiéndome que la viera, que aceptara su condición de prueba irrefutable, anulando las posibilidades lógicas. Pero también exigía, comprendí, que saliera del espasmo mental en el que me encontraba, pues una vez abierta la cápsula, las semillas quedan expuestas al contacto de cualquier agente infeccioso que, en caso de darse, las mataría sin duda. Me incorporé de inmediato, salí del invernadero sin siquiera cerrar la puerta y corrí hacia el edificio en medio del ventarrón. Alcancé apenas a arrancar la carrera, a correr escasos tres metros cuando volví a quedar sumido en la oscuridad. Me detuve de inmediato. El viento había desaparecido, como si yo acabara de entrar a una habitación y se hubiera cerra-

do la puerta. Era la misma ausencia de formas extrema que había experimentado unos cuantos minutos antes, al atravesar el patio en dirección al roble, la que ahora se repetía. Comprendí, acepté, que no estaba frente a un fenómeno natural, que había una franja de ceguera que debía cruzar, una suerte de muralla que esa noche rodeaba al espacio en el que estaban el árbol y el invernadero. Arranqué a correr de nuevo y en menos de un segundo volví a la penumbra normal de la noche, en medio de sombras y claroscuros, sin borrascas y casi en la entrada de mi edificio.

Subí apresurado por las escaleras, pensando en que si Castillo no me hubiera contado de él y de la mamá de Felipe Guzmán, yo no habría decidido tirar las semillas a la basura una vez aparecieran, sino que estaría listo para recolectarlas y cultivarlas con el cuidado necesario. Pero ahora no tenía algodón, alcohol ni, menos aún, una jeringa. Entré a la cocina, me lavé las manos con esmero y tomé un puñado de servilletas de un paquete nuevo. Volví al patio, me abismé en la oscuridad y volví a estar frente al árbol, en medio del ventarrón y atravesado por el espanto de ver que había cometido el error de dejar abierto el invernadero. Sucedió lo peor que podía suceder. A causa de mi torpeza y del viento que se había colado, la cápsula de la orquídea estaba casi vacía. En el piso debían estar las miles de diminutas semillas que habían nacido, ahora echadas a perder. Me contuve de gritar, de maldecir, de romper a patadas el sitio entero. Revisé la vaina y encontré que aún quedaban algunas semillas adentro. La probabilidad de lograr de una de ellas el cultivo exitoso de una *Anacheilium* era diminuta, debido a las infecciones posibles por el contacto mismo con el viento y por no tener herramientas adecuadas para manipularlas; sin embargo vacié el contenido de la cáp-

sula sobre una de las servilletas con el mayor cuidado posible, la doblé y la guardé en uno de mis bolsillos. No podía hacer nada más en ese momento. Recogí la vaina gigante del suelo, apagué la luz y salí maldiciendo el viento que me pegaba en la cara. Por cuarta vez atravesé la zona oscura y dejé atrás el árbol y la borrasca.

Una vez en el apartamento dejé la vaina en el suelo junto a la entrada, fui a la cocina, puse la servilleta en la nevera y me serví un vaso de agua. Me lo bebí sin apuro frente al lavaplatos. Toda mi vida acababa de cobrar sentido. Mi infancia leyendo sobre plantas, mis fracasos matrimoniales, mi fastidio con la gente. Liz, Emma, mis hijos, incluso mis padres, habían considerado siempre que yo era un bueno para nada y que mi pasión por las orquídeas sólo era una muestra de mi pobreza. Al respecto, yo mismo me había convencido de que era un simple pasatiempo, similar al que tenía Emma de comprar antigüedades, o aquella afición bizarra de Liz por conseguir réplicas artísticas de falos humanos. Pero, ¿qué importancia tenían todos ellos? Podía crear. Vidal podía crear. ¿Para qué venir ahora a pensar en mi pasado?

9

Yo tenía veinticinco años cuando nos casamos; Liz, veintitrés y acababa de terminar artes plásticas. Por aquella época mis posesiones principales eran una *Cattleya*, una *Bulbophyllum* y una *Habernaria*; por su parte, Liz tenía doce penes que iban desde una miniatura de cinco centímetros, a un gigante de medio metro posado junto a la licuadora, en la cocina. Con el paso

de los años su colección fue creciendo en número, tamaños y formas, en tanto que la mía se redujo sólo a la *Cattleya* –La *Bulbophyllum* había sido atacada por un virus y la *Habernaria* por un glande de tres kilos que un día cayó por accidente sobre ella–. En realidad era tan amplia y variada la colección de “falos artísticos” de Liz, que resultaba ser la característica más llamativa de su personalidad –una personalidad excéntrica repleta de curiosidades y contradicciones– y convertía nuestra casa en una extraña galería de cuadros y esculturas grotescas. La sala, por ejemplo, estaba adornada por una pintura, en exceso realista, de un inmenso pene negro lubricado y en reposo que ella había pintado durante su primer embarazo. Y cómo olvidar ese diciembre en que llegó a la casa con un regalo que le había hecho un artista amigo de ella: la escultura de un pene de un metro y medio de alto, erecto y sin circuncidar, que se mantenía en pie apoyado en dos testículos de talla intimidatoria. A Liz le pareció graciosa la idea de los niños de colgar en el pene los adornos del árbol navideño, así que en la noche del veinticuatro los regalos familiares fueron dejados, empacados con cintas de colores, sobre el primoroso saco escrotal de poliuretano.

Nunca comprendí que fuera posible que alguien con una colección como la de Liz no lograra tolerar la pasión de otro por las plantas. Es decir: entre coleccionistas deberíamos, por lo menos, comprendernos. Pero no era así: mi relación con las plantas era vista por Liz con sincero desprecio. Aunque nunca lo dijo abiertamente, siempre consideró que mi afición era la propia de un hombre poco viril y que era el resultado de una homosexualidad reprimida. Un día, por ejemplo, tras haber tenido una discusión, me dediqué al cuidado de mi *Cattleya* y Liz, enfurecida porque yo había zanjado nuestra desavenen-

cia ignorando sus últimos comentarios, les dijo a mis hijos Vámonos para el cuarto, niños, dejemos tranquila a la princesita con su florecita. Lo dijo con la voz varonil —otro curioso rasgo de su personalidad— que le gustaba simular. Cuando éramos novios solía agravar la voz con algunas frases que le eran características y sólo para hacerlas sonar graciosas; pero con el tiempo ese tono se fue apropiando de casi todo lo que decía. Y es que para Liz demostrar fuerza era sinónimo de inteligencia. Le encantaba hacer gala de sus opiniones radicales y la disciplina se convirtió en su credo. Por eso nuestros hijos debían estudiar en un colegio donde se les permitiera a los profesores impartir castigos físicos, si con ello se lograba criar hombres de carácter, del tipo de los que asumen sus responsabilidades y no permiten nunca que otros las cumplan por ellos. Hombres muy distintos a su esposo, por supuesto, que tenía un trabajo de cuatro horas diarias cuyo salario le alcanzaba, a duras penas, para pagar los servicios públicos domiciliarios y sus necesidades personales, mientras que el resto del tiempo lo dedicaba a trabajar en el jardín de la casa, embebido en cualquier pedazo de rastrojo y ajeno por completo a las labores caseras o a la crianza de los dos muchachitos, tan confundidos con la diferencia entre un papá y un jardinero. Y es que de nuestro hogar el jardín era el único espacio que en realidad me pertenecía y donde no me sentía desesperado. No soportaba entrar a la casa y recibir el grito de Liz porque mis zapatos le iban a manchar el tapete, o porque olía a tierra, o porque cerraba la puerta muy duro. No soportaba escuchar su tono militar cuando sabía que por la noche estaría gimoteando entre las cobijas, quejándose por nimiedades que, según ella, convertían su existencia en la vida de un mártir abnegado. Porque, a pesar de tanta rudeza, Liz era en verdad bastante blanda. Pero nunca una blandura pública sino

siempre privada y expuesta sólo a su círculo más íntimo: a mí. Cuando estábamos solos lloraba a menudo y por cualquier motivo: que los niños estaban cambiando, que en el diario hablaban de gente pobre y sin hogar, que las uñas no querían crecerle. Nunca vi que su imagen de mujer de titanio se desvaneciera frente a nadie más, ni siquiera frente a nuestros hijos. En la cama le gustaba que yo la besara en la cabeza antes de dormir, semejante a una niña pequeña; pero en la mañana comenzaba el día avisándonos con un grito que era hora de despertar, tender las camas, bañarnos y presentarnos en la cocina para la inspección matutina de manos limpias y zapatos lustrados. Yo nunca he tenido esa capacidad dual de Liz, así que en algún punto de nuestra relación, escogí ser un hombre distante, impermeable, capaz de abstraerse del mundo sin dejar de estar presente. Hablaba poco, nunca discutía por nada, hacía lo mínimo necesario y en la noche abrazaba a mi esposa, deseando que estuviera cansada —el ejercicio dictatorial agota— y se durmiera pronto. La vida estaba balanceada: ella en la casa teniendo bajo control cada detalle, y yo en el jardín cuidando de mis plantas todos los días y a toda hora.

Es probable que si mis hijos no hubieran crecido, nada habría cambiado; pero, tan pronto el mayor comenzó a tener atisbos de personalidad se reveló el increíble parecido con su madre. Daba la impresión de que la Reina estuviera entrenando al Príncipe en el manejo del reino y de los lacayos. Vidal —nunca me dijo papá—, mamá manda que es hora de dormir. Vidal, lávate las manos si vas a comer con nosotros. Vidal, me decía cuando estaba de buen humor y paseaba por el jardín, ¿Qué insecto es este? ¿Qué planta aquella? Y por si fuera poco Liz comenzó a exigirme que lo sacara a pasear, que practicara con él algún deporte, que asistiera a las presentaciones

escolares del pequeño sátrapa. Cuando nació mi segundo hijo no quise cargarlo ni en una sola ocasión, sería inútil hacerlo. No importaba qué tan pequeño fuera, qué tan indefenso pareciera, con el paso de los años su sangre real se haría sentir y quizá sería un peor tirano, aprovechándose de la vejez del jardinero al que dejaban entrar a la casa y, extrañamente, comer con ellos.

La noche que le dije que me iba, Liz comenzó a sollozar. Sin ninguna intención de soportar la escena, cogí el par de maletas que había alistado y, antes de salir, le dije Su majestad debería cambiar el pene del baño, el que tiene está demasiado grande.

10

Llegué al colegio llevando en mi maletín las semillas envueltas en servilletas. Debía dictar tres horas de clase antes de que comenzara el primer descanso del día, durante el cual buscaría a Amanda, la profesora de química, para pedirle que me dejara usar el laboratorio del colegio para cultivarlas. Amanda es una mujer espigada, de brazos largos, rasgos faciales bastante masculinos y cabeza cuadrada, por lo cual al verla se piensa en algún Frankenstein cinematográfico. Como era de esperarse la profesora Amanda nunca había reparado en mí, así que cuando me acerqué a saludarla pareció pensar que yo era un perfecto desconocido, quizá un padre de familia nuevo. ¿De biología?, me preguntó, ¿Y en qué grado dicta? A los pequeños, le respondí. Ah, veo, me dijo con cierto desdén, dando a entender que era normal que los maestros de grados superiores no se fijaran en los de primaria.

Le expliqué que tenía unas semillas en mi maletín y que necesitaba cierto equipo básico para comenzar su plantación in vitro, que de seguro en el laboratorio del colegio tendrían lo necesario y que la situación me urgía, pues las semillas no sobrevivirían si no me apuraba a comenzar el proceso. Le enumeré el material que requería. El único inconveniente, profesor Varón, me dijo haciendo un esfuerzo mental para recordar el nombre con el que acababa de presentarme, Es que el autoclave lleva más de dos semanas descompuesto y aún no me han autorizado a mandarlo reparar. Era la peor noticia que habría podido recibir, pues sin autoclave lograr un ambiente estéril sería una tarea complicada o, casi con seguridad, imposible. Si quiere, me dijo, Puedo llamar esta tarde a un amigo que trabaja en un laboratorio similar al que tenemos aquí, para ver si él puede conseguir que le permitan usarlo. En ese momento pasaron corriendo dos de mis alumnos jabalí que por poco se la llevan por delante. No sé cómo puede tolerarlos, me dijo. No lo hago, le contesté, Sólo hago de cuenta y caso que no existen. No me respondió nada, ni se inmutó frente a mi sonrisa. Bien, profesor Varón, me dijo, Mañana le doy razón sobre mi amigo. Vidal, la corregí. ¿Cómo? Vidal, volví a decirle señalándome el pecho. Ah, sí, sí. Disculpe.

Una vez se terminó la jornada escolar me dirigí a la estación de policía más cercana a mi casa, esperando averiguar el paradero de mi creación. Al llegar me acerqué al único escritorio que había, tras el cual una mujer policía de apellido Rosendo —según decía la insignia que tenía prendida al uniforme— mascaba chicle y pulsaba una máquina de escribir. Le dije que quería averiguar por alguien que quizá había sido llevado a esa estación. Nombre, me preguntó sin apartar la vista del papel de la máquina y sin dejar de pulsarla. No lo sé, le contesté

con una sonrisa que pretendía ser amigable. La oficial Rosendo me miró, se sacó el chicle de la boca y lo pegó en una taza de café que tenía a su derecha. El chicle era un pegote rosado brillante y quedó al lado de uno azul ya seco, pegado con anterioridad. ¿Cómo así que no sabe cómo se llama la persona que busca?, me preguntó y bebió un sorbo de café sin dejar de mirarme. Es que ayer frente a mi casa, comencé a explicarle todavía con mi estúpida sonrisa en la boca, Encontraron a una mujer y se la llevaron en una patrulla; y yo quería saber en qué había terminado todo. Rosendo dejó la taza en su sitio y sin la menor sutileza se llevó el chicle azul a la boca y comenzó a mascarlo. Tuve la tentación de recordarle que era el rosado el último que había estado masticando, pero preferí callarme. Y entonces usted no la conoce y viene por pura curiosidad, me dijo mirándome a los ojos con suspicacia. La bolita azul paseaba de un lado para otro sobre su lengua. Como buen samaritano, le respondí, dándome cuenta, en ese mismo instante, de que era lo más absurdo que podía haber contestado. Sargento Caviedes, gritó Rosendo echando un poco la cabeza hacia atrás, Que aquí hay un buen samaritano averiguando por la N.N. narcotizada del hospital Buenaventura. ¿Que qué, Rosendo?, gritó una voz grave tras una pared que debía dar a otra oficina. Rosendo no contestó, siguió mirándome fijamente. Alcancé a creer que con su silencio me estaba exigiendo que le contestara yo mismo al sargento Caviedes, quien evitó que lo hiciera al aparecer en ese instante en la puerta del despacho posterior. Rosendo le explicó la situación y el sargento me pidió mi documento de identificación. No es necesario, le dije, pensando que ya era hora de irme pues Rosendo, sin quererlo, me había dado la información que necesitaba. Por favor sus papeles, señor, me pidió el sargento con un tono que disfrazaba de solicitud lo que en verdad era

una orden. Cuando se los alcancé se los pasó a Rosendo. A ver, Rosendo, haga un acta de declaración voluntaria para que el señor nos cuente lo que sabe. Es que yo no vengo a declarar, usted no entiende, yo sólo quería saber lo que había pasado. ¿Y es que yo tengo cara de azafata? La verdad no entendí muy bien el sentido de la pregunta, pero igual me apresuré a contestar que No, no señor. Entonces me va a hacer el favor de decirnos cómo se enteró, a qué horas, qué había hecho antes y qué hizo después, ¿le parece? Nombre, me inquirió Rosendo. Les di mis datos, la dirección y el teléfono reales de mi casa y les conté todo menos que esa mujer era producto de un poder que apenas ayer había descubierto, que sería la primera de muchas creaciones, que nadie, en toda la historia del mundo, había tenido el poder que yo ahora ostentaba, y que ese mundo, para mí, no era más que un invernadero gigante en el que podía plantar lo que se me viniera en gana; luego guardé mis papeles, les pedí disculpas y me marché.

11

La caminata hasta el hospital Buenaventura me tomó casi una hora. En el trayecto me dediqué a planear una estrategia para poder ver a la mujer, ojalá muy de cerca. La situación no se me presentaba fácil desde ningún punto de vista. El recurso del vecino entrometido que acababa de usar con la policía era una absoluta tontería, y de seguir utilizándolo acabaría siendo sospechoso de la narcotización de la que había hablado Rosendo. Nunca he sido hábil para inventar mentiras, ese es un don envidiable que considero de naturaleza femenina. Los

hombres mentimos, sí; pero las mujeres son las dueñas de cuanta táctica pueda existir para hacerlo. Mi mamá fue la primera mentirosa. Si necesitaba obtener dinero de mi padre para dárselo a alguna tía enferma, en vez de pedirselo de manera abierta, inventaba una historia absurda—en la cual, casi siempre, yo debía posar de testigo— sobre haber tenido algún percance en un supermercado, un accidente tonto que había terminado en vidrios rotos o en un montón de mercancía estropeada en el piso y por el cual ahora ella debía pagar una determinada cantidad de dinero. Ahora: si en realidad el accidente hubiera sucedido, ella habría inventado la historia de una tía enferma. No he conocido desde entonces ninguna mujer que carezca de un afinado sentido de la mentira. Es su pasatiempo. Los hombres también lo practicamos y aunque eventualmente logramos destellos de destreza, no pasamos, con mucho, de amateurs. Así que traté de imaginar qué consejos podría haber recibido por parte de mamá, en el caso de que pudiera explicarle mi situación. Me habría recomendado, por ejemplo, acercarme al portero del hospital con mi cara más amable, tratarlo con gran familiaridad y tras unos primeros comentarios sobre el clima y la política, hacerme pasar por un periodista encargado de averiguar por el número de personas que a diario llegan a los hospitales en condiciones extrañas: hombres que se han comido un balón de fútbol, niños que se creen palomas o, por ejemplo, mujeres desnudas y anónimas. Pero yo no soy mi mamá, y por consiguiénte la posibilidad de convencer a alguien con semejante historia era mínima. Sin embargo, de un momento a otro, como si mi madre me hubiera auxiliado desde su tumba, se me reveló la solución. Sencillo: mi esposa Emma llevaba dos días desaparecida y yo estaba recorriendo los hospitales en su búsqueda. Al describirla con los rasgos físicos de mi Guzmán Anacheilium el personal del hos-

pital creería que se trataba de la mujer que ayer había sido encontrada y entonces me pedirían que la viera con el fin de reconocerla.

El hospital era una inmensa casa antigua que ocupaba la mitad de una manzana. Blanco y repleto de ventanas de marco también blanco. Antes de llegar sentí la temperatura descender y tras una brisa fría comenzó a caer una llovizna de gotas diminutas que me roció la cara y que iría empapando la calle y el hospital. Entré y me dirigí al módulo de información, de donde fui remitido a un par de pisos abajo, al área de urgencias en el segundo sótano. Llegué a una sala plagada de sillas plásticas y decorada de pared a pared con un horrible mural en el que se representaban escenas médicas desagradables, cuerpos de vientre abierto en medio de cirugías y galeños de manos inmensas sosteniendo recién nacidos aún sucios de placenta y sangre. Me acerqué a la ventanilla del fondo, pero la encontré vacía. Una mujer, sentada con las manos entrelazadas sobre las rodillas, me dijo La enfermera no está, pero no debe demorar. Asentí con la cabeza. Ella repitió mi gesto y luego se miró las manos con una concentración tan profunda que no volvió a moverse de nuevo, semejante a una marioneta abandonada en una silla. Tomé asiento y contemplé al resto de la gente. Más de treinta personas. Hombres y mujeres, jóvenes y viejos, todos sumidos en el mismo silencio, embebidos en sus propios pensamientos y preocupaciones. Quizá algunos estarían acompañando a un ser querido enfermo, mientras que otros estarían esperando que los llamaran para ser curados; pero a fin de cuentas, cualquiera fuera el caso, todos esperaban que les hicieran pasar a una sala distinta, la de la gente sana, donde podrían olvidarse del dolor y de la muerte. Yo era el único que sabía que esa sala no existe, pues era distinto a ellos. Yo

no estaba ahí esperando que hicieran un milagro para mí o para alguien conocido. Yo estaba ahí por algo mucho más especial, por algo inalcanzable para los demás. No era la muerte lo que me llevaba a esa sala, era la vida, mi capacidad de otorgarla. La mujer que hacía un minuto me había hablado, levantó la cabeza y me señaló la ventanilla para avisarme que la enfermera había llegado.

Conté la historia tal como la había preparado y estaba funcionando del modo que lo había previsto, hasta el momento en que la joven enfermera me dijo Señor, ayer llegó una mujer sin identificar y con las mismas señas de su esposa, pero desafortunadamente falleció hace una hora. Quizá no se trate de ella, pero lo mejor es que usted la vea para confirmarlo. Me quedé atónito. Me tomó del brazo y me dejó llevar por un largo pasillo, golpeado por la noticia, atontado y sin lograr asimilar lo que estaba sucediendo. Sólo miraba la mano que me llevaba, sumido en la idea inútil de que sus uñas pintadas en dos colores, la mitad superior roja y la inferior amarilla, parecían banderas minúsculas izadas en las puntas de sus dedos. Llegamos a un cuarto pequeño, enchapado de piso a techo con baldosas blancas, en donde había una camilla con un cuerpo cubierto por una sábana. Al acercarnos la enfermera me apretó el brazo por el que me llevaba y me percaté de que yo estaba temblando. Con un movimiento aprendido la mujer tomó la sábana y comenzó a destapar el rostro del cadáver. Apareció el pelo rubio, la frente clara, las cejas delicadas y una fantástica sucesión de rasgos preciosos que terminaron en una barbilla angulosa, bajo la cual la enfermera acomodó los pliegues de la sábana. Contemplarla me calmó por completo y me di cuenta de que no había razones para perturbarme, recordé que ella era sólo la primera, que ya vendrían más, muchas más; incluso pensé que, si llegara

a quererlo, podría crear una idéntica, una copia de esta que había muerto. Metí mi mano bajo la sábana y saqué la de ella, tomándola con delicadeza. La enfermera le cubrió de nuevo el rostro. Intenté acercar mi mejilla al dorso de su mano, simular una caricia, pero la enfermera puso su mano sobre las nuestras y dijo Lo siento. En ese momento me habría encantado tirarla al suelo de una bofetada, exigirle silencio, respeto por el momento sagrado que tenía la fortuna de presenciar, tomar a mi creación en los brazos y agradecerle por haber aparecido, por haber existido. En cambio le dije No, no es ella. La enfermera me miró extrañada y separó nuestras manos, como si estuviera protegiéndola de un monstruo abominable que había venido a devorarla. ¿Y entonces por qué se ha puesto así? Titubeé. No es nada, perdone, le dije, Es que se parece tanto a mi esposa. Gracias, madre. Yo sé que estuviste ahí conmigo en ese momento. Dios, dije entre sollozos, actuando cada vez con mayor comodidad, No quiero tener que verla así, no quiero encontrarla así. No se preocupe, me dijo la enfermera consolándome en su hombro, Ella va a aparecer, va a aparecer. Volvió a tomarme del brazo y caminamos de nuevo por el pasillo. Yo gimoteando un poco, ella dándole a mi hombro palmadas suaves con su mano libre. ¿Y si no lo hace, si no la encuentro? le pregunté a la enfermera abatido en la angustia por la desaparición de mi esposa y tratando de averiguar qué sucedería con el cuerpo. Va a aparecer, me repitió, No se preocupe tanto. Insistí: ¿Y si no, qué? ¿qué pasa si ella también está... así? le pregunté señalando con mi cabeza la puerta del cuarto del que acabábamos de salir. La enfermera me explicó que un cadáver no identificado, en caso de estar en un centro médico, era remitido a las autoridades, quienes debían conservarlo por cuarenta y ocho horas a la espera de que alguien llegara a reclamarlo. En caso contrario, y una vez cumplido

el término, se le sepultaba en una fosa sin nombre hasta el eventual caso de que en el futuro se estableciese su identidad. Regresamos a la sala de urgencias, donde me despidió no sin antes aconsejarme paciencia y tranquilidad. Caminé por entre las sillas, atravesando el campo del dolor ajeno, encorvado y con una mano sobre mi rostro. Al tomar la escalera para subir al piso que daba a la calle, comencé a erguirme y, dos plantas más arriba, salí sonriente del hospital.

Crucé la calle y me acomodé en una cafetería desde la cual podía vigilar la entrada y salida de vehículos. Aunque la llovizna había desaparecido y el pavimento comenzaba a secarse, la tarde seguía fría. Pedí un café con leche y un croissant. Saqué de mi maletín papel y lápiz y me dispuse a hacer una lista. Cuando mi pedido llegó a la mesa ya había escrito el nombre de diez orquídeas. Cuando terminé mi café, tenía tres páginas enteras. Parecía haber sabido la lista de memoria, haberla preparado toda mi vida. Escoger entre más de veinticinco mil especies no debería ser una tarea fácil, menos si uno se puede preciar de conocer la casi totalidad del orden orquidal; sin embargo en menos de media hora había escogido cerca de noventa especies, noventa mujeres que quería crear. Y no se había tratado sólo de escribir nombres al azar, ni de escoger mis orquídeas preferidas; por lo menos no con las primeras, que fueron escogidas por razones de conveniencia creativa. Me explico: por ejemplo la primera era la *Epidendrum marcatta*, una orquídea cuya flor es atractiva, mas no exuberante. Sería un excelente comienzo, con ella podría aprender los secretos de mi poder y, mis errores —los que de seguro cometería al principio— ella los perdonaría con facilidad, pues para una *Epidendrum* nada tiene mayor importancia que el árbol que la sostiene y a él se agarra hasta el final sin

importar el viento, la lluvia, o cualesquiera sean las condiciones. La segunda era una *Rhizanthella riictus*, una orquídea tan extraña que no parece una. Con la *Epidendrum* aprendería, con la *Rhizanthella* experimentaría. Una jugada arriesgada, pero coherente con la historia de las orquídeas, formada por cazadores y cultivadores que no han conocido el punto medio ni la medida, hombres que se jugaron la vida y su capital con tal de descubrir una nueva especie o de producirla en laboratorios. Ahora yo escribiría un nuevo capítulo y debía ser audaz y temerario. La tercera sería una *Cigopetalum mackai*, cuya flor considero una de las más bellas del mundo. Una mujer inspirada en ella sería, además de hermosa, enigmática por las manchas oscuras que camuflan sus pétalos y sépalos verdes, y poseedora de un tinte dramático que provendría de las líneas púrpura que marcan su sépalo como si sobre él se hubiera arrastrado el cuerpo sangrado de un animal muerto. Así, en medio de un aluvión de ideas y deseos, llené las tres páginas sintiéndome extático, poseso.

Habría podido continuar y escribir cientos de páginas, hacer una lista inmensa; pero comprendí que no habría sido otra cosa que un desfile de ilusiones irrealizables. Además tenía que actuar con calma y sin caer en despropósitos, pues primero debía dedicarme a aprender cómo funcionaba mi poder antes de comenzar a crear varias mujeres al mismo tiempo. También estaban los inconvenientes logísticos. No podía pensar en cultivar treinta o cincuenta plantas de manera simultánea, pues no tenía los recursos económicos, espaciales ni estructurales para hacerlo; todavía menos para tener decenas de mujeres viviendo en mi apartamento. Así que lo mejor era ir con cautela y encontrar, poco a poco, la manera de explotar mi poder en la mayor medida posible. Y es que

había llegado tarde. Habría podido ser el motor de toda mi vida, habría podido dedicarme, desde mi adolescencia, por entero a la creación de cientos de mujeres; pero había encontrado mi poder cuando yo entraba al último tercio, a la recta final. Quizá no alcanzaría a completar la primera página de mi lista, quizá no llegaría ni a la mitad. Finalmente, pensé, no importaba. Cuando no hay tiempo, me dije, el tiempo es lo que menos importa. Quizá sólo lograría crear diez, quizá sólo una más. No había forma de saberlo, ni era importante; al fin y al cabo mi vida acababa de superar las expectativas que alguna vez tuve sobre ella.

Ya había anochecido cuando entró al hospital una ambulancia con la inscripción "Medicina Legal" a un costado; guardé mis papeles y abandoné la cafetería para ubicarme en una esquina de la calle desde donde podría verla estacionada. De la cabina de la ambulancia bajaron dos hombres. Uno de ellos entró al edificio, el otro abrió la puerta trasera del vehículo y sacó la camilla vacía que traían. Unos minutos después reapareció su compañero, con la enfermera que me había consolado un par de horas atrás y arrastrando otra camilla sobre la que se veía una abultada bolsa negra, seguramente con mi señora Guzmán en su interior. Entre los dos hombres cambiaron de camilla el cuerpo y lo metieron en la ambulancia; luego el ayudante volvió a la cabina mientras el conductor cruzaba unas palabras con la enfermera y recibía de ella un sobre. Tomé un taxi y le pedí al conductor que esperara un momento antes de arrancar. ¿Está esperando a alguien? me preguntó mirándome con el ceño fruncido a través del espejo retrovisor. No, le contesté, Tan sólo espere un momento. ¿Pero vamos a ir a algún lado o me está cogiendo el carro de escondite? La ambulancia ya estaba en la salida del patio y el conductor hablaba con

el portero del lugar. Creo que vamos a medicina legal, le dije. ¿Creo?, me respondió, Hágame el favor se baja y coge otro taxi. La ambulancia encendió la sirena iluminando con ráfagas azules y rojas la calle. Vamos con ellos, por favor, le dije al conductor, señalando la ambulancia que ahora pasaba frente a nosotros. Al ver que se trataba de un carro de la morgue cambió de inmediato la expresión de su rostro y apagó el radio. Discúlpeme, me dijo poniendo el taxi en marcha, Es que en este trabajo uno se encuentra con gente de todo tipo, gente con problemas y si uno no se cuida... No se preocupe, le interrumpí, Prenda el radio de nuevo, no es necesario que lo apague. Se alzó de hombros en un gesto que significaba que haría lo que yo quisiera, que estaba a mi servicio; prendió el aparato y lo sintonizó en una emisora de música ambiental que, supongo, le pareció la adecuada para acompañar a alguien en un momento de duelo.

Al llegar al edificio de medicina legal la ambulancia apagó la sirena y entró. A pesar de que había decidido no hacer nada más esa noche, aparte de constatar el sitio al que el cuerpo sería llevado, me bajé del auto para evitar que el taxista sospechara de mi conducta. El taxi se alejó y esperé a que pasara uno nuevo. Pensé que aún podría volver a verla otra vez, usando de nuevo la misma estrategia que había utilizado en el hospital; pero lo mejor sería esperar hasta el último momento, dos días después, antes del entierro.

del cementerio público más pequeño de esta ciudad. El día de su entierro visité en la mañana la morgue con la intención de volver a verla; pero no fue posible, pues sólo me mostraron una fotografía para que yo reconociera si el cadáver era o no el de mi esposa. Es el único cuerpo desconocido que tengo por ahora en el edificio, me dijo el encargado con la actitud propia de un vendedor de zapatos. Pensé que estaba a punto de decirme Se nos está agotando el inventario. Así que salí del edificio y esperé en la esquina a que llegara la hora del entierro. Hacia las tres de la tarde una carroza mortuoria salió del edificio sin que ningún carro la escoltase; era obvio que ella iba en el interior. La seguí hasta el cementerio y allí presencié el momento en que bajaron el sencillo ataúd de madera; presencié la minúscula ceremonia dada por un cura a sueldo; el abandono del cajón en el compartimiento de una bóveda múltiple erigida para los que mueren sin dejar nada atrás, ni siquiera un nombre con el cual puedan ser referidos en el futuro; el emparedamiento hecho con ladrillos y cemento; y, a manos de un sepulture-ro y con su propia herramienta, la inscripción burda en el cemento fresco de un número de cuatro dígitos y dos enes mal garabateadas. Cuando el cura, el sepulture-ro y el conductor de la carroza se marcharon me acerqué a la tumba y comprendí lo solitarias que serían mis creaciones. Sólo me tendrían a mí, lo cual, viéndolo bien, nos ponía en la misma situación: yo sólo las tendría a ellas. Y es que mi pasado no era mío en realidad. Era como si yo, Vidal el creador, me hubiera apoderado por mucho tiempo del cuerpo de otro, de ese que había tenido dos matrimonios, hijos y trabajos irrelevantes, al que podríamos llamar Vidal el imbécil. El pasado y los recuerdos eran suyos. Yo nací el día en que mi Guzmán Anacheilium apareció. De ahí en adelante era mi historia. Tuve una prueba de esta situación cuando se presentó la visita de

mi hijo mayor —el del imbécil, quiero decir—, un muchacho de diecinueve años al que hacía unos cuatro no veía y que de alguna manera averiguó la ciudad y el colegio en el que yo trabajaba.

Una mañana, uno de los porteros del colegio me buscó para avisarme que un joven preguntaba por mí y necesitaba hablarme. Lo encontré en la sala de reuniones, parado junto a una silla de espaldas alto y dando la impresión de estar posando para un retrato familiar. ¿Cómo estás?, le dije, aparentando una normalidad que no podía convencernos a ninguno de los dos. Incliné la cabeza a modo de saludo y me dijo que debíamos hablar. Acordamos vernos dos horas después, cuando se terminaran las clases. Me propuso esperarme en la puerta del colegio. Me di cuenta de que quería evitar que yo lo dejara plantado.

Al salir lo encontré fumando y le propuse que camináramos. Desde el comienzo entendí que su visita tenía por objeto enfrentar al padre que lo había “abandonado”; supongo que lograba enfrentar de paso sus miedos y pesadillas al preguntarme-recriminarme los motivos por los que “había huido de sus vidas”. Con sólo cruzar unas frases noté su carácter recio, pero también su tendencia a la melancolía y al dramatismo, aspectos que, sin duda, eran herencia directa de Liz. En otro tiempo su visita me habría despertado una gran culpabilidad y le habría descargado un sinnúmero de excusas: que su madre era así o asá, que todo había sido culpa de la vida vacía que me había correspondido vivir y quién sabe qué más tonterías. Pero ahora tenía claro que mi vida antes de esta ciudad había sido una sucesión de tumbos, cuya única importancia era haberme llevado al lugar al que pertenecía. Se lo dije: Estuve en el lugar equivocado y siempre lo supe, un día junté valor y lo dejé. Pero resulta, me

dijo, Que en ese lugar equivocado usted tuvo dos hijos, y eso alguna importancia debe tener. Habíamos caminado un par de cuadras y llegado al parque al cual había decidido llevarlo. Intentaba recordar si alguna vez habíamos estado juntos en un parque, o si esta era la primera ocasión. Creí recordar un parque grande, con aparatos mecánicos, pero no tuve la certeza de con cuál de mis hijos lo había visitado. Encontré una banca vacía y me senté al tiempo que lo invitaba a acompañarme. Se negó con un movimiento de cabeza y me miró fijo a los ojos esperando una respuesta. Ninguna, le dije, No siento responsabilidad por ti, por tu mamá o por tu hermano. Entre la vida de ustedes y la mía hay ahora tanta distancia que para mí la de ustedes es igual de extraña y ajena que la de cualquiera de los que están en este sitio. Me miró con rabia. Se inclinó hacia mí y puso una de sus manos sobre uno de mis hombros, presionándome contra la banca. Es un muchacho fuerte. ¿Lo que me está diciendo es que para usted es como si no hubiéramos nacido? ¿o —miró hacia el cielo buscando las palabras adecuadas— como si fuéramos el producto de un error insignificante? Pues no quisiera ponerlo en esas palabras, le contesté, Que me parecen exageradas; pero sí, la idea en el fondo es esa. Puso su otra mano en mi hombro libre y pegó tanto su rostro al mío que pensé que estaba a punto de recibir un cabezazo. Se va a arrepentir, me dijo con los dientes apretados. No, no lo voy a hacer, le respondí con tanta calma que mi voz sonó perezosa. Cuando esté viejo, me amenazó, haciendo presión sobre mi cuerpo. Ya estoy viejo, le respondí. Sentía los listones de la banca clavados en mi espalda y comenzaba a dolerme; sin embargo no intenté apartarlo. Su rostro rezumaba impotencia. No, no lo está, me soltó los hombros y se irguió. Creí que había bajado la guardia, que podríamos relajarnos y hablar de nuestras vidas. Siéntate, le pedí. No respondió. ¿Estás

estudiando, cómo está tu hermano? Seguía callado. Me pregunté si seguiría acumulando rabia o si, después de la demostración de fuerza, se sentiría cansado y confuso. Pensé que quizá había imaginado una escena mucho más cursi, que yo me disculparía, que le pediría perdón y le preguntaría si algún día podría volver a ser su padre. O quizá una mucho más violenta, un par de puñetazos entre los dos, un poco de sangre. Me caes bien, muchacho, le dije tomándolo de un brazo. Se sacudió mi mano con fuerza, queriendo lastimarme y volvió a inclinarse sobre mí. Métase su condescendencia por el culo, me dijo con un puño levantado frente a mi rostro, Bien arriba, perro hijueputa, y se fue. Yo me quedé un rato más en el parque, contemplando un par de acacias cercanas y pensando en el patrón de conducta que estaban siguiendo la vida de mi padre, de mi hijo y la mía. Cuando yo era niño, papá me abandonó y ahora yo había abandonado a mis hijos. Y hace ya muchos años, en mi juventud, aunque por motivos distintos, yo, al igual que mi hijo, fui en busca de mi padre. Al mío nunca pude encontrarlo, y si bien mi hijo acababa de verme, él tampoco había hallado al suyo.

Al llegar a casa pasé por el invernadero antes de entrar al apartamento. Quería contemplar la *Cattleya cantriana* que había comprado el día anterior. De las tres flores que tenía abiertas en ese momento, escogí la más indicada para recibir el polen de la *Epicatonia nalo* que hacía una semana había adquirido y que tendría la función paterna en el cruce. Todo estaba listo para lograr una polinización exitosa. Mi papel era sencillo, sólo sería el facilitador, el medio que llevaría el polen del padre a la madre. El resto lo harían ellas, de seguro sin inconvenientes. Salí del invernadero y fui al apartamento a recoger los utensilios necesarios, allí me detuve en el

baño, frente al espejo y me fijé con cuidado en mi rostro y comprendí lo que había querido decir mi hijo. Era cierto: no estaba viejo. Quizá hasta había rejuvenecido en el par de semanas que acababan de pasar. Y es que cómo podría envejecer alguien como yo, alguien que tenía tanto para esperar de su vida, alguien con tantas ilusiones.

13

Papá era técnico telefónico y cargaba a diario con un morral que, aparte de contener las herramientas necesarias para su trabajo, permanecía repleto de bolsas plásticas. Decía que casi todo le causaba asco: la gente en la calle, el pasto cuando estaba siendo podado, la muchedumbre de los supermercados, el ruido de los carros, la grasa dejada por las manos de alguien en un vaso de vidrio, el rechinar de unos dedos sobre un vidrio limpio. Náusea permanente y vómito tres, cuatro, hasta cinco veces diarias, a pesar de su esfuerzo continuo por no ceder a los embates de su estómago. Durante los años que vivió conmigo siempre fue distante y yo siempre supe que mi presencia también lo indisponía.

Mamá murió de cáncer de garganta cuando yo tenía veintitrés años. Lo último que hizo segundos antes de morir fue preguntarme si quería encontrar a mi padre, si quería saber dónde estaba. En ese momento no estaba preparado para responder semejante pregunta. Él se había ido hacía quince años y mi madre, que llevaba seis meses en un proceso devastador de degradación física, en ningún momento me había dado muestras de tan siquiera pensar en el hombre que la había dejado hacía

tanto tiempo. Le respondí que no, que no quería saber nada de él, que no lo necesitaba. Casi sin aire, con una voz tan ronca que no sólo era difícil de entender, sino incluso de asociar con un cuerpo humano, me preguntó si estaba seguro. Lo estoy, le dije y ella murió. Tan pronto dejó de respirar y sentí que la mano que le tenía sostenida se desgonzaba, me di cuenta de mi error. Al decirle que no me interesaba ver a mi padre estaba, de manera absurda, intentando demostrarle que él nunca me había hecho falta, que con ella me había bastado, que podía morirse tranquila porque a su hijo ese hombre no le producía nostalgia o necesidad alguna. Un malentendido mayúsculo e irremediable. Mamá había utilizado las migajas de vida que le quedaban para pedirme algo, pues ella siempre disfrazaba sus peticiones de pregunta, y yo que la conocía, que sabía descifrar la intención oculta de sus frases, se lo había negado. Para ella era obvio que yo no anhelaba tener un padre ni mi padre un hijo y, sin embargo, me había pedido que fuera al lugar en el que, por alguna razón, ella sabía que se encontraba y hablara con él. Su verdadero deseo, lo comprendí, era que él se enterara de su muerte. Quería que el hombre al que siempre amó, al que le toleró tanto, el que la dejó en la horrible soledad de soportar la vida al lado de un hijo pequeño, el que nunca volvió a buscarla, supiera que ella ya no existía. Quería ser llorada por él. Tenía la esperanza de ser llorada por él. Así que tras la muerte de mamá intenté localizarlo. Hablé con varios familiares a los que no había visto durante años, busqué antiguos empleados de la central telefónica y, aunque nadie sabía a ciencia cierta el lugar donde estaba, logré recoger varias pistas de ciudades a las que podía haber viajado. Gasté un año buscando a mi padre sin poder hallarlo y sólo para darle, a él, al hombre que nos había abandonado, el mensaje que, creo, mi mamá había querido enviarle: que ahora

era ella la que se había ido, que ahora había sido ella la que lo había dejado. El abandono. El único destino de los hombres. No hay otro.

La labor de papá consistía en hacerle mantenimiento a las cajas que antiguamente contenían las terminales telefónicas de la ciudad, y que se encontraban en lo alto de los postes del alumbrado público. Una vez lo vi trabajar. Estaba a seis metros de altura, amarrado con un arnés y con unos audífonos gigantes calados en la cabeza. Aunque mamá y yo le gritábamos, él no se percataba de nuestra presencia, así que tuvimos que tirarle piedrecillas. Quizá es mi mejor recuerdo de infancia: mamá y yo lanzándole piedrecillas a mi padre que, vestido con su overol negro y posado en lo más alto de un poste, resultaba idéntico a un cuervo.

No recuerdo una sola discusión entre mamá y papá anterior al día en que ella descubrió su secreto. En mi casa reinaban la presencia de ella y la ausencia de él, a quien yo sólo veía en las noches y durante menos de una hora. Supongo que así lograba mamá mantener el equilibrio y la tranquilidad de su familia, objetivo que cumplió hasta la mañana en la que encontró unas cintas de audio escondidas detrás del lavamanos. Eran voces de personas hablando por teléfono. Voces normales, conversaciones normales. No sólo entendió lo evidente después de escucharlas: que papá había espiado las conversaciones telefónicas de otras personas y las había grabado a hurtadillas; sino que, además, intuyó que las escuchaba en casa para, de alguna manera, escaparse de nosotros, para soportarnos. Escuché la discusión desde mi cuarto. Esa noche papá confesó incluso más de lo que mamá esperaba. Había descubierto, ya hacía bastante tiempo, que el origen de su continuo malestar, de su náusea constante, atribuida por todos los médicos que había visto a lo largo

de su vida a un desorden gástrico sui generis e intratable, en verdad residía en la somatización de un problema psíquico: no toleraba la presencia de las personas a su alrededor. También había descubierto que sumergirse en inmensas extensiones de registros sonoros humanos, sin que los humanos estuvieran a su lado, le servía de paliativo. Podía tolerar el mundo si extirpaba el cuerpo de los otros. Por eso pasaba las horas de trabajo interfiriendo llamadas telefónicas que grababa a medida que escuchaba, para luego poder volver a oírlas cuando tenía que bajar al nivel de los demás. Aguantaba los buses atestados de gente en los que volvía a casa, porque viajaba con los ojos cerrados y los audífonos a todo volumen. De la misma manera soportaba cenar con mi mamá y conmigo porque después podría encerrarse en el baño a escuchar sus grabaciones. Y en la cama, cuando finalmente mamá se quedaba dormida, tenía que escuchar una más para vivir por unos minutos en la fantasía de un reino sin el aliento ajeno, sin el movimiento de otros, sin la escalofriante piel de nadie, y obtener así la paciencia necesaria, la templanza necesaria para resistir cada noche la solidez de un cuerpo a su lado. Esa noche lo escuché vomitar varias veces. Pocos días después se fue de la casa.

14

Siguiendo la escuela de Linnaeus, mi creación debería llevar en su nombre el de la especie *Vidaliam*. *Vidaliam* prímula, *Vidaliam* prima o *Vidaliam* origo, por ejemplo. Pero hubiera sido poco práctico, dada la situación, haber proseguido por esta línea; así que busqué un nombre en el que el mío estuviera presente de manera apenas tan-

gencial. Hice una lista de anagramas: DALIV, DIVAL, LIDAV, DALVI, VLADI. Todos a cual más horrendos. Me di mayor libertad con las letras: VAIDA, VIALDA, VIDILA, DILA, ALDIVA, VODALA etcétera. Quizá si el nombre de mis hijos no lo hubiera escogido su madre, o si hubiera tenido un perro en mi niñez, tendría algo de experiencia y la empresa no me habría resultado tan complicada. Seguí escribiendo combinaciones, todas tontas, hasta que llegué a AVI, me gustó como se veía y lo probé con Y: AVY. No, mejor con I. Avi. Avi Vidal. Un poco cacofónico, sí; pero me gustó.

15

La naturaleza tiene su cronómetro y yo comencé a compartirlo. Los once meses que fueron necesarios para que la vaina que contenía las semillas de mi *Epidendrum* marcatta se abriera, pasaron sin que de mi parte se presentara el menor asomo de afán. Si los días eran largos o cortos, si hubiera tenido que esperar un mes o diez años, no importaba. El tiempo era el necesario y, cualquiera fuera, el ideal para organizar el recibimiento de mi siguiente mujer. La labor tenía dos frentes de trabajo: por un lado montar un laboratorio de plantación in vitro casero y, por otro, dotar el apartamento con cuanta parafernalia femenina me pareciera necesaria. Tras varias adecuaciones el baño auxiliar quedó convertido en un laboratorio que, aunque sencillo, cumplía con todo lo necesario; y, luego de unas cuantas jornadas de compras, quedé provisto de lo que, supuse, necesitaba una mujer para vivir (faldas, toallas higiénicas, ganchos para el pelo, equipo de manicura, ropa interior, pijamas, za-

patos, maquillaje, algunos libros, algunas revistas). En fin: nada distinto a la puesta a punto de los detalles funcionales. Cosas simples si se comparan con la tarea de imaginar el aspecto físico de Avi.

Las flores de una *Epidendrum marcatta* son de color blanco, con unas cuantas líneas amarillas en el labelo, el cual, a diferencia de como sucede en muchas otras especies, no tiene un tamaño mayor que el de los pétalos y los sépalos que lo rodean. Es una flor proporcionada que posee la belleza de lo simple. Decidí los rasgos básicos: pelo negro sobre los hombros, liso; rostro ovalado y cuerpo delgado. Debía ser armoniosa y no carecer de elegancia. Pensé que con esas generalidades bastaría para obtener su imagen, pero no fue así. Me sentaba en la sala con los ojos cerrados y trataba de imaginar un rostro visto de frente con las características que había escogido, pero no lograba más que un óvalo perfecto con cabello, similar a un globo con peluca, una imagen casi caricaturesca. Cuando lograba que el globo tuviera aspecto humano me era imposible mantener por mucho tiempo una visión de su totalidad. Si me esforzaba por hacer aparecer una nariz en la imagen se me escapaban los ojos, y si lograba tener las dos cosas se desdibujaban los labios. En ocasiones aparecían todos los detalles pero sin estar sobre rostro alguno: flotaban sobre un limbo oscuro los ojos, la barbilla, las orejas. Comprendí el origen del problema: con mi primera creación yo no había tenido que inventar un rostro, pues la mamá de Felipe había sido mi modelo. Había convivido varios meses con una mujer que, aunque imaginaria, ya poseía una apariencia definida. Me di cuenta de que, antes de comenzar, debía conocer visualmente el aspecto de Avi para poder recrearla en mi mente las veces que quisiera. Primero intenté hacer un dibujo, pero no pasó de ser un

garabato carente de cualquier atisbo de personalidad; entonces contemplé la opción de volver a tener una figura ya existente como base. La idea de buscar alguna mujer en la calle, en los buses, en los centros comerciales, que se ajustara a mi interpretación de una *Epidendrum*, me repelía. Pensar que mi segunda creación sería una copia me parecía denigrante. Por último encontré una solución que se convirtió en mi método de trabajo no sólo con Avi, sino con cada una de las mujeres que le sucedieron: el collage. A falta de imaginación me armé de tijeras y pegante. Buscaba fotografías de mujeres y escogía de una el contorno del rostro, de otra el cabello, de otra los ojos y armaba numerosas combinaciones hasta llegar a alguna que me transmitiera lo que estaba buscando.

Después de pasar varios días recogiendo material en librerías de viejo, y de cortar y pegar hasta el cansancio, terminé el modelo de Avi. La cara provino de una mujer española hallada en un libro de reportajes, a la cual le superpuse los ojos de una actriz de teatro aparecida en un periódico, las cejas de una ingeniera mecánica entrevistada en una vieja publicación especializada en el ramo automotor, la boca de una modelo de productos cosméticos salida de una revista de farándula, y el pelo de una mujer cuya fotografía encontré en uno de los mercados de pulgas de la ciudad. Aunque el resultado podía parecer, a los ojos de cualquier desprevenido, un tanto ridículo y quizá hasta grotesco, pues las diferencias de papel y de color de las distintas impresiones daban una sensación general de desorden e impericia manual, el gesto final del rostro, la personalidad que se podía entrever, era lo que había estado buscando. Comencé a trabajar. Una y otra vez miraba la figura armada de retazos y cerraba los ojos tratando de diluir las uniones y desigualdades. Cuando al fin logré que la imagen tuviera todas sus par-

tes fusionadas, comencé a ejercitarla con pequeños movimientos. Que cerrara sólo un ojo, que soplara una vela, que arqueara las dos cejas. Pronto el rostro fue tomando soltura. Podía imaginarla hablando, bostezando, sacando la lengua. Con el cuerpo el proceso fue similar, pues a pesar de no armarlo de miembros sueltos, sino de escogerlo de una sola fotografía, sí busqué varias mudas de ropa. Vestía a Avi con jeans, con sudadera, con pijamas. Todo servía de alimento a la fuerza de su imagen, que en muy poco tiempo fue tan sólida como lo había sido la de mi creación anterior. Tan sólida y constante. También con ella disfruté mi jardín, aseé el apartamento y mantuve largas conversaciones; sólo que entonces el tema recurrente no estaba en el ámbito biológico o botánico, sino en la organización de nuestra vida, en la planeación de todo lo que haríamos una vez ella llegara.

16

Algunos monstruos famosos anteriores:

Anthony K. Wales (1794-1848): Primer gran cazador de orquídeas. Contratado por Sir William Spencer Cavendish, sexto duque de Devonshire, recorrió durante diez años las selvas de América del Sur, dejando tras de sí amplios territorios sin una sola orquídea viva. Llegó a enviar a su natal Inglaterra cargamentos de hasta diez mil plantas, de las cuales pocas resistían el largo cruce del Atlántico, la humedad de las bodegas y el calor de las calderas de los barcos que las transportaban. Si hemos de creer lo que escribió en sus diarios de explo-

ración, embarcó alguna vez tres mil *Odontoglossum*, de las cuales llegaron vivas a puerto inglés tan sólo dos, que “vernalmente habrán decorado los anaqueles del salón Winchester de mi excelencia, el conde de Devonshire”. También se preció de talar en un mes una cifra de árboles amazónicos superior a cuatro mil quinientos, por considerar de mejor rentabilidad este medio de recolección, que el de trepar árbol por árbol tan sólo para la captura de dos o tres orquídeas en cada uno. Sin embargo su sed no fue saciada sin precio, pues sufrió los rigores de la selva, rigores más tolerables para “los hijos libres del bosque con sus cuerpos bestiales” que para un delicado inglés, obligado por la bancarrota a convertirse en explorador. Terminó muriendo en Londres a la edad de cincuenta y cuatro años a causa de un edema pulmonar que habría superado, de no ser por las lesiones que le habían dejado en el pasado dos ataques de bronquitis sufridos en “las inmisericordes crestas heladas que ostentan estos malditos Andes”.

Bennedict Klavel Dvoř (1823-1885): El más grande recolector de todos los tiempos. La historia lo responsabiliza del descubrimiento de cerca de ochocientas especies florales y de la extinción de tres especies de orquídeas. Viajó veinte años recorriendo México, Guatemala, Panamá, Colombia, Venezuela, Brasil, Ecuador y Bolivia, acompañado de nativos que le respetaban y temían a causa del garfio plateado que tenía en lugar de mano derecha, la cual había perdido en su antiguo oficio de operario de máquinas de hilar, en Bohemia. Se cuentan de él anécdotas variadas que van desde su participación en la guerra civil mexicana, hasta su supervivencia durante tres meses comiendo yuca y maíz, únicos recursos disponibles en un campamento que durante dicho tiem-

po recibió docenas de trabajadores de paso, y dio como resultado el embalaje de ocho toneladas de orquídeas al continente europeo.

Voraz e insaciable, su afición por la recolección no se limitó a la flora del rico continente americano. Cazó reptiles, insectos, jaguares y hasta, se dice, capturó en el río Otón a dos salvajes tras un intercambio bélico de flechas y armas de fuego. En dos ocasiones sufrió ataques de fiebre amarilla y llegó a padecer escorbuto, sin que la selva pudiera quitarle la vida; por el contrario murió en Europa, en su casa, tras llevar once años lejos del continente que lo hizo grande. A su muerte y en su honor se erigió una estatua en Praga y se bautizó una calle en la capital mexicana con el nombre de “Don Benito”, tal como lo llamaban en dicho país los peones y esclavos a su cargo.

Mikel Josef Stamphon (1827-1900): Se hacía llamar “El alimentador”, en honor a los castigos que infligía a los nativos africanos que intentaban oponerse a la devastación de los recursos naturales en sus aldeas. Los amarraba a una estaca clavada a por lo menos un metro y medio de profundidad —en consideración a que, como lo narra en una de las misivas enviadas a la compañía Skinner and Bowring, dueña de sus servicios, “estos hombres de piel de obsidiana, poseen la fuerza de diez servidores de Cristo y el temple que ha de ser propio de las llamaradas en el infierno”— y, por medio de unas pinzas que él mismo había diseñado, les obligaba a mantener la boca abierta para hacerles tragar orquídeas enteras y taquearlos hasta que reventaran atragantados y aromáticos. Durante treinta y siete años recorrió un vasto territorio de selvas vírgenes africanas, comenzando por Angola y desplazándose hacia el sur. Descubrió más de treinta especies de orquídeas que llevan su nombre

y escribió una obra de dos volúmenes extensos a la que intituló *De taxis* y que se convirtió en la primera clasificación taxonómica de las orquídeas africanas. En algún momento de su vida escribió: "Si el encuentro con una *Angraecum* puede ser hipnótico, la revelación súbita de un bosque colmado de ellas, la visión caleidoscópica de colores apretujados, el aire que de tan aromático se hace irrespirable, puede llevar a la locura y a la bestialidad". Nunca quiso regresar a Inglaterra, donde le esperaba una vida acomodada tras tantos años de comercio exitoso y, ya anciano, se retiró de la recolección para dedicarse de lleno al estudio de sus plantas en Angola. Recién comenzado el nuevo siglo, su casa fue víctima de un sospechoso incendio que destruyó casi la totalidad de su colección privada de orquídeas; dos semanas después, dicen los libros de historia, Stamphon murió, atacado por severos desórdenes nerviosos.

Stephan Marshall Cuning (1851-1936): Nacido en Luxemburgo. Fue uno de los últimos cazadores de orquídeas, situación que hizo de su trabajo una labor mucho más difícil que la de sus antecesores. Relataba haber tenido que caminar semanas enteras antes de lograr encontrar una reserva de orquídeas no descubierta. Quince años duró viajando por Suramérica de manera intermitente, pues volvía, cada dos, a Inglaterra, en donde era contratado tanto por compañías como por coleccionistas privados, a quienes, a pesar de haber encontrado una región explotada casi por completo, logró enviar más de novecientas especies, doce de ellas nunca antes vistas en Europa.

Perdió una pierna por congelamiento en una desafortunada expedición en tierras colombianas. Por lo demás no tuvo inconvenientes con la selva. No sufrió ataques

de animales, ni fue víctima de las innumerables enfermedades que mermaban por igual a naturales y foráneos. Padeció, sin embargo, por las relajadas costumbres tropicales de los habitantes, por la falta de civilización, por la carencia casi generalizada de energía eléctrica y por la suciedad y el hedor de las ciudades latinoamericanas. Finalmente, tras haber acumulado un capital que le permitiera volver a su recordada civilización inglesa, a las inigualables galletitas Peek Frean y a los exquisitos jamones Morton, decidió retirarse del negocio. En la ruta de Colombia a Panamá, donde tomaría un lujoso buque que lo llevaría al otro lado del océano tantas veces recorrido, y llevando apenas un día de viaje, sufrió un severo ataque de fiebre amarilla que terminó con su vida antes de alcanzar tierras panameñas.

17

Semanas después de haber realizado la polinización, cuando en la planta comenzó a hacerse visible el desarrollo de la cápsula bajo la flor, descubrí la formación de una cáscara de, más o menos, diez centímetros de largo en una rama del roble, a unos cuatro metros de altura. Confirmé así mi teoría de que la vaina que había encontrado junto al árbol debía de haber colgado de éste, mientras dentro de ella se formaba mi primera mujer. Yo me dedicaba a dar clases en el colegio, a tapar las aberturas del muro, a preparar mi apartamento para la llegada de Avi y, al mismo tiempo, ella crecía día tras día.

El período de maduración se cumplió en las vacaciones escolares, acorde con lo que había calculado, lo cual

me permitió permanecer las veinticuatro horas en casa a la expectativa de la aparición de las semillas, aunque estaba convencido de que ésta no se produciría durante el día, sino que se daría en el transcurso de una noche, pues era en las noches cuando mi jardín entraba en ese estado mágico de oscuridad completa a unos metros del árbol, y de penumbra y viento recio en su cercanía. Así lo había comprobado infinidad de veces, durante esos once meses de espera.

La última semana invertí mi rutina. Durante el día dormía, y en las noches, apostado en una tienda de campaña junto al roble, vigilaba la cápsula que ya había alcanzado el mismo tamaño de la anterior, y que doblaba de tal manera la rama de la que pendía, que estaba entonces a escasos dos metros del suelo. No me fue difícil imaginar la actividad que debía haber dentro de la vaina, cuando una noche la vi moverse de manera pendular. Con el paso de las horas los movimientos se hicieron más bruscos y repetidos y, preocupado por la caída del cuerpo al salir, ubiqué una colchoneta para amortiguarla.

Avi llegó bajo un cielo oscuro. Estaba sentado frente a mi tienda, envuelto en una cobija gruesa y soportando un ventarrón fuerte cuando de un momento a otro el viento desapareció y el vértice de la vaina comenzó a abrirse. Centímetro a centímetro fue apareciendo un pie blanco que en pocos segundos quedó liberado. Junto al tobillo comenzó a asomarse el otro pie y luego se fueron descolgando las piernas de mi segunda creación, mi segunda mujer, la que amé profundamente, la única a la que he amado, la que todavía amo a pesar de estar muerta, la que amaré hasta el final de mi vida. Tantas palabras que existen, tantos significados y sólo con las más sencillas me acerco a expresar los sentimientos más fuertes que haya tenido alguna vez.

18

La caída no fue violenta. El nacimiento era tan pausado que daba la impresión de que la vaina intentaba retener en su interior a Avi, y al llegar a la colchoneta sus piernas se doblaron y quedó tendida de costado. Hasta ese momento no me había movido en absoluto, pues había decidido limitarme a no ser más que un testigo, para evitar alteraciones de lo que debía ser un proceso natural; pero en cuanto cayó corrí a ayudarla. Avi intentó incorporarse y logró ponerse de rodillas y manos. Me arrodillé a su lado cubriéndola con la cobija, sentí que temblaba y la abracé con fuerza; sin embargo pareció no notar mi presencia. No levantó la cara para mirarme ni mostró ninguna reacción ante mi abrazo. Entonces la atacó una arcada fuerte, que supongo nos sorprendió a los dos, y un sonido gutural anunció el vómito de un líquido negro, tras el cual quedó agotada. La ayudé a recostarse en la colchoneta y puse su cabeza sobre mi regazo.

Era casi idéntica a como la había imaginado tantas veces. Tenía el pelo más largo y la nariz algo más fina de lo que me esperaba; por lo demás ella era toda creación mía. Ojos grandes, estatura mediana, y parecía tener de treinta a treinta y cinco años. No era una mujer deslumbrante, pues una Epidendrum tampoco lo es; pero era, sin lugar a dudas, bella. Esperé un poco, dándole tiempo para que tomara fuerzas, acariciando su cabeza y frotando sus brazos para darle calor. Entre tanto miraba a mi alrededor el círculo de luz tenue en el que estábamos y tras el cual una muralla oscura se levantaba hasta una altura incalculable. La fragilidad de Avi me hizo re-

flexionar en lo corta que había sido la vida de la mujer que la había precedido. Quizá mis creaciones tendrían un periodo vital tan reducido como el de las flores de una *Hemerocallis*, que duran un sólo día. En lo alto el cielo oscuro y sobre nosotros las ramas del roble, cuyas hojas comenzaron a temblar cuando volvió el viento. A mi derecha tenía el invernadero. Desde donde me encontraba podía ver la orquídea, pero sin alcanzar a notar si ya se habría producido algún cambio en ella. Avi se había calmado y parecía estar a punto de dormirse. Vamos, le dije al tiempo que intentaba ponerme en pie; pero Avi no respondía. Vamos, le repetí, luchando contra el peso de su cuerpo para levantarme. El viento tomaba fuerza. Logré ponerla en pie, pero, aunque ella pareció reaccionar, sus piernas no pudieron mantenerse firmes y estuvo a punto de caer al suelo. Me di cuenta de que no saldría caminando, que tendría que llevarla cargada. La alcé en mis brazos y una borrasca repentina nos atacó con tanto ímpetu que la cobija amenazó con descubrir el cuerpo de Avi y salir volando por el patio. Me apresuré y entramos a la tienda. Al acostarla en el piso me miró fugazmente y se quedó dormida.

Tomé el morral que había preparado y fui al invernadero. Tal y como había imaginado que sucedería, la vaina de la orquídea también estaba abierta. Durante los últimos meses había tenido la esperanza de lograr longevidad en mis creaciones mediante el cuidado apropiado de las semillas y haciendo que de ellas germinase una planta. Ahora que había presenciado la exigua energía con que nacían, me convencí de que si los cuidados del hospital no habían bastado para salvar a mi creación anterior, menos bastaría la atención que yo pudiera darle al cuerpo de Avi. Si alguna posibilidad de supervivencia existía, tenía que estar en esa hipotética relación entre la

salud de las semillas y la de las mujeres. De lo contrario me vería obligado a no crear de nuevo, pues qué sentido tendría esperar meses enteros a mujeres que tan sólo estarían conmigo por unas horas. Saqué del morral el escalpelo, los guantes y el frasco esterilizado. Separé la vaina de la planta, la guardé en el frasco y volví a meterlo todo en el morral. Las semillas estaban a salvo. Volví a la tienda y cargué de nuevo a Avi.

19

La dejé sobre mi cama a punto de quedarme sin aliento y con la espalda destrozada. Estaba exhausto. Me arrodillé junto a ella, intentando normalizar mi respiración y terminé tendido a su lado. Ella dormía, y a mí el aire se me escapaba y el corazón me latía a un ritmo frenético. Comencé a estabilizarme al tiempo que miraba su rostro pegado al mío. Olía a tierra, a tierra y roble. Súbitamente abrió los ojos, sus ojos color miel y se quedó mirándome sin expresión, igual que si mirara a una pared y comenzó a temblar. Me incorporé y la cubrí con todas las cobijas, le di un beso en la frente y le dije Tranquila, Avi, ya vas a estar mejor. Corrí a la cocina y calenté agua para prepararle una infusión de hierbas y una bolsa térmica. Había planeado este momento por varios meses, en teoría todo estaba controlado. Puse la bolsa caliente en sus pies y me senté a su lado para ayudarla a beber el agua. Tragaba con sorbos pequeños y dificultad. Al fin se calentó y dejó de temblar, entonces cerró los ojos y cayó, de nuevo, en un sueño apacible. La dejé sola, apagué la luz y cerré la habitación haciendo el menor ruido posible. Llevé el morral al baño que había acondicionado como

laboratorio, me lavé las manos, me puse los guantes y metí en el autoclave el escalpelo, las pinzas y unos tubos de ensayo, en los cuales, al cabo de una hora, ya estaban repartidas las semillas. Afuera comenzaba a clarear.

Llevé una silla del comedor a la habitación y me senté en una esquina. El sueño me vencía mientras intentaba reflexionar en el hecho de haberla creado. Había creado sus ojos grandes, había escogido el color miel que tenían. Yo había escogido que tuviera algo más de treinta años y que cuando caminara lo hiciera con pasos cortos. Sabía tanto y tan poco de ella. Conocía sus detalles, pero no quién era. Justo antes de dormirme, viéndola entre largos parpadeos, me imaginé parado en el umbral de una caverna inmensa, mirando hacia una oscuridad exacerbada; una caverna jamás visitada por hombre alguno. Adentro me esperaban la ceguera y la sorpresa, y aun sin haber entrado todavía, ya no era posible, ni deseable, el regreso.

Las paredes del baño comienzan a enrojecerse y siento cómo la temperatura va aumentando. Asomo mi cabeza por fuera de la tina y descubro que el piso de cerámica es una sola brasa. Cuando comprendo que sólo la tina parece resistir la combustión, como si fuera una barca de asbesto conduciéndome por el infierno, escucho, de repente y por lo bajo, un crepitar que me aterra, un crepitar de hierba seca quemándose. De cada uno de los cuerpos que hay dispersos en el baño se levanta una columna de humo. Aví se quema y no puedo hacer nada, las llamas la envuelven y la convierten en una torre de ceniza que se desbarata, cae y deja en el aire una nube

gris y polvorosa.

20

Me despertaron sus gritos. La vi revolcándose bajo las cobijas y de un salto me apresuré hacia la cama. Al verme sus berridos se incrementaron. Pensé que estaba sufriendo algún tipo de ataque, que al fin de cuentas la esterilización de las semillas no había servido de nada y que estaba a punto de morir; entonces me percaté del olor que había en el cuarto. Sin acabar de creer lo que estaba sucediendo levanté las cobijas y un aire putrefacto me dio de lleno en la cara. Sí: la caverna misteriosa de la que de forma tan lírica había pronosticado sorpresas me daba la primera: había defecado, copiosa y directamente, sobre las sábanas de mi cama. Comenzó a patalear y la plasta semilíquida que había permanecido controlada bajo su cuerpo salpicó el suelo y las paredes. Tuve que agarrarle las piernas con fuerza para controlarla, le grité que se calmara, me deshice de las cobijas y tiré de la sábana para poder envolver las heces. Mientras arreglaba el desastre que había hecho, pensaba en la inmensa distancia que había entre lo que estaba sucediendo y las expectativas que me había formado sobre nuestro primer amanecer. La miré a la cara y la encontré sonriendo divertida. Después de tanta suciedad me encontraba con la sonrisa más limpia que había visto. De su mirada podría decir que era clara, aunque lo correcto, sin importar la repetición del adjetivo y la evidente pobreza de mi vocabulario, sería decir que también era limpia, también la mirada más limpia que había visto. Tomé el asqueroso atado y lo llevé al baño, donde empapé una toalla en

agua y jabón; luego volví al cuarto. Se había acomodado de costado, con las rodillas pegadas a su pecho. La aseo y organicé la cama con un nuevo tendido, intentando desacomodarla lo menos posible. Al arrojarla volvió a sonreír. Pero debo aclarar: no era una sonrisa pícaro o femenina, ni siquiera adulta. Era una sonrisa imbécil, la propia de un bebé. Para rematar se llevó un dedo a la boca y volvió, en tercera ocasión, a quedarse dormida.

¡Ah! Vidal. El Creador, el del Gran Poder. Parece que ciertos detalles se te habían pasado por alto. Allí, en el lavadero de mi casa, restregando la sábana, luchando contra una mancha pardusca renuente a desaparecer, me di cuenta de que, tras once meses de organización, nada de lo preparado serviría para convivir con una neonata de un metro setenta de estatura. ¿Y la champaña en la nevera? ¿y las velas que había comprado? En vez de una amante había llevado una cría a mi casa.

“Una cría en mi casa”, qué expresión tan terrible. Me senté en la sala a pensarlo, lleno de terror. Me imaginé cambiándola de pañales por uno o dos años, esperando ese mismo tiempo a que pudiera caminar; luego tener que cuidar cada uno de sus pasos, literalmente. Enseñarle a hablar para que pudiera hacerlo, con un poco de normalidad, hasta dentro de cinco o seis años. Tener que contarle cuentos, tener que jugarle todo el tiempo, enseñarle a comer, aguantarle pataletas, llevarla a parques donde despertaría lástima el pobre viejo que debe controlar a la hija adulta con problemas mentales que aún se pelea con los otros niños por un columpio. Quince años más tarde yo sería un anciano y ella insolente, depresiva, una adolescente de casi cincuenta años. Ella descubriría la libido cuando yo ni siquiera recordaría el significado de la palabra. Pensé que todo se debía a mi falta de pericia como creador. Del ser que había imaginado sólo

había logrado hacer real su apariencia; pero de la personalidad que había esperado, no había rastro alguno. En ese momento me di cuenta de que en realidad no sabía ni siquiera cuáles eran mis expectativas. Había determinado que crearía mujeres, que convertiría orquídeas en mujeres; pero en realidad no había pensado para qué. Mis creaciones no serían cuadros para colgar en una pared, ni sillas para decorar mi casa y, por lo tanto, debería haber resuelto antes si esperaba tener una familia o un corro de amantes. En ese momento, cuando ya era demasiado tarde, lo único que sabía era que no quería un jardín de niñas orates babeando por doquier. Quizá si asumiera mi don creativo con mucha mayor reflexión podría obtener un resultado distinto. Quizá era cuestión de perfeccionar el uso de mi poder para lograr perfeccionar mis creaciones. Pero ¿cuántos intentos serían necesarios? No podía ocupar mi casa, ni las dos o tres décadas que me quedaban de vida, con mujeres que significaran una responsabilidad y una carga, en lugar de una compañía. ¿Cuántas veces debía fallar para lograr una mujer adecuada? ¿Y no sucedería que al lograrlo sería ya demasiado tarde?

Escuché un golpe en la habitación y supuse que se había caído de la cama. Controlé mi primer impulso de ir a ayudarlo y permanecí en el sofá, como esperando que no sucediera nada, que no se escuchara nada más de ella y simplemente desapareciera. Se me ocurrió la idea de que si mi poder era tan grande, quizá podría hacer que esa mujer se esfumara por la misma propiedad por la que había aparecido. Cerré los ojos y deseé que no estuviera. Imaginé mi habitación vacía. Por unos segundos todo permaneció en silencio, afiné mi oído y creí que lo había logrado. Perfecto, pensé. Ahora era cuestión de volver a comenzar, de hacer un nuevo intento siendo más cuidadoso y detallista, y si volvía a fallar sólo sería cuestión de

arreglar la situación, de la misma forma en que acababa de hacerlo, e intentarlo una vez más, y otra, y otra, hasta lograr la mujer que yo deseara. Qué buen susto el que me había llevado, pero qué agradable sensación la de tenerlo todo bajo control, la de estar aprendiendo los alcances de mi poder. Me restaba tender la cama y tirar las semillas por el desagüe para olvidar lo que había pasado, para que no quedara más que una anécdota divertida de mis comienzos como creador. Alcancé a pararme cuando en el marco de la puerta de la habitación apareció su mano agarrándose de él, luego apareció ella, manteniéndose en pie con dificultad e iluminada por la luz de la mañana. Sin dejar de apoyarse en la pared dio un paso torpe y tembloroso hacia mí, juntando las rodillas, semejante a la cría recién nacida de una jirafa. Me acerqué resignado, la tomé de la mano que tenía libre y la ayudé a mantener el equilibrio cuando se soltó de la pared. Caminamos con cuidado por la sala, mirando sus pies y sus piernas, que a cada paso se movían con mayor seguridad. Llegamos al sofá y la ayudé a sentarse. Noté que tenía frío y quise ir al cuarto a traerle una cobija, como si necesitara una excusa para alejarme, como si a ella le importara que hubiera una excusa, como si entendiera lo que es una excusa; sin embargo no quiso soltar mi mano y me exigía, mudamente, que la mirara a la cara. Me sonrió y puso sus brazos alrededor de mi cintura, y con un abrazo me apretó contra ella, poniendo su cara en mi vientre. Le acaricié el pelo y pasé mis dedos por las vértebras que se marcaban bajo su nuca, mientras contemplaba la posibilidad de abandonarla en un barrio lejano. Observé que su piel se había erizado y al hacerlo me recorrió un vértigo lujurioso. Aví, le dije sin pensarlo muy bien, embotado por un repentino deseo sexual que llevaba muchos años sin experimentar, Vamos al cuarto, está haciendo frío y tienes que arroparte. Si respondía a mis caricias era por-

que quizá sí era una mujer, quizá sí tenía una amante, un cuerpo al cual satisfacer. Levantó su rostro y vi sus ojos vacíos, de nuevo los de una pequeña bestia acabada de nacer. No había esperanzas. La lujuria se esfumó al instante y no tuve más remedio que ayudarla a ponerse en pie y a caminar de regreso a la cama. Vidal el bastón. Vidal el esclavo, de nuevo el esclavo, conociendo a su nueva ama.

21

Si mi primera creación había muerto en el hospital San Buenaventura a causa del maltrato que habían sufrido sus semillas, al ser manipuladas sin los utensilios adecuados y sin ningún proceso de esterilización, matar a mis mujeres resultaría bastante sencillo; quizá no bastaría sólo con mi deseo, pero sí con dejar sus semillas en un ambiente hostil por poco tiempo. Al respecto no me atacaba ningún remordimiento moral, pues al fin de cuentas eran creaciones mías y, por lo tanto, tenía potestad sobre su vida, ¿o es que acaso no es una norma tácita de la relación obra-creador? Si existe un club de dioses, de seguro no se reprocharán entre ellos por la suerte que cada uno quiera darle a sus creaciones. Cada cual verá lo que hace con sus muñequitos, dirá alguno, y los demás asentirán satisfechos y sin remordimientos. El único problema que se me planteaba para deshacerme de Avi era qué haría después con su cuerpo. ¿Cortarlo en pedazos y tirarlo a la basura? ¿botarlo a un río? ¿quemarlo en el campo? Ninguna posibilidad parecía estar diseñada para mi estómago, y me parecían imprudentes y riesgosas. La policía no entendería muy bien mi potestad sobre

el cadáver de una mujer despedazada. Pero por fortuna no fue necesario llegar hasta allí, pues en poco tiempo se hizo evidente que la situación no era tan grave como la había imaginado. Su capacidad de aprendizaje era más que sorprendente y su proceso de desarrollo se cumplía con infinita mayor rapidez que el de un recién nacido normal. A los pocos días, por ejemplo, Avi caminaba y se valía por sí misma para hacer cualquier actividad física y, a pesar de haber llegado en un estado intelectual nulo, ya había aprendido que Avi era su nombre y balbuceaba el mío. Entonces una nueva posibilidad se abrió: quizá era necesario que mis creaciones, al igual que todo ser vivo, pasaran por una etapa de reconocimiento inicial, de adaptación, pero —y ahí la gran diferencia— podrían hacerlo muy velozmente si las ayudaba. Decidí intentarlo y los resultados no pudieron ser mejores.

Me dediqué a enseñarle a hablar indicándole cómo se llamaban las cosas que teníamos en la casa. Para ella era suficiente escuchar el nombre de un objeto en dos o tres ocasiones para aprenderlo y usarlo con posterioridad. En las noches, en la cama, yo le hablaba de plantas y ella repetía cada frase mía tratando de imitar el sonido de mis palabras. Compré juguetes y libros ilustrados que pasábamos horas revisando. Para cuando se cumplieron las primeras dos semanas, Avi tenía un vocabulario que le permitía no sólo nombrar todos los objetos a su alrededor y los que aparecían en las ilustraciones de los libros, sino también calificarlos con sus propiedades básicas; y aunque su dicción era aún bastante pobre, yo ya podía entender las palabras que me decía. Además sus avances no sólo eran de lenguaje: a la semana de estar en la casa ya se bañaba sola, ya intentaba manejar los cubiertos en la mesa, y entendía cuándo algo me desagradaba y cuándo no. También había comenzado a dar señales de carácter,

protagonizando un par de berrinches porque me negara a entregarle algún juguete o a leerle uno de sus libros; así mismo se mostraba bastante obediente y receptiva cuando yo la reprendía por algún motivo. Cumplida la tercera semana ya podía armar frases sencillas y hablaba cada vez mejor. Descubrimos que le gustaba ver televisión, los libros de animales y el arroz con huevo frito. Pasada una semana podíamos hablar de cosas sencillas, en especial si se referían a ella: qué programas le gustaban y por qué, lo que había sucedido en la casa el día anterior y lo que quería hacer al día siguiente. Me contaba historias que eran una combinación de las mismas que yo le leía, le gustaba hacerme cosquillas y odiaba que yo se las hiciera.

Llevábamos casi un mes y medio juntos cuando comenzó a insistir en que quería salir a la calle, a lo cual me negué en principio para, como era de esperarse, terminar cediendo. Así que un domingo tuvimos nuestra primera salida, no sin antes dejarle en claro ciertas reglas. Avi no debía hablar con nadie, no debía apartarse de mi lado en ningún momento y debería obedecerme totalmente. Fue una tarde maravillosa. Avi se vistió con todos los colores que pudo, comió de todo lo que vendían en el parque y me hizo recorrerlo varias veces. Podría pensar que, en general, pasamos desapercibidos. Un hombre cincuentón pasando la tarde con su hija, que si bien estaba vestida de manera estrafalaria, no era más que una joven alegre, aunque quizá un poco ruidosa y extrovertida para estar por los treinta.

Cuando volvimos a la casa estaba exhausta, se dio un baño y nos alistamos para dormir. En la cama le dije que tenía que hablarle de un asunto importante. Avi me escuchaba atenta tratando de vencer el sueño; entonces le dije que al día siguiente yo no iba a estar con ella durante

la mañana, que debía portarse bien, que no le iba a faltar nada y que la llamaría dos veces por teléfono antes de regresar, justo para la hora del almuerzo. Avi guardaba silencio. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo, Avi? Sí, me contestó mirando al techo, ¿A dónde vas mañana? Al colegio, le respondí, Se acabaron las vacaciones, Avi.

22

Había dejado a Avi dormida en la cama esa mañana y de las dos llamadas que le hice desde el colegio no respondió ninguna. Cuando regresé la encontré sentada en el sofá, con las piernas abrazadas y mirando por la ventana. No me contestó cuando la saludé, ni quiso mirarme a la cara cuando me senté a su lado y le pregunté qué le pasaba. ¿Estás enojada? Sus ojos se llenaron de rabia y hundió la cara entre sus rodillas. Fui a la cocina por un vaso de agua. Qué lástima que no quieras hablarme, le dije, Porque te traje un regalo del colegio. Saqué un vaso de la alacena, lo puse bajo el grifo y dejé que se llenara sin afán. Una sorpresa que pensé que te iba a gustar. Me tomé un trago largo, dejé el vaso en el lavaplatos y salí. No quiero nada, me dijo con voz ronca. Está bien, le respondí, dirigiéndome a la habitación, De todas formas te lo voy a dejar en la mesita de noche para que lo cojas después. Cuando entré al baño de nuestro cuarto, abrí la ducha y, sin comenzar a desvestirme, esperé un par de minutos para volver a salir. Avi estaba sentada en la cama mirando el libro que le había llevado. Abrí el armario y tomé una toalla. Es un libro para aprender a leer, le expliqué. Avi me miró sorprendida. En el baño el agua seguía cayendo y un vapor caliente comenzaba

a asomarse en el cuarto. Me senté a su lado. Te voy a enseñar a leer, ¿te gusta? Avi pasaba las hojas una a una. Mira, estas son las vocales, le dije señalándole una de las páginas. A, dije. A, repitió ella. Le enseñé las otras. Estaba fascinada con el libro. Me miró y sin que fuera necesaria una sola palabra comprendí que estaba perdonado. Y en ese momento, sin que ninguno de los dos pudiéramos darnos cuenta, acababa de quedar establecido que no importaba lo que yo llegara a hacerle, ella siempre me perdonaría. Abrazó el libro y se puso en pie. Pero no me gusta quedarme sola, me dijo y salió de la habitación. Fui al baño, tanteé el agua y comencé a desvestirme. Oía a Avi repetir las vocales y el agua correr por el sifón de la tina. El ambiente estaba cálido. Miré mi pecho encanecido, mis piernas blancas y flácidas, mis pies viejos. Limpié con la mano el vaho del espejo y me vi más arrugado que nunca, más calvo que nunca y sonreí. Avi, le grité. ¿Qué?, me respondió desde la sala. ¿Te quieres bañar conmigo? No, hoy no me voy a bañar.

23

Tan pronto una cápsula de semillas madura y comienza a abrirse es necesario separarla de la planta para, en un área estéril, diseccionarla con un escalpelo, retirar las miles de semillas que alberga y comenzar con ellas el proceso de desinfección. Para tal cometido viértase una solución de cloro y agua destilada en un frasco que contenga parte de las semillas recogidas, tápese y agítese por máximo ocho minutos, luego déjese reposar por un minuto más en posición vertical. Unas semillas irán cayendo al fondo del frasco, en tanto otras quedarán flo-

tando en la superficie. Una vez terminado este tiempo de reposo retírense el cloro y las semillas flotantes —pues estas no son fértiles— y lávense las restantes con agua destilada a fin de remover el exceso de cloro que haya podido quedar. Transfiéranse las semillas a tubos de ensayo esterilizados y en los que con anterioridad se haya colocado el medio de cultivo apropiado para el desarrollo de la especie sembrada. Séllense los tubos de ensayo con un tapón de algodón y doble capa de papel aluminio. Esterilícese todo de nuevo y almacénese en una estantería donde haya luz natural, pero que no tenga contacto directo con los rayos del sol o, en su defecto, procúrese a las semillas iluminación con tubos fluorescentes de veinte vatios.

Obsérvese que con el transcurso de las semanas, las semillas que sobrevivan a los ataques de hongos y bacterias irán tomando un color verde intenso y crecerán hasta volverse protocormos esféricos, que una vez alcancen los cinco milímetros de diámetro deberán ser trasplantados. Pasados unos dos meses se hará evidente la presencia de un tallo, y el protocormo se irá convirtiendo en una joven plántula de entre cinco y diez centímetros de altura.

De las semillas de Avi, apenas unas cuantas alcanzaron a tener tallo. Casi todas habían sido víctimas de una mortandad inusual pero comprensible, pues era de esperarse que, al final, sólo una de ellas sobreviviera; esa sería la *Epidendrum* de Avi. Y así como en las pocas sobrevivientes se comenzaban a desarrollar las formas de una orquídea, de la misma manera Avi se comportaba cada vez menos infantil y comenzaba a mostrar la personalidad de una jovencita alegre e inteligente. Y el cultivador, Vidal el creador, comenzaba a sentir que el tiempo de aprendizaje había llegado a su fin y que era hora de experimentar con nuevos cultivos.

24

Una noche, ya acostados en la cama, Avi me dijo Quiero que mañana me lleves al restaurante más lujoso que puedas. ¿Por qué?, le pregunté extrañado. Pero no me vayas a salir con uno de medio pelo, prosiguió, ignorando mi pregunta, Y mañana, cuando salgas del colegio, te vas para cualquier parte y vienes por mí hasta la noche, a las nueve, más o menos. Perfecto, le contesté, preguntándome si tras la invitación se ocultaría otro propósito. Había tomado la costumbre de ovillarse con su cara pegada a mi pecho antes de dormirse. Así lo hizo también aquella vez y pensé que quizá este nuevo hábito, al igual que la idea de salir a comer, se debían a que estaba inquieta por haber notado cambios en mi comportamiento. Durante los últimos días me había atacado con fuerza el ansia de volver a crear y, aunque había intentado disimularlo, era posible que me hubiera comportado de manera extraña, talvez pensativo y silencioso.

Al día siguiente seguí sus instrucciones y aproveché la tarde para recorrer viveros en busca de semillas de *Rhizanthella*. Creo que en algún punto afirmé ya que la *Rhizanthella* es una planta inusual, muy extraña. Es una de las pocas orquídeas subterráneas que existen, o que por lo menos han sido descubiertas, y si bien se conoce con exactitud cómo, a pesar de no tener contacto con la energía solar, se alimenta, los recursos que usa para la polinización son ignorados por completo. Por ello mismo su cultivo es bastante difícil y casi imposible su proliferación en laboratorio. Su belleza es oscura, primitiva. A la mirada de un desprevenido parecerá una sim-

ple raíz, pues es de color blanco y carente de hojas en el tallo. Su extremo superior es un capullo semiabierto, que asemeja una corona y resguarda entre ocho y treinta diminutas flores rojizas que se apretujan en su interior, pareciendo un nido atiborrado de polluelos hambrientos. La comparación es más que justa: si se observan las flores con una lupa, se apreciará que sus pétalos casi se cierran en forma de pico, rodeando al sépalo que, en el centro de la flor, se asoma como una pequeña lengua. El color escarlata y negro de las flores, sus formas agudas y su aversión por el sol le confieren a la *Rhizanthella* un aura ominosa y vampírica.

A diferencia de las dos creaciones que ya había logrado, esta vez no podría llevar a cabo el proceso desde el comienzo; así que debía contentarme con trabajar con semillas de origen desconocido. La situación era tan distinta ahora, que me parecía casi improbable llegar al mismo resultado; sin embargo la única forma de comprobarlo era seguir adelante. En uno de los lugares especializados de la ciudad me vendieron tres frascos, cada uno con una semilla de *Rhizanthella* enterrada en humus. Tendría que replantar el material en un acuario lleno de tierra y con un medio de cultivo que ofreciera a las semillas nutrientes similares a los que les provee el hongo micorriza, con el que hacen simbiosis en estado natural. Después tendría que esperar cerca de siete meses para que comenzara el desarrollo de las plántulas. Supuse que entonces, si el proceso concluía con éxito, aparecería mi tercera mujer.

Cuando llegué a casa encontré a Avi lista para salir. Tenía un vestido que nunca le había visto. Yo sospechaba que ya salía sola a la calle, pero aunque nunca lo había negado, tampoco me lo había dicho. Era un vestido de una sola pieza, ajustado de pretina y espalda y con

una falda larga que caía hasta debajo de sus rodillas. Se te ve muy bien ese vestido, le dije al verla. En cambio tú estás terrible, me dijo, No pienso llevarte a ningún lado con esa facha. Me ordenó ir al cuarto de baño, tomar una ducha y ponerme la ropa que me había alistado sobre la cama. Y no te demores, me dijo, ¿Hiciste la reservación, tenemos tiempo? Tenemos tiempo de sobra, le contesté, No te apures. Muy bien, me dijo al tiempo que me empujaba al baño, Porque la noche está adorable y me encantaría caminar un poco, antes de la cena. ¿Adorable?, le dije, ¿La cena? ¿qué forma de hablar es esa?, creo que estás viendo demasiadas telenovelas. ¡Oh!, me contestó, antes de cerrar la puerta del baño, Qué insufrible logra ser usted. Con cuidado puse en el piso mi maletín con las semillas de *Rhizanthella* en su interior. Si las cosas salían del modo que lo esperaba, mañana no tendría que ocultarlas y podría dedicarme, ojalá con la ayuda de Avi, a su trasplante.

En realidad la noche era “adorable”, fresca y despedajada. Caminamos por las calles más convenientes del barrio. Después de dos años ya había aprendido que la zona menos insegura era la de mayor actividad, es decir la que está plagada de cantinas y prostíbulos. Una vez se han dejado atrás esas calles se llega a un sector comercial en el que la sordidez de mi barrio se diluye entre las luces de los carros y las vitrinas de los almacenes. Nunca habíamos salido juntos de noche y Avi estaba maravillada con el cambio profundo de las calles. ¿Has vivido aquí siempre? En los casi tres meses que habían transcurrido desde su llegada era la primera vez que me preguntaba por mi pasado. Le conté todo, excepto la verdadera naturaleza de nuestra relación, por la que Avi no hizo una sola pregunta. Le hablé de Liz y de Emma, de mis hijos, de mi llegada a esta ciudad, del colegio. Aunque había-

mos caminado más de media hora todavía estábamos lejos del restaurante y se estaba haciendo tarde. Tomamos un taxi y durante el recorrido, que duró menos de un cuarto de hora, no nos dijimos nada. Avi se recostó sobre mi hombro y miraba al frente, sumergida en sus propios pensamientos y preocupaciones. Yo miraba por la ventanilla y comenzaba a descubrir la razón por la que me había citado, comprendí sus temores, sus dudas. Había decidido, durante la tarde, que el restaurante sería el lugar adecuado para contarle la verdad; pero por lo visto, ella ya había tomado la misma decisión mucho antes, con lo cual la situación, para mí, se presentaba mucho más fácil.

En la puerta del restaurante Avi me tomó de gancho y levantó la barbilla. Nos recibió un maître viejo apostado tras un atril e impecablemente vestido de blanco. ¿El señor Vidal e hija?, nos preguntó al tiempo que revisaba el listado de reservas. Asentí y el hombre, con un gracioso movimiento de manos, marcó su cuadernillo. Bienvenidos, nos dijo invitándonos a seguir con una mano y llamando a un mesero con la otra. ¿E hija? me susurró Avi al oído, ¿Nos reservaste como padre e hija? ¿Y cómo más?, le contesté. Me soltó el brazo antes de llegar a la mesa. El mesero, un jovencito nervioso al cual el uniforme le quedaba, por lo menos, dos tallas grande, le corrió la silla a Avi. Ella se sentó agradeciéndole con un largo parpadeo. Yo corrí mi silla y me senté. ¿Desearían algo de beber?, nos preguntó el mesero, visiblemente indeciso sobre dónde colocar las manos, ¿O prefieren ver la carta ya? Avi pidió, para mi sorpresa, dos gin-tonics. Cuando el mesero se alejó le dije ¿Estás loca?, nunca has tomado licor. Hoy es el día, me dijo. ¿Y por qué ginebra? He escuchado que es deliciosa, me contestó. ¿Ah, sí? ¿y dónde lo has escuchado? Por ahí, por ahí, me dijo jagan-

do a fingir desprecio y moviendo una mano igual que si estuviera espantando una mosca insignificante. Muy bien, le dije, Mira, ponte la servilleta sobre las piernas, así, y le mostré cómo hacerlo. Avi estaba encantada con el lugar. En las paredes se combinaban la madera y la piedra y el suelo era de color azul oscuro, casi negro. La iluminación era tenue en ciertos puntos e intensa en otros ¿Ahora sí vas a decirme de qué se trata todo esto?, le pregunté cuando llegó nuestro trago. Claro que sí, me respondió. ¿Desearían ver la carta?, interrumpió el mesero. Lo despaché con un ademán. Avi probó su bebida, cerró los ojos y me dijo Me gusta, aunque me lo imaginaba más fuerte. Bien, le dije, Entonces cuéntame: ¿por qué tanto misterio esta noche? Dale, pruébalo, me pidió, Quiero saber si te gusta. Lo probé y le dije Sí, está bueno, pensando que no tenía ninguna necesidad de presionarla, ¿De qué quieres que hablemos? De lo que hiciste hoy en el colegio, me respondió, Cuéntame cómo te fue. Estuvimos hablando un rato de las mismas cosas de las que hablábamos en casa, como si fuera un día cualquiera. Cuando habíamos tomado medio trago, Avi me dijo Dime: ¿Quién soy? La miré con tranquilidad a los ojos y le dije Eres mi creación. Avi tomó un sorbo más, se limpió las comisuras de los labios y volvió a acomodar la servilleta en su regazo. ¿Qué quieres decir con eso? Eres alguien muy especial, le dije, Una persona distinta, y se lo conté todo.

Cuando terminé mi relato nos quedamos mudos por un instante. ¿Cómo te sientes?, le pregunté finalmente. Avi llamó al mesero y pidió otros dos tragos. No siento nada extraño, me dijo, Sólo se me han aclarado un montón de dudas que tenía. ¿Sabes? Quizá no me lo vas a creer, pero hasta cierto punto intuía que algo así debía estar sucediendo. Jugaba con su vaso vacío y no para-

ba de mirarlo, luego alzó la vista y me preguntó ¿Hay alguien más como yo? No, eres única, ya te lo dije. ¿Y cómo puedes saberlo, cómo puedes estar seguro? Pues no lo estoy, le respondí, Pero no creo que nuestro caso sea lo más frecuente en el mundo. Lo pensó un instante y me preguntó ¿Y tú cómo sabes que no eres una creación de alguien? Nuestros tragos llegaron y el mesero nos preguntó de nuevo si queríamos ver la carta. Miré a Avi, ella negó con la cabeza y el muchacho volvió a retirarse. No, Avi, le dije, Yo he tenido una vida común y corriente, una infancia, una adultez, papás, amigos, universidad, trabajos, soy como todos. No como todos, se apresuró a contestarme y comenzó el trago. Sí, no como todos, le contesté entendiendo a qué se refería. ¿Y por qué lo hiciste? ¿Hacer qué? Crearme, tonto ¿por qué me creaste? Intenté encontrar una buena respuesta, pero me di cuenta de que no la tenía. No lo sé, le dije. ¿No sabes?, por favor, creador mío, me dijo abriendo los brazos, ¿Cómo me vas a salir con esa respuesta? Revolví sin afán la ginebra y le pregunté ¿Estás molesta?. No, no estoy molesta, me dijo, Me gusta nuestra casa, me gusta estar contigo, estar aquí y, en especial —me tomó una mano—, ser tuya.

Qué momento, qué apoteosis. Después de todo lo que había pasado, no sólo en los meses anteriores, sino en los cincuenta y cuatro años de mi vida, había llegado el momento crucial. De hecho, si lo pensaba bien, mis años eran pocos para haber alcanzado algo que la humanidad nunca creyó poder lograr. Yo, un hombre normal, perteneciente a esta pobre especie llena de limitaciones, había creado a otro ser que ahora me reconocía como su creador. Yo, hombre, creí ser, entonces, deidad.

Dime, insistió, ¿Por qué lo hiciste? Avi necesitaba una respuesta y mi obligación era dársela. Porque podía,

le dije, Porque tenía que hacerlo. Apuré mi vaso hasta la mitad y le dije Es más, tengo que volver a hacerlo. La mirada de Avi cambió de inmediato. No estaba preparada para oírme decir eso, no estaba dentro de las posibilidades que había alcanzado a prever durante la conversación. Cerré los ojos y disfruté del leve mareo que me producía la ginebra; me fijé en la música de cuerdas que sonaba en el lugar, en el murmullo de las voces de las mesas ajenas; sentí el aire cálido y, tenuemente, el perfume de Avi. ¿Me dejarías ayudarte?, me dijo. Abrí los ojos y la encontré de nuevo tranquila. Me encantaría que lo hicieras, Avi, que lo hiciéramos juntos. Ella se llevó mi mano a su rostro, la olió profundamente y la puso abierta sobre su mejilla. Vámonos, me dijo. ¿Y la comida? No quiero comer, me contestó, Sólo vámonos para la casa. Llamé al mesero y pedí la cuenta. Pero, me preguntó por cuarta vez, ¿No les gustaría ver la carta? La carta, la carta, dijo Avi con el gesto de quien recuerda una cita importante, A ver, déjenos ver la carta. El muchacho se apresuró sonriente a traérnosla. Yo no entendía por qué Avi había decidido ahora pedir algo de comer. Recibió la carta, la abrió, la miró por lado y lado y le dijo al mesero Ya está, ya la vimos, ahora la cuenta, por favor. El mesero reprimió la mirada de odio que había aparecido en su rostro, tomó los menús y con amabilidad obligada le dijo Con mucho gusto, señora, y se retiró. Qué malvada, Avi, le dije. Se tomó el último sorbo de mi trago, levantando el vaso más de lo que era necesario y me dijo Sí, lo soy; pero no es mi culpa, querido. Tú me hiciste así.

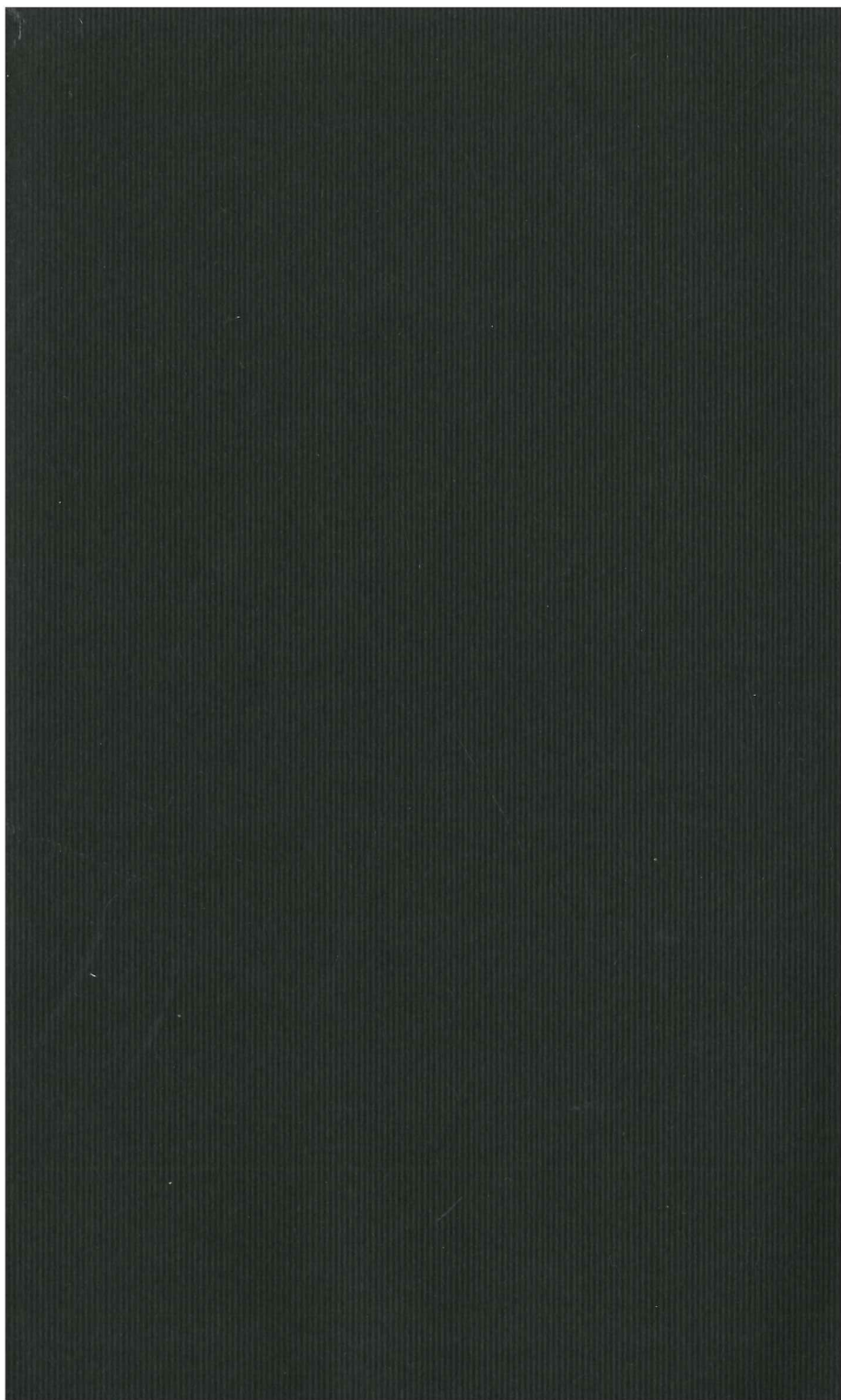
La noche era fría. Avi me tomó del brazo y caminó pegada a mí. Detuvimos un taxi y le pedimos que nos llevara a casa. Antes de llegar, Avi me preguntó cuánto tiempo vivía una Epidendrum. Miré por la ventanilla sin contestarle. ¿Dos, tres años?, insistió. Cinco, siete a lo sumo, le contesté sin mirarla. ¿Cuando eso pase, qué sucederá conmigo?, me preguntó. No sé, contesté. ¿Pero qué crees, qué supones que pasará? No sé, le repetí, No quiero suponer nada sobre eso. Avi volvió a tomarme del brazo y a apretarse contra mí. Es terrible no saberlo, me dijo con la voz apagada. Yo continué mirando por la ventanilla. Debía ser cerca de la medianoche y la calle estaba vacía. Nadie sabe cuánto tiempo le queda de vida, le dije, Ni tú ni yo ni nadie puede saberlo. Tras unos segundos de silencio me dijo Entonces no soy tan diferente, ¿no te parece? Sí, le respondí, Quizá no lo seas. Continué con el rostro girado hacia la ventanilla pero ya no veía la calle. Pensaba en Avi unos años después, mucho mayor, cuidando a un anciano. Pensé que si Avi seguía viva al morir la orquídea, podría llegar al final de mi vida con ella a mi lado y, quizá, también tener la suerte de verla envejecer un poco. Me habría gustado que fuera así, pero yo, lo vine a entender luego, podía crear vida, no definir destinos. ¿Estás borracha? le pregunté. Algo mareada, no más. ¿Y te gusta? ¿Qué, el mareo? Sí, le dije. Sí, mucho, me contestó.

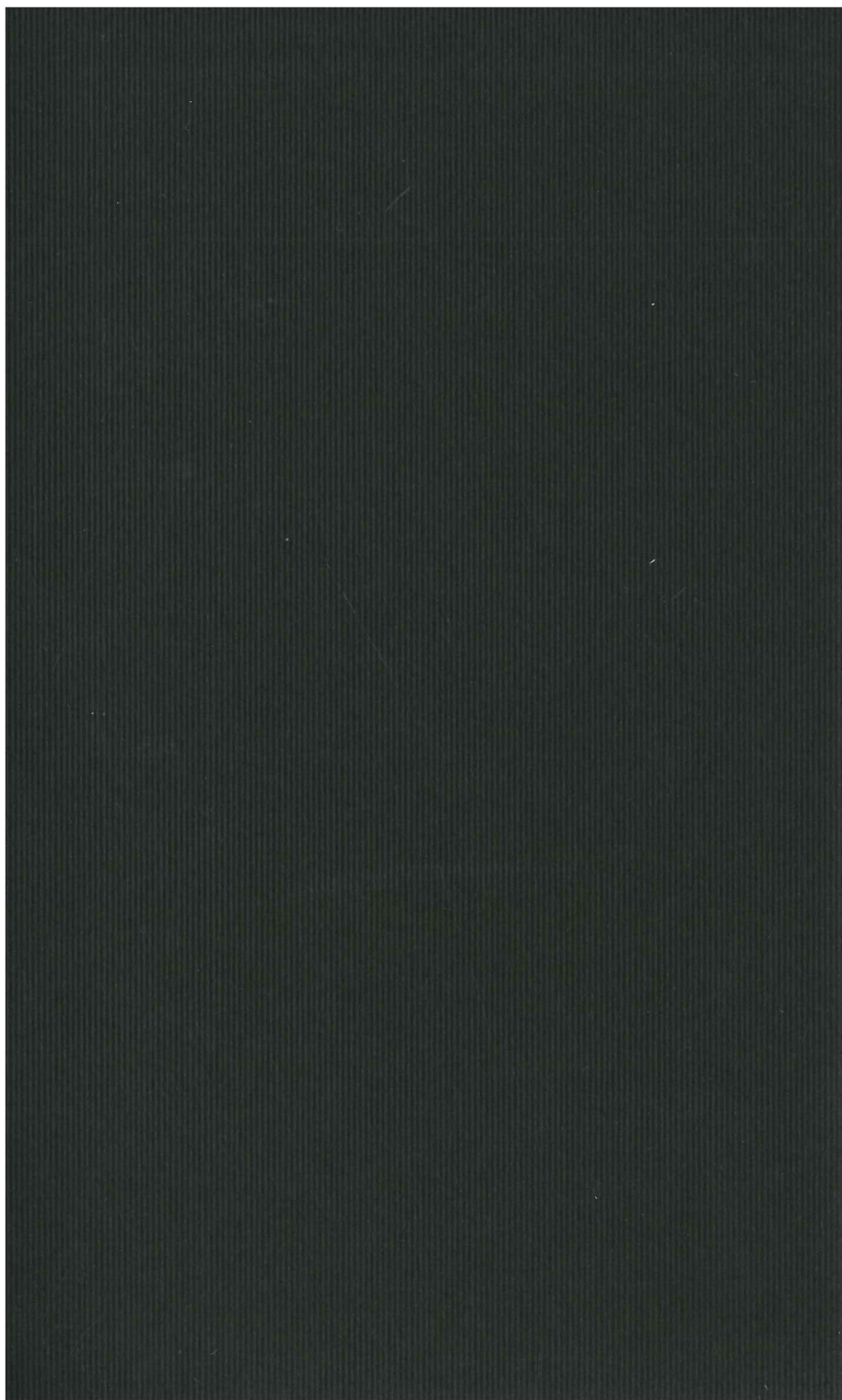
Desde la primera mañana, cuando le ayudé a Avi a

dar sus primeros pasos y creí que la había excitado una caricia mía, no había vuelto a sentir el ataque de lujuria que por un momento me despertó aquella vez. A fuerza de bañarla, vestirla y limpiarla durante los primeros días, se había perdido en mí todo el deseo por ella y ahora que era por completo una mujer, la sentía más cercana a una hija o a una hermana que a una amante.

Esa noche, acostados en la cama, Avi comenzó a besarme el cuello. ¿Qué haces?, le pregunté. No te preocupes, me dijo, He visto cómo se hace... aunque no estoy muy segura de los detalles, pero tú puedes ayudarme. No, Avi, no creo que debamos. Ella no me escuchaba. Comenzó a acariciarme el pecho al mismo tiempo que hundía su rostro en mi cuello. Le tomé la mano para detenerla, ella se soltó y la deslizó entre mi pantalón. Un momento, Vidal: ¿dónde están los antiguos sudores, la angustia que reinaba en cualquier acercamiento con una mujer? Avi se subió a horcajadas sobre mí, sin sacar la mano de mi entrepierna. Confundido puse mi mano sobre su cadera para intentar apartarla, pero sentí su piel y la curvatura de su cuerpo y mi mano se deslizó por su abdomen plano y escogió bajar hacia su sexo. *Levanto mis manos a la altura de mis ojos y comienza la llovizna. Pequeñas gotas de agua se desprenden numerosas de mis dedos y caen sobre mis piernas, como si mis manos fueran nubes y esta tina un campo seco. Mi pantalón se empapa, la lluvia arrecia, la tina se anega.* Se quitó la blusa y puso su pezón terso y duro en mi boca que se abrió para recibirlo, después lo retiró y me miró a los ojos. Apreté su cadera y el pezón volvió a mi boca una y otra vez. Puso su lengua en mis párpados, me lamió la boca, la barbilla y comenzó el descenso por mi pecho, mi costado, mi vientre, hacia mi pene endurecido y atezado en sus manos. *En una de mis manos tengo el sol,*

el diminuto sol enceguedor. Cierro el puño y su luz se escapa en haces por entre mis dedos. Me lo llevo a la boca, me quema y trago.





Ahora hay momentos en los que me apresuro demasiado. Ahora tiendo a saltarme situaciones y detalles, como si el tiempo fuera un recurso que estuviera por agotarse y por ello me viera en la necesidad de apurar el paso para llegar a este punto: a hoy. A este momento del día: seis o siete de la mañana, supongo, en el que estoy sentado en esta tina –me gusta escribir en esta tina– escribiendo, acompañado por Avi –tan callada, tan ausente–. Antes el tiempo iba de ayer a hoy sin accidentes y todo era fácil; ahora, en cambio, tengo que contenerme para lograr mantener templado el hilo. Que no se formen curvas, ni espirales, ni nudos que provoquen la unión de dos pasados distintos o de uno de ellos y el presente. Cada día me cuesta más mantener la línea simple que va de ayer a hoy. Intentándolo he agotado casi en su totalidad las hojas en blanco que quedaban en el cuaderno, así que he decidido saltar al final de la línea, al final del hilo –o cerca de él, por lo menos– de una sola zancada y caer de súbito en el frío

de las mañanas que no desaparece hasta mediodía; en la pesada mezcla de polvo, aserrín y naftalina que llena el aire de mi apartamento; en la cuadrícula de pequeños azulejos color verde oscuro, casi café, que revisten la tina; en esta bañera, recipiente, cofre, ataúd, féretro, almácigo, tina en donde pareciera haber estado sentado toda mi vida escribiendo; en mis creaciones ojerosas y frágiles que me rodean pacientes, ajenas al mundo; en los ataques de perplejidad que me acometen cada vez con mayor frecuencia —algunas veces dudo de si sucedieron o no—. Y es que me sucede que estoy aquí, escribiendo una frase, tratando de recordar un diálogo, el color de zapatos de Avi una tarde específica, puntual y de repente me suspendo en un limbo, semejante a un pájaro ingravido detenido a mitad de vuelo. Me quedo con la boca abierta, los ojos abiertos, los oídos abiertos. Abierto y pasa todo: la luz, el tiempo, los recuerdos, las fantasías. En especial las fantasías. Entro en estados desprovistos de lógica o leyes naturales. Repentina y repetidamente me encuentro terroso o líquido, o a mi alrededor las cosas se abrasan como en una cámara de combustión, o aparecen Avi y Alba y Alicia y la Fasciculatta y las Habernarias y la tropa de aquellas que no tuvieron nombre ni sentido. Todas saliendo de esta tina en la que escribo, como si salieran de tomar una ducha. Y cada una escoge un lugar de este baño para desde ahí mirar cómo me he quedado apoltronado pasando los días entre momentos lúcidos y espacios en los que mi imaginación se exacerba y en los que el tiempo es un tobogán vertiginoso que de improvisto desemboca en la realidad. Entonces despierto o vuelvo —quizá volver sea un mejor verbo, a pesar del tiempo que llevo sin moverme de esta tina— con la boca seca y un leve ardor en los ojos, reseco porque quizá ha transcurrido más tiempo del que yo he sentido y no he parpadeado hasta ahora que vuelvo o despierto, porque

en algunas ocasiones el verbo despertar puede ser más justo, porque en realidad, en algunas ocasiones, no es una alucinación o una catatonia diurna –como he dado en llamarlas– sino simples sueños que se producen cuando me he quedado dormido sin darme cuenta. El caso es que regreso a este hoy que quizá haya pasado del día a la noche, caso en el cual pensaré que será mejor ir a dormir, ir a la cama; pero para qué ir a la cama, si al día siguiente volvería a meterme en la tina, con el cuaderno en mis piernas y el frío y estos asombros súbitos que me atacan y las horas numerosas que pasan volando. Y sin embargo, pienso cada noche, es mejor dormir en la cama y entonces puede que me ataque de nuevo una alucinación extraña o simplemente el sueño y me quedo así: dormido o ido en esta tina la noche entera, hasta que parpadeo y sacudo mi cabeza y me encuentro con el cielo azul que veo por la ventana.

Día 1. Quiero comenzar a enumerar los días. Quizá así pueda recuperar la continuidad y el orden, y aminorar un poco el desconcierto que me ataca tras cada episodio de estupor.

Después de Avi vinieron muchas mujeres. Siempre olvido cuántas, entonces tengo que mirarlas y contarlas. Pero el número es irrelevante: pudieron haber sido nueve o noventa, el resultado siempre fue el mismo: fracaso, y eso es lo que importa. ¿Habrà algo que motive más que el fracaso logrado con terquedad una y otra vez? En algún punto cercano y anterior al comienzo de la humanidad debió existir una creación perfecta, una creación totalmente ajustada a las expectativas del creador, una

justa compañía que apaciguara su soledad; más tarde, al venir la degradación, el fin, la muerte de esa compañía, el regreso insoportable a esa soledad que ya casi había olvidado, el creador, afligido y angustiado, decidió recuperar a su criatura, suponiendo que habiéndola creado una vez estaría capacitado para hacerlo en una segunda ocasión. Desde entonces ha estado intentándolo, sin lograr nada distinto al fracaso. Eso es la humanidad: los hombres somos el constante resultado fallido de nuestro creador por regresar al punto en que la comunión entre él y su obra se hizo posible y podían recorrer juntos los jardines. Y somos tristes. Triste el creador y tristes sus criaturas. El padre triste porque añora al hijo y nosotros tristes porque en el fondo sabemos que somos imperfectos, que hay un modelo por el que fuimos creados y que nos es imposible alcanzar. Somos los hijos que han defraudado al padre y es nuestra culpa su melancolía y su desidia. Sin embargo él continúa, segundo a segundo, creando a uno más de nosotros. Él podrá seguir intentándolo. Yo no. Yo he comprendido el límite de mi poder y la desolación que entraña. Nunca podrás volver a mí, pareciera decir el paraíso a todo creador. Compartimos el mismo error: no detenernos a tiempo, sucumbir a la tentación creadora. Avi debió ser mi última creación y mi memoria la única vía de su regreso. Recuerdo sus ojos color miel abiertos y sin mirada. Recuerdo cómo los cerré. Recuerdo que le retiré el cabello del rostro y que al peinarlo con mis dedos sobre el suelo pareció tener una medusa aplastada bajo su cabeza. *Ahora siento un ardor repentino en mi costado, como si algo me quemara en un punto específico. Abro mi camisa y encuentro que tengo una protuberancia que nunca antes había tenido, como si una piedra del tamaño de un puño estuviera dentro de mi cuerpo y ahora quisiera salir de él. La toco y, a semejanza de un animal asustado, se apresura a desaparecer.*

cer dentro de mí, dejando una mancha rojiza, un círculo rojizo sobre mi piel. Me quedo alhelado viendo la marca y, antes de que logre pensar en cualquier cosa, formular cualquier hipótesis, el bulto vuelve a aparecer con fuerza, esta vez con mucha fuerza, como si lo que tengo adentro se hubiera dado un golpe contra mí. El dolor me hace lanzar un grito y agarrarme de los bordes de esta tina. Pareciera querer despedazarlos con mis manos, y esta protuberancia, piedra, puño vuelve a desaparecer y a aparecer una y otra vez, golpeándome desde adentro repetidas veces. Cada embate es más fuerte y el dolor más enloquecedor y, justo cuando siento que estoy a punto de perder la conciencia, mi carne cede y se abre. El dolor desaparece. Ahora tengo una herida limpia, sin sangre, como si en lugar de piel y músculos se hubiera abierto un saco de tela. Descubro una pequeña mano asomándose desde el interior de mi propio cuerpo y me limpio los ojos creyendo que es una ilusión producto del dolor. Pero no, no hay ilusión ni error óptico. Salen dos manos seguidas de dos brazos delgados y blancos, y luego una cabellera negra que me resulta familiar y un torso y unas piernas saliendo a rastras a través de mi herida; en fin: una mujer completa, del largo de uno de mis brazos sale de mí y cae en la tina, al lado de mis piernas. Y la cargo y siento un júbilo inmenso al comprobar que es una pequeña Avi la que ha nacido. La dejo sobre mis piernas, agotada, extenuada por la lucha que ha librado para atravesarme. No tiene tiempo de recuperarse cuando, de un momento a otro, sin que ni ella ni yo lo esperemos, un dolor intenso la recorre y la obliga a echar la cabeza hacia atrás y a estrujar con sus pequeñas manos las arrugas de mi pantalón. Y veo cómo en su costado se abre una herida limpia, salen un par de manos y el proceso se repite idéntico; sin embargo no nace una nueva Avi, sino que sale una pequeña Alba, del tamaño de un

brazo de Avi y a la que pongo en sus piernas. Y qué increíble me parece que ahora Alba haya nacido de Avi, que Avi haya parido a su asesina. La mueca de dolor de Alba me indica que una nueva mujer va a nacer, una del tamaño de su brazo. Supongo ya quién será. No me he equivocado. Una vez más pongo a la hija en las piernas de la madre, que reposa a su vez en las piernas de su propia madre, a quien tengo, del mismo modo, sobre mis piernas. Y los nacimientos continúan presentándose, una larga colección de matrioskas que termina en el momento en que parpadeo y sacudo mi cabeza. Parpadeo y veo que ha llegado la tarde y que pronto vendrá la noche, del mismo modo que todos los días, una y otra vez. Sobre mis piernas no está la réplica de Avi, ni ninguna de las otras. Miro hacia mi derecha y junto al lavamanos veo a la última mujer que creé. La deseché la misma noche que apareció, a pesar de su gran parecido físico con Avi, pues tan pronto la encontré bajo el roble y me miró por primera vez, supe que había sido, de nuevo, un intento fallido. Es algo que más que saberse se siente, porque en el fondo del corazón de todo creador siempre se conoce, desde el primer instante, la naturaleza de sus obras. La traje esa noche y una hora después ya estaba muerta. Murió mirándome a los ojos, tranquila e ignorante.

Alba y Alicia están una al lado de la otra, junto a la puerta. Alba está desnuda, es la única que lo está. Alicia tiene un alegre vestido azul, regalo de alguno de sus amantes, supongo. Alba fue la primera de mis creaciones a la que maté; Alicia, que quise fuera la segunda, resultó siendo la última.

Día 2. Acabo de despertar y me ha sorprendido estar

en la tina. Una sorpresa fugaz que se ha desvanecido al reconocer su familiaridad. Así que me he preguntado cuántas veces la he experimentado. ¿Cuántas mañanas llevaré despertando aquí? ¿Cuántas faltarán? Los números, siempre los números. La manía de querer medirlo todo, como si en realidad fuera posible. Me he mirado las manos y me ha sorprendido encontrarlas flacas y enjutas. Me he pellizcado la piel en el dorso de una de ellas y el pliegue formado se ha quedado quieto por un segundo y luego ha comenzado a desaparecer lentamente, muy lentamente, similar a un barco hundiéndose en el mar. Estiro los brazos, muevo el cuello —los ejercicios matinales— y siento que me duelen las articulaciones. Intento tocar con las manos las puntas de mis pies. No lo logro. No me acerco ni a los tobillos. Vuelvo a mi postura inicial y muevo la espalda contra la superficie de la tina, a un lado, al otro, buscando el punto más cómodo. Ya está. Estoy listo.

Después de la noche del restaurante todo cambió entre Avi y yo. ¿Cómo decirlo? Conocimos el placer. Con más de cincuenta años probé el placer por primera vez. Me di cuenta de que antes de ella el sexo sólo había sido una función orgánica, segregación de fluidos con estímulos sensoriales. Descubrimos la ansiedad anterior al éxtasis, el éxtasis mismo, y el deseo recurrente de experimentarlo de nuevo. Si ahueco mis manos sobre mis piernas puedo imaginar a Avi sobre mí, casi puedo sentir la redondez de sus formas, su tersura y las repeticiones de sus movimientos. Subo una de mis manos como siguiendo la forma de su espalda y al cerrar los ojos puedo evocar mejor el leve olor a sudor entre sus pechos y el movimiento de su vientre subiendo pegado a la punta de mi nariz. Su ombligo pasa por entre mis cejas y su vello por mis labios. Lo beso. Avi pone su pie

sobre mi hombro y libo, con mi lengua en punta a modo de probóscide lepidóptera desenroscada y hundida hasta el fondo del espolón de una *Angraecum Aerangis*. Y comienzo a precipitarme hacia adentro, como si el sifón de la tina en vez de estar ubicado en su lugar habitual se hubiera trasladado a la mitad de mi pecho y alguien lo hubiera destapado. Dreño por ese sifón, fluyo por él —líquido espeso precipitado hacia el abismo— formando un remolino en torno a su oquedad. Me engulle con tanta rapidez que da la impresión de que me tiraran hacia abajo con fuerza. En lo alto veo el cuerpo de Avi, hierático y gigante como la estatua de una diosa. El hueco se traga mi pecho y mi garganta y mi mentón y mis ojos que intentan agarrarse a la imagen de Avi antes de caer desaguados hacia un fondo lejano. Caigo y desaparezco. Mi acto de magia. Mi número de escapismo. Pero de repente me estrello contra el fondo del abismo, formando un charco llano que tras la expansión inicial se retrae elásticamente hacia el centro y comienza, ingrátido, a ascender de la misma manera que asciende un líquido inyectado a presión desde la base de un recipiente. Mi líquido va llenando un molde que tiene la forma de mi cuerpo sentado en la tina. Y cuando abro los ojos mi materia se transforma de líquida a sólida, de nuevo carne y piel. He vuelto, tras tan largo viaje, al mismo sitio. Soy la tortuga que regresa de nuevo a la misma playa, año tras año, a desovar.

Parpadeo. Aún no se termina la mañana, pienso. Quizá no ha pasado mucho tiempo, me digo, casi consolándome, e intento regresar a Avi, a la vívida sensación de estar con ella; pero es inútil —aunque mis manos repitan sus últimos movimientos—. Y me doy cuenta de que es esa sensación la que he buscado recuperar desde que Avi murió, incluso más que recuperarla a ella misma. Me

explico: después de la muerte de Avi comencé a crear mujeres buscando su regreso; pero, lo entiendo ahora, lo que en realidad buscaba recuperar era el estado al que la compañía de Avi me llevaba, regresar a la experiencia de sentir que despertar cada día tenía un propósito simple y definido: estar con ella. Regresar a la extraña sensación, poderosa aunque apenas presentida, de existir en un mundo que podíamos experimentar sólo cuando estábamos juntos. Regresar a la callada seguridad de que la eternidad existía y de que juntos hacíamos parte de ella; a la intuición de vivir en un estado que no tenía fin, pues el final era algo impensable, un concepto ajeno a nuestra naturaleza. Y de repente el cambio. Con qué velocidad cambia todo. Un día la presencia de Avi es tan connatural a mi vida como podría serlo mi mano derecha o el lóbulo de una de mis orejas; y al otro ya no, simplemente no está, simple y rotundamente. Amputación. Y la presencia completa y segura, y el cuerpo de medida justa para ser abrazado, y el ser ajeno que a pesar de ser ajeno pareció tan propio se va y la sensación de eternidad se diluye, el espejismo desaparece y los días vuelven a ser lo que fueron antes: la repetición de rutinas, día tras día; la consumición del tiempo establecido de permanencia; el gasto inútil del periodo vital. Y es tan fuerte la angustia que es necesario inventar una esperanza, desarrollar una suerte de fe en el regreso, en la pequeña posibilidad, durante esta vida o en otra, como sea, de volver a reunirse y experimentar de nuevo la ilusión de haber ganado el juego.

Miro a Alba. Pobre Alba. En lugar de rencor por haberme separado de Avi, le tengo lástima. ¿Habría entendido en algún momento que no fue más que un instrumento? Tal vez lo supo siempre, tal vez también lo supieron Avi y Alicia desde el primer momento, tal vez

fui yo el único que no llegó a, por lo menos, intuirlo. La noche en que Alba —mi tercera creación— llegó, no hubo ni luna ni una sola estrella. Igual que las demás, llegó en una noche oscura.

Era una mujer pequeña, tal como Avi y yo lo esperábamos, de cuerpo casi infantil, de pelo corto y claro, muy claro, cercano al blanco, quijada recta y pómulos angulosos que le daban a su mirada una inquietante profundidad. Avi me tomó de la mano cuando la vaina en la que se había desarrollado esa nueva mujer comenzó a abrirse. La vimos deslizarse y caer al suelo, repitiendo una escena que yo ya conocía y que volvería a ver muchas veces en el futuro. Para Avi lo que estaba presenciando era la visión más reveladora de su vida, sin importar que yo le hubiera descrito con anterioridad todos los detalles; quizá por eso al acercarnos intentó acariciarle la cabeza. No hubo ternura en el gesto, sólo curiosidad. Entonces Alba saltó sobre Avi, la tiró al piso, se arqueó sobre ella y le jaló el pelo hacia atrás para morderla en el cuello, emitiendo gruñidos roncós y desesperantes. Sin pensarlo me lancé sobre la bestia y la quité de encima de Avi. La noche era oscura y borrascosa. El roble permanecía impávido, añoso. Un espectador anciano, inmutable ante la espectacularidad del circo.

Si cierro los ojos casi puedo ver mi sala, el tubo que instalé en ella de pared a pared y del que encadenamos a Alba para controlarla y permitirle, al mismo tiempo, un poco de movimiento. Podría salir de la tina, pienso, e ir a la sala y sentarme en el sofá. Pero para qué habría de pararme si ya sé cómo es la sala, si tengo clara la imagen de la cadena y del collar colgando del tubo, tal como quedaron desde el día en que Alba fue liberada. Repaso el resto de mi casa mentalmente: mi habitación, el comedor, la cocina. ¿A dónde se ha ido el hambre?, me pregunto

mirándome los dedos de los pies. No recuerdo la última vez que comí. Algún día debí haber comido, aunque fuera hace mucho tiempo. Pero, ¿qué estoy diciendo? Trato de recordar una comida cualquiera. Un almuerzo, un sándwich, cualquier cosa; sin embargo lo único que me viene a la mente es la noche en el restaurante con Avi, no puedo evitarlo. Aunque esa vez no comimos, pienso. Y es que llevo más de un año sin poder evitar pensar en Avi todo el tiempo. Y la muerte, que va diluyendo el recuerdo y la presencia leve que dejan las personas, no ha logrado producir ese efecto en ella, pues yo me he empeñado en no permitirlo recordando, escribiendo, diciendo, pensando lo que ella fue.

Como recuerdo de ese primer encuentro con Alba, a Avi le quedaron un par de rasguños en el cuello, que acariciaba de cuando en cuando, absorta en pensamientos que guardaba para sí. Un día la encontré en el baño, contemplando en el espejo el rastro enrojecido de las marcas, como si buscara descifrar en ellas algún mensaje oculto. Deberíamos quemar las semillas, le dije parado a sus espaldas, mirándola a los ojos en el espejo. Se tapó el cuello con la mano y negó con la cabeza. Mantenámosla dopada, me dijo, Con eso es suficiente. Se dio media vuelta, me rodeó con sus brazos y puso su cabeza en mi hombro. Pero no quiero quedarme aquí, con ella todo el tiempo, me dijo, Tienes que conseguirme algo, un lugar donde pueda esperarte hasta que pase la mañana y vuelvas del colegio. ¿Te da miedo quedarte con Alba? No es miedo, me respondió, Es que no quiero quedarme aquí con ella. La casa no va a ser lo mismo, aunque esté dormida. ¿Y en las tardes qué?, le pregunté, ¿va a ser distinto sólo porque yo esté aquí? Repuso que sí, que era muy distinto cuando estábamos los tres. Tienes que entenderme, me pidió.

La situación estaba complicándose. Habíamos planeado

que durante las mañanas Avi se encargaría de cuidar y educar a las mujeres que llegaran, y que en las tardes trabajaríamos juntos en el jardín y en el invernadero. Sin embargo no era difícil entender a Avi y ponerse en su lugar. Creo que puedo conseguirte trabajo en la cafetería del colegio, le dije. Me miró a los ojos con una expresión brillante en su rostro. ¿Te gustaría?, le pregunté. Mucho, me contestó, y volvió a poner su cabeza en mi hombro y apretó más el abrazo, Me va a gustar mucho.

Miro los párpados cerrados de Avi, ligeramente cóncavos. Me gustaría verla sonreír de nuevo; pero no es posible, nunca volverá a sonreírme. Cierro los ojos y trato de ver el color de los suyos. Lo logro sin dificultad. *En mi mente la oscuridad se cambia por el color miel de los ojos de Avi. Detrás de mis párpados todo queda miel. Abro los ojos y observo que entre mis piernas se forma un charco dorado que se nutre de un flujo constante y espeso que sale del sifón. Vuelvo a cerrar los ojos para nuevamente inundarlos de miel, al mismo tiempo que se inunda la tina. Y me hundo con parsimonia, igual que una piedra descendiendo en un estanque de miel. Me acuesto en el fondo, sin sumergir por completo mi rostro: mis ojos, mi boca y mi nariz aún están en la superficie. Y la miel continúa llenando la tina y en las comisuras de mis labios comienzo a sentir su viscosidad; los abro y una gota me toca la lengua. Los cierro otra vez y gusto el almíbar de los ojos de Avi. Mi boca se hunde. Si la abriera se llenaría del color miel que llena mi mente. Prefiero sostener la respiración. Prefiero la miel afuera, rodeándome, calentándose con los rayos del sol que entran por la ventana, sepultándome de manera similar a un fósil prehistórico conservado en ámbar. Y me incorporo de súbito, respirando agitado. Abro los ojos con dificultad, siento mis párpados pesados, mis pesta-*

ñas apelmazadas con pegotes de miel que me hacen ver mi baño y mi ventana en extremo brillantes y luminosos. Me miro bajo la miel, mis piernas bajo la miel. El sol reflejado en ellas me encandelilla un poco.

Día 3. O quizá cuatro. Cómo saberlo. Me he despertado y he visto el cielo gris, la oscuridad vencida retirándose a rastras, justo antes de que se imponga la claridad de una mañana nueva.

Desde el primer instante Avi les encantó a todos en el colegio. El mismo día en que la conoció y luego de que yo le explicara que era una sobrina acabada de llegar a la ciudad, el rector la contrató como trabajadora de la cafetería. Avi no podía estar más contenta y a los dos días de estar trabajando ya parecía conocer a la mayoría de los profesores. Me hablaba de la maestra de inglés del grado sexto, a la cual le gustaba tejer en croché; del profesor extranjero que dictaba sociales y que le había contado cómo se vestían las mujeres en su país; y de las historias personales de varios alumnos. En fin, un ejército de gente que yo nunca había conocido. Mira qué extraño, me dijo, Hay muchos aquí que no te conocen.

Como era de esperarse, Castillo también se fijó en Avi. Tienes que tener cuidado con Castillo, le dije una mañana, yendo al colegio. ¿Con quién? Con Castillo, el de dibujo de primaria. ¡Ah!, con Javier, me contestó. Le lancé una mirada reprobatoria. No sé cómo se llama, ni me interesa; pero tienes que tener cuidado con él. Ayer me preguntó por ti y creo que sospecha algo. El día anterior Castillo se había sentado junto a mí en la sala de profesores y me había preguntado si Avi era sobrina mía por parte de una hermana o de un hermano. Es hija de mi hermana, le contesté sin

titubear. Qué raro, me dijo, No sabía que tenías familia. Le sonreí tontamente, queriendo alivianar la situación y le puse una mano en la espalda. ¿Y tú, tienes familia?, le pregunté. Nunca antes lo había tocado, nunca le había preguntado nada, menos semejante estupidez. No podía ser más evidente mi azoramiento. Ni menos familiares tan bonitas, prosiguió, ¿Cómo se llama tu hermana? ¿Mi hermana? Sí, la mamá de Avi. No recuerdo qué le contesté. ¿No recuerdas qué le contestaste?, me preguntó Avi esa mañana, deteniéndose y tomándome de un brazo. No, no tengo idea, le dije, No he podido recordar qué nombre inventé. Perfecto: no sé cómo se llama mi mamá, me dijo riéndose.

Todas las mañanas Avi se apuraba para salir lo más rápido posible de la casa y, cuando atravesábamos la sala, no prestaba la menor atención a los gruñidos de Alba, ni a la furia con que templaba la cadena, ni al grito con que yo la controlaba. Luego caminábamos media hora hasta el colegio, donde nos separábamos. Ayudaba en la cocina y era mesera en los descansos. Su jornada terminaba tres horas antes que la mía y entonces salía del colegio. Supongo que caminaba por la ciudad o buscaba alguna manera de matar el tiempo, esperando la hora de reencontrarnos en la casa. Si llegaba primero me esperaba en la calle, frente al edificio. Cuando entrábamos al apartamento se encerraba en la habitación y miraba televisión o leía, hasta que el sedante de Alba hiciera efecto y la bestia quedara dormida. Entonces salía esporádicamente a la cocina o arreglaba un poco la casa. Nunca volvió a trabajar conmigo en el laboratorio, ni en el invernadero; ni siquiera volvió a ocuparse del cuidado del jardín o del roble. Avi sabía que no dejaría de lado mis orquídeas, así que nunca se molestó en pedírmelo; sólo tomó distancia. Era su forma de castigarme y, de paso, de protegerse.

Cuatro meses atrás, antes de la llegada de Alba, ha-

bíamos polinizado una *Cigopetalum* pues, creyendo que podríamos lidiar con un par de mujeres al mismo tiempo, habíamos decidido que el nacimiento de las dos fuera casi simultáneo. La última vez que Avi estuvo en el invernadero la encontré sentada frente a la planta. Al verme entrar me la señaló con la expresión de quien le muestra a alguien el tigre dormido que acaba de descubrir en el jardín de la casa. Al parecer la conmoción causada por Alba y luego su trabajo en el colegio, le habían hecho olvidar que esperábamos a una nueva mujer y que la cápsula que contenía sus semillas debía estar a punto de madurar. Me paré detrás de la silla en que estaba sentada y le acaricié un hombro. ¿Cómo vamos a llamarla?, le pregunté. Decídelo tú, me dijo con tono desganado, Esta vez no pienso meterme. Esta vez todo va a ser distinto, repuse. Los dos nos quedamos en silencio. Mira cómo he crecido, me dijo después, señalando su propia orquídea. De las miles de semillas que nacieron el día que Avi llegó, de los cientos de protocormos que más tarde llegaron a formarse y de las pocas plántulas que posteriormente alcanzaron a desarrollarse, sólo una quedaba viva y ya pasaba los veinte centímetros de altura. Estás preciosa, le contesté. Me agaché y le besé el cuello. Avi tomó con delicadeza la materia en la que se levantaba su planta y se la puso en el regazo. ¿Qué haces?, le susurré besándole la oreja. La voy a llevar al cuarto, la quiero tener en mi mesita de noche. Tú sabes que los cambios de lugar no son muy aconsejables para una orquídea, le recordé mientras le abría la blusa a la altura del pecho. Pasará lo que tenga que pasar, afirmó de modo tajante y se puso de pie con la orquídea en sus manos. Lo siento, me dijo, y salió sin decir nada más.

Y una noche oscura, cíclicamente oscura, ritualmente oscura, apareció Alicia. Resplandeciente, sensual, conquistadora, como le corresponde ser por naturaleza a una *Cigopétalum*. Su imagen se tatuaba en la mente de quien la viera

una única vez, así que retirar la mirada al verla era inútil. También era inútil evitarla: Alicia podía esperar días enteros, dejando que su magnetismo causara efecto, dejando que el pobre ser que intentaba alejarse de ella mirara con angustia hacia el frente mientras sus pasos lo llevaban hacia atrás, hacia la silla en la que estaría sentada, balanceando una pierna cruzada sobre la otra. La piedra del sacrificio no requiere ir por la sangre, el cordero terminará despatarrado sobre ella tarde o temprano, está en el destino de los dos, en el centro de lo que son, ella lo sabe; aunque en varias ocasiones el encuentro se frustra porque el animal logre escabullirse, soltarse del lazo que lo lleva, serpentear por entre los estrechos intersticios de los árboles y correr en dirección opuesta a su destino trágico y magnético, con el corazón latiendo en su boca, con la angustia de haber sentido tan cerca la muerte, con la extrañeza de reconocer el placer que le provocó su cercanía y logre llegar a la cama, arrastrarse bajo las cobijas y abrazar a Avi, que finge estar dormida y le da la espalda.

Fue la mujer más fuerte de cuantas creé. La noche de su nacimiento entró caminando al apartamento, sosteniéndose apenas de mi brazo, y a la mañana siguiente la encontré sentada en el sofá de la sala, mirando por la ventana y con Alba tirada en el suelo, a sus pies. Me acerqué y le ofrecí la mano para llevarla de nuevo a su cuarto, pero en lugar de dejarse guiar me jaló hacia ella para que me sentara a su lado. Lo hice y recibí su cabeza en mi pecho. Me sorprendía lo adaptada que parecía estar a la situación, y la sorpresa fue mayor cuando sentí que me acariciaba. Me separé un poco y ella volvió a pegarse a mí. Tuve la impresión de que al mismo tiempo que intentaba acariciar mi pecho se acariciaba el suyo con la otra mano. Me incliné hacia atrás y la empuje de los hombros, tratando de separarnos, pero Alicia seguía obstinada en tener su cuerpo pegado al mío,

casi sobre el mío. Desde la puerta de nuestra habitación Avi me dijo Ésta te salió distinta. Alicia la miró y si bien detuvo las caricias, no se me quitó de encima. Casi tuve que arrastrarme por debajo de ella para dejar el sofá. Alba gruñó y la calmé empujándola con el pie. No entiendo por qué actúa así, le expliqué a Avi sintiendo que me sonrojaba. Yo sí, me contestó, Te hiciste tu propia puta. Alicia se movió en el sofá. La miré. Se había sentado abrazándose las piernas y miraba con agresividad a Avi. Volvió a sorprenderme: ¿Estaría entendiendo lo que sucedía? ¿Había comprendido las palabras de Avi, o por lo menos su intención? Avi ya no estaba en la puerta. Entré a la habitación y me di cuenta de que no tenía nada que decirle. Dale, organízate, me pidió Avi antes de meterse en el baño, Que se nos hace tarde para el colegio.

Alicia llevaba menos de una semana con nosotros la noche que la escuchamos gemir por primera vez. Avi parecía dormir y yo llevaba cerca de una hora tratando de hacerlo, cuando escuché a Alicia respirar profundamente un par de veces; luego sobrevino de nuevo un silencio que a los pocos segundos volvió a ser interrumpido por otro par de inspiraciones fuertes. La presencia de Avi y el miedo de reconocer lo que podía estar sucediendo en la habitación contigua me obligaron a mantenerme inmóvil; entonces un lamento corto y placentero atravesó las paredes, y la respiración en el otro cuarto se hizo profunda y rítmica y se produjeron nuevos gemidos, más intensos y audibles. Me imaginé el movimiento de sus dedos, su espalda arqueándose, sus muslos tensos, la humedad de su sexo. El placer del cuerpo que en la otra habitación se estremecía, llenó la casa. Los gemidos se hicieron ininterrumpidos y crecientes, similares al sonido de una locomotora alcanzando una velocidad absurda, imposible, y Avi se levantó de un salto y gritó ¡Cállate, perra!, con furia, desesperación y desprecio y

el silencio volvió obstinado a llenar el lugar y solté la almohada que sin darme cuenta había estado apretando con una de mis manos bajo la cabeza. Avi se sentó y en la habitación de al lado volvió a escucharse un gemido profundo, casi un grito de éxtasis, casi de victoria rabiosa. Tomó una de nuestras cobijas y salió de la habitación. Yo me quedé inmóvil, fingiendo frente a nadie que todavía seguía dormido. *Y me sorprende una tensión inusual: el agarrotamiento de mis manos, crispadas como dos garras. Por mis brazos comienza a correr el mismo rigor cuando trato de estirarlos. Mi pecho se lanza hacia adelante, pareciendo querer huir de la tina y de mí. Mi cuello se tiembla, mis dientes se aprietan, mi boca es una mueca tensa. Miro hacia el techo, en un intento inútil de calma, y alcanzo a ver el cielo azul con el rabillo del ojo antes de convertirme en piedra, antes de que mis ojos sólo perciban un espacio gris uniforme, a pesar de tenerlos abiertos y de la abrumadora claridad del día.*

Despierto con la boca seca y un cansancio hondo. El cielo aún está azul. ¿Habrán pasado unos segundos, unos días, unas semanas? Miro a Alicia, recostada en la pared cerca a la puerta. Su cabello ya no es rojo vivo y su piel tiene el color de la ceniza; sin embargo no deja de ser hermosa. Quizá llevaría ya un par de semanas con nosotros, el día que Avi no llegó a la casa. Primero la esperé por un par de horas en el invernadero, mientras cuidaba de mi colección de orquídeas que para entonces ya superaba la docena; después subí al apartamento y me dediqué a las labores habituales: leer algo para Alicia, asear y alimentar a Alba, limpiar el laboratorio. Alicia me ayudó con el baño de Alba, con quien parecía entenderse muy bien. A su lado, la bestia que se erizaba cada vez que Avi pasaba por la sala, parecía un cachorro inofensivo y cariñoso. Alicia nunca hablaba, pero era obvio que lo entendía todo. Su proceso había sido mucho más rápido

que el de Avi y su mudez siempre me pareció una decisión y no una imposibilidad.

Al comenzar la noche presentí que Avi no dormiría en la casa. Alicia se encerró en el baño por más de una hora y cuando salió, luego de que yo le insistiera al otro lado de la puerta que era hora de dormir, lo hizo envuelta en un olor delicioso, en un hálito de frescura que hacía pensar en fresas húmedas. Entró a mi cuarto y se metió en mi cama. La saqué venciendo mi propio deseo, la saqué a pesar de la suave blusa bajo la que se marcaba la forma de sus senos, la saqué a pesar de su mano sobre mi pecho, de sus labios carnosos, de su cuello largo. Cerré la puerta con llave y apagué la luz. Avi no vendría, lo sabía. Cómo podía haberme hecho esto. Minutos después sentí los habituales escarceos de Alicia con su propio cuerpo, el hipnótico aroma llevado por el aire, el néctar abundante. Me lancé a su cuarto, a su cama y me convertí en el primer amante de Alicia, en el primero de un extenso número de amantes que se presentaron durante un año, y que durante un año se renovaron casi a diario. Fui el primero que tuvo al frente la tarea de intentar calmar su sed, su voracidad. El hambre inagotable de Alicia que al comienzo de esa noche confundí con deseo sexual, pero que en un par horas descubrí era el hambre de algo mucho más profundo. Esa noche tuve sexo con Alicia, pero no creo que ella lo haya tenido conmigo. Dudo mucho que alguna vez Alicia haya tenido sexo con alguien distinto a ella misma. No pasé de ser un accesorio con el cual se satisfizo durante esa noche, del mismo modo que lo hacía todas las noches por sí sola. Y si bien al darme cuenta pensé en retirarme, salir de su cuarto y volver al mío ya no dependía de mí. Alicia era un océano poderoso y esa noche yo fui el náufrago que se abandona a su suerte y flota al ritmo de la marea, esperando que llegue

el momento en que las olas lo ahoguen o lo escupan a la playa. Alicia sólo me dejó libre cuando había llegado la mañana y se me hacía tarde para la primera clase del día.

Llegué a trabajar en un estado lamentable, sin bañarme y con barba de un día. Evité la cafetería y la sala de profesores y, después de dictar las dos primeras horas, salí del colegio y compré una cuchilla de afeitar. Me asee lo mejor que pude en un baño y al final del primer descanso fui a buscar a Avi. No me sorprendió que no estuviera. Había llamado al comienzo del día para excusarse por no poder ir a trabajar, según me dijo una de sus compañeras. La imaginé en la casa, descubriendo las evidencias de lo que había sucedido: la ducha seca de nuestro baño, la cafetera limpia, nuestra cama fría y sin rastros de que yo hubiera dormido en ella, la mirada de Alicia. Avi me había puesto una prueba y yo no la había superado. ¿Cuánto me costaría la noche anterior? El descanso terminó y todos salieron de la cafetería. Pedí un café y me senté en una de las mesas, pensando en Alicia y en la *Hymenopus coronatus*, un mantodeo que se camufla entre las orquídeas. También se lo conoce con el nombre de Mantis orquídea malaya, por su parecido con la planta: sus patas tienen forma de pétalo, su abdomen, de sépalo, y es de color blanquecino con visos púrpura. Es quizá la mantis de mayor encanto. En estado silvestre se alimenta de polillas, moscas, abejas y, en general, de cuanto insecto no venenoso se pose en ella confundiéndola con una flor.

Cuando volví al apartamento encontré a Avi sentada en el comedor. Alba estaba en el suelo, encaracolada, gruñendo por lo bajo. Alicia debía estar en su habitación. Hoy mismo la sacas de aquí, me dijo Avi, Ahora mismo. Durante el día yo había anticipado que eso sucedería. De hecho, ya la noche anterior había intuido que los días de Alicia en la casa estaban por terminar, que de una manera u otra, bien por decisión propia o porque las circunstancias la obligaran,

Alicia se iría, pues lo que ella necesitaba estaba afuera; si había alguna posibilidad de saciar su sed, la encontraría en otro lugar y no al lado mío. Así que entré a su habitación, seguro de lo que debía hacer. Estaba sentada en la cama, esperándome. Cerré la puerta y me acomodé a su lado, a la vez que entendía lo poco dueño que era de la situación. La decisión ya estaba tomada y todos lo sabíamos, sólo estábamos dándole el trámite necesario que me exigía asumir el papel de amo y señor, y a Alicia simular que estaba expectante. Tienes que irte, le dije. Me miró con rabia, con desprecio y antes de que yo pudiera darle cualquier explicación inútil, fue al armario y sacó una maleta que ya tenía lista. Salí tras ella con la intención de preguntarle qué haría, a dónde iría; pero la presencia de Avi, parada frente a la puerta abierta, me detuvo. Alicia se acercó a Alba y le acarició la cabeza, peinándola con los dedos; luego salió del apartamento sin premura, en una actitud a la vez calma y desafiante. Tan pronto Alicia estuvo fuera, Avi cerró la puerta y se dirigió a la cocina sin hacer ningún comentario. La cadena de Alba se templó en la misma dirección. Yo me senté en el sofá, con mi cabeza entre las manos, pensando que a fin de cuentas era lo mejor que podía pasarnos a todos, que todos estaríamos mejor ahora. Queriendo borrar las últimas semanas con una sola frase, Avi me dijo desde la cocina ¿Quieres café? Bueno, le contesté de inmediato y con entusiasmo. Teníamos que intentarlo. Podríamos fingir normalidad —los dos la extrañábamos— y al cabo del tiempo, de tanto pretenderla, terminaría siendo sincera y volveríamos a la ternura que se había perdido, al gusto mutuo de vivir juntos. Avi llegó a la sala con la taza de café, tan sonriente como no lo había estado desde hacía varios días; entonces Alicia se esfumó y la casa súbitamente retomó la tranquilidad que había perdido.

En la noche Avi me abrazó con fuerza, tomó mi mano que subía por su cadera y la besó, se dio media vuelta y

pegó su espalda a mi pecho. Te amo mucho, me dijo. Y yo a ti, le respondí, sorprendido por la sinceridad con que podíamos decirlo después de lo que había sucedido. Me preguntó si le había dado la droga a Alba. Le contesté que no, que había creído que ella se la había puesto en la comida. Déjalo así, me dijo ya casi dormida, Está tranquila.

Cerca de la medianoche me despertó un ruido. Avi estaba sentada a mi lado. ¿Qué pasa?, le pregunté confundido. No me respondió. Al tiempo que me incorporaba fui comprendiendo lo que sucedía. En el piso de arriba, sobre nuestra habitación, se oían los gemidos de una pareja y se sentía el movimiento de sus cuerpos en el suelo de madera. No puede ser, le dije a Avi sin atreverme a mirarla, ¿Quieres que los detenga? Ella siguió en silencio. Luego los ruidos se acallaron, y pensé que lo mejor sería dejar que Alicia se marchara y cambiar al día siguiente la cerradura del edificio. Avi miraba muda las cobijas, sin dejar escapar ninguna reacción, hasta cuando cerró sus ojos dándose por vencida y vi unas lágrimas recorriéndole las mejillas. Nunca antes la había visto llorar. Entendí lo que Avi había soportado, todo lo que había contenido en su interior durante el último mes, su valentía, su coraje. Le tomé una mano, pero ella la retiró de inmediato. Me paré de la cama lleno de vergüenza y culpa, pero decidido a procurar una solución. Estaba poniéndome las sandalias cuando escuché la puerta del edificio cerrarse. Al asomarme por la ventana de la habitación vi a un hombre alejarse solitario por la calle, lo que significaba que Alicia se había quedado en el apartamento de arriba. Si era necesario golpearla, lo haría; si era necesario sacarla a patadas, lo haría; haría lo que fuera necesario para conservar la tranquilidad de Avi. Subí las escaleras del edificio, entré en el apartamento

del tercer piso y busqué inútilmente a Alicia. De repente oí un golpe fuerte en mi propio piso, un golpe que se repetía en mi cabeza mientras me lanzaba escaleras abajo pensando en Avi. La puerta estaba abierta. Alba no estaba atada a la cadena. Corrí al cuarto y vi a Avi en el suelo. Me abalancé sobre ella, levanté su cabeza y le hablé y le grité, a pesar de que ya había entendido que en sus ojos abiertos no había mirada, que se había ido, que no volvería. La abracé contra mi pecho y lloré como sólo se puede llorar una única vez en la vida. Y es curiosa la memoria, porque cada vez que recuerdo ese momento puedo verme abrazándola, como si yo fuera un espectador de mí mismo. Nos veo a los dos envueltos en una bruma, quizá sobre unas montañas, flotando en un punto alto. *Y esa misma bruma llega arrastrándose en jirones bajo la puerta y dibujando brazos de pulpo por entre la tubería del lavamanos. Rodea la tina, la trepa y entra en ella, dándome la impresión de querer quedarse a mi lado. No siento frío. Casi me parece sentirla tibia y eso me sorprende. Saco un brazo y una delgada capa de esa bruma se pega a él, similar a la manga de un sayo raído, y vuelvo a bajarlo, como chapoteando en la niebla. Deslizo mi cuerpo hacia abajo, dejando que el nivel de la bruma cubra mi pecho y mi garganta y mi mentón, y cuando está a punto de cubrirme los ojos los cierro y me termino de hundir en ella. Abro los ojos, intranquilo, titubeante, temiendo que la bruma entre y se quede en ellos para siempre, y veo el techo de mi baño y el cielo azul por la ventana y, aunque pareciera ser el mundo el que está envuelto en la bruma, sé que soy yo quien está hundido, solitario, en ella.*

Creo que el frío me ha despertado. Todavía hoy, un año después de la muerte de Avi, me causa pesadumbre la conciencia de mis sentidos. Lo que estoy mirando, lo

que estoy oliendo o lo que siento sobre la piel, ya no es para Avi. Este frío ya no es para Avi. El mundo entero ya no es para Avi. Ni el cielo antes de la lluvia ni el olor de las cosas. Ni siquiera el silencio es ahora para Avi. La multitud de detalles que pueblan el mundo, que lo constituyen, han desaparecido para ella. Ella misma como detalle se ha escabullido del mundo y apenas ha quedado una oquedad leve, la silueta negra en una fotografía. Y yo soy la fotografía y justo en el medio tengo un hueco negro con su figura.

Quizá en la no existencia de estas líneas —pues he dejado de escribir en algún momento—, se resume mi incapacidad de acometer con éxito cualquier empresa, pequeña o grande, humana o divina. A fin de cuentas, para qué las palabras si ni siquiera mi propia memoria me permite volver a poseer lo que fue mío. Tendría que ponerme en pie, pienso, y prepararlo todo ahora que aún me quedan fuerzas para hacerlo, preparar la cama blanda que absorberá el jugo de mi cuerpo; pero debo esperar un poco, forzar un poco más el pasado sobre el presente antes de comenzar a secarme. Echo mi cabeza hacia atrás y descanso.

Levanté a Avi del suelo y la llevé a la cama, le cerré los ojos y al cubrir su rostro con las cobijas me sentí abatido por un sentimiento de abandono inconmensurable. El Edén acababa de extinguirse y, en adelante, sólo me quedaba un vasto desierto para caminarlo en busca de su retorno. Alba estaba en un rincón de la habitación, acucillada, rascándose un brazo febrilmente y mirando la escena de perfil. Al acercarme, intentó arrinconarse más, aprovechar cualquier milímetro posible de distancia entre nosotros. Me agaché y la levanté en mis brazos igual que a un niño pequeño. Era tan liviana que me pregunté con qué fuerzas había ahorcado a Avi. La llevé a

la habitación de Alicia, la acosté en la cama dejándole los brazos bajo la espalda y me pareció que su miedo desaparecía. En su expresión podía leerse una actitud de entrega incondicional, mezclada con algo de esperanza y de deseo. Me tendí boca abajo, sobre ella, con sus piernas entre las mías, y comenzó a respirar con dificultad. Sentí su aliento fuerte en mi cara. Entonces puse mis manos en su cuello, delicadamente, y lo apreté deseando atravesar con él la cama. El miedo volvió a ella de improviso. Miedo y angustia. Liberó sus brazos del peso de nuestros cuerpos y me golpeó repetidas veces sin lograr ningún cambio en la situación; luego intentó empujarme, sacarme de encima de ella, pero fue inútil; y terminó arañándose la espalda, como si quisiera liberarse de mí arrancándose por pedazos. Luchó lo mejor que pudo, el tiempo que pudo, hasta que su respiración se hizo ronca, sus ataques minúsculos y sus ojos blancos y acuosos. Su último aliento me dio de lleno en la cara, en mi rostro enrojecido que goteaba sudor sobre el suyo. Y aunque supe que había muerto continué aferrado a su cuello, apretando con la mayor animalidad que me fue posible juntar. La punta de su lengua apareció por el abismo negro de su boca y quise hacerla salir por completo, que le llegara hasta el mentón o a los tobillos, que colgara de ella como un pendón: la bandera de mi ira, la prueba de mi carácter divino, porque en ese momento fui un creador total. Creé y destruí. Creé con cuidado y destruí con furia. Abrí la mano y di. Cerré el puño y ahogué. Si un dios no es eso, entonces qué podrá ser. *Recuesto mi cabeza contra el borde de la tina y veo cómo a mi alrededor todo se tiñe de un color rosa pálido que comienza a subir en intensidad y se convierte en un rojo claro y luego en uno más oscuro y más oscuro, hasta alcanzar el bermejo profundo que ya casi no permite distinguir las formas que cubre. Ahora el color se desprende líquido de mis*

ojos y resbala por mi cara y se estrella contra el fondo de la tina y corre hacia el desagüe en forma de línea de sangre continua e inagotable. Despierto.

Después de ahorcar a Alba llegué al colegio hecho un guiñapo, más sucio y desarreglado que el día anterior; pero aunque podía dar la impresión de estar enfermo, por dentro me sentía insuflado de potencia. El cielo gris que contiene a la tormenta. El tema de la primera clase era la cadena alimenticia. Algunos detalles podría darles a mis alumnos. Abran el libro en la página 87, ordené desde mi escritorio. Escuché el trasegar de las maletas, el caer de los libros en los pupitres, el siseante pasar de las hojas. No podía alejarme de la imagen de Avi, recostada en nuestra cama con los brazos cruzados sobre su pecho inmóvil, tranquila y fría. La orgía alimenticia, pensé. Unas risillas del fondo del salón me hicieron darme cuenta de que lo había dicho en voz alta. Miré a mis alumnos, pequeños especímenes de los depredadores humanos, consumidores de tercer y cuarto orden; sobre nosotros el siguiente nivel es el de los descomponedores: diminutos monstruos de origen variado que convierten la carne de un muerto en una masa gelatinosa y tibia a los pocos días de estar enterrado. La muerte, grité poniéndome en pie, ante la sorprendida mirada de mi auditorio, Es la quintaesencia de la cadena alimenticia. ¡No se dejen engañar!, no es la vida el motor de la vida: es la muerte la que lleva la energía de un ser a otro. El ser vivo se regodea en la muerte, come de su mesa, olvidando que él será el próximo plato. ¿Y qué es la muerte?, tomé una tiza y escribí en grandes letras la misma pregunta, Permítanme que les hable de ella, trituré la tiza y abrí mi puño dejando que el polvo cayera en el piso y en mis zapatos, Esto hace la muerte con la materia inerte de una mujer. Destruye, degrada. Desde el primer instante, tan pronto

el organismo produce su última pulsación, tan pronto se da por vencido y cesa en su intento de continuar adelante con la vida, la muerte comienza su execrable labor, sin darle un minuto de tregua, sin un segundo de descanso respetuoso. Urgida de carne, dije al tiempo que imitaba un gesto vampírico, Se manifiesta en el cuerpo: los ojos se tornan cristalinos; la sangre, respondiendo a la fuerza de gravedad, comienza a descender a los puntos más próximos al suelo; los músculos pierden el tono y se relajan, antes de comenzar el proceso contrario: la rigidez cadavérica que se presenta gradualmente del rostro hacia los pies y que convierte al muerto en un angustioso ente pétreo, que en el proceso y debido a contracciones musculares, puede quedar alterado en su fisonomía original y producir semblantes aterradores, muecas pavorosas en los cadáveres –representé, para mayor claridad, un posible resultado del espasmo cadavérico, brotando mis ojos y torciendo los labios. Extrañamente, mis alumnos no se rieron—. Y esos son sólo los síntomas externos, los visibles. Dentro del cuerpo, en el nivel más íntimo, en el nivel celular, también hay cambios desgarradores y se presenta una suerte de antropofagia –uno de los muchachitos levantó la mano, supongo que para preguntar por el significado de la última palabra. Con mi mirada lo obligué a bajarla y continué—. En el núcleo de las células residen las enzimas que, durante nuestro periodo vital, se encargan de engullir bacterias y a cuantos organismos dañinos nos invadan; pero que una vez hemos muerto, se lanzan contra nosotros, liberándose de la yema celular y comenzando a devorar todo lo que esté a su paso. Entre tanto, las bacterias que residen en el intestino comienzan a consumir sus paredes y, una vez que lo logran, se esparcen por el sistema vascular al resto del organismo y se dan el banquete de su vida con los tejidos conectivo, graso, muscular y nervioso. Después, ahítas, comienzan

a liberar gases y el difunto empieza a heder, a levantar olores, banderas al viento izadas para señalar a las moscas el sitio de reunión, el salón de la comilona real. ¡Hola! ¡Aquí estamos!, éste se está pudriendo. Bienvenida toda la familia, día de pícnic. Presiden Sarcophagidae y Calliphoridae, poniendo huevos en la boca del cadáver y en cuanto orificio esté presente. Mientras transcurren los dos o tres días necesarios para que de estos huevos nazcan las tiernas larvitas que mondarán el cuerpo, éste seguirá con su propio proceso. La piel pierde su color natural y comienza a tomar un delicado tono verde, que se irá oscureciendo con el pasar de las horas. La cara y la vulva se hinchan. El abdomen se infla de tal manera que triplica su tamaño y, justo cuando parece ser un globo destinado a levantar el cuerpo hacia el cielo, revienta y se abre igual que una flor purulenta, semejante a una torta de cumpleaños, ¿han comido alguna vez torta de frutos rojos? —sólo uno de mis alumnos me contestó, afirmando con la cabeza—, pues revienta de la misma forma que una torta de frutos rojos a la que se le da en el centro un puñetazo. Posteriormente, de la boca y de la nariz emana un líquido sanguinolento, y los globos oculares se dilatan, y se caen las uñas, y en la piel las ampollas que han ido formándose comienzan a reventar —me permití hacer una corta pausa dramática y caminé de lado a lado del salón, por entre los pupitres—. Ahora regresemos a los huevos que revientan en las comisuras de los labios de la mujer que ha muerto. De ellos surge una multitud de gusanos que empiezan a recorrer el cuerpo, al tiempo que van devorándolo. Después irán llegando otros insectos menos dotados para reconocer el temprano olor de la muerte y que por ello aparecen cuando la fiesta ya ha comenzado. Escarabajos y demás coleópteros ayudarán a las larvas en la paciente labor de terminar la carne. Y una vez que todo lo que quede sean huesos, harán su

arribo arañas, acáridos y miriópodos para hurgar cuanto resquicio contenga algún rastro de tejido blando y dejar el hueso desnudo, limpio, reluciente.

Miré a mi auditorio. Aunque nunca los había visto tan absortos, la mayoría tenía cara de no haber entendido nada. El resto, dije con desdén y dirigiéndome a mi escritorio, Ya lo saben: el pollito se come al gusanito y luego ustedes al pollito con salsa bechamel. Me senté y miré el reloj, faltaban diez minutos para terminar la clase. ¿Alguna pregunta? En primera instancia el silencio fue general, pero al cabo de un par de segundos uno de mis estudiantes levantó la mano. ¿Y si Dios no quiere que uno se muera?, me preguntó. Una pregunta graciosa, casi hilarante. Así no quiera, le respondí con una sonrisa irónica y autolastimera, Igual todos se mueren y a todos les pasa lo mismo. ¿Algo más?, pregunté guardando el libro en mi maleta. ¿Y las momias?, preguntó una voz chillona desde algún punto del salón. Levanté la mirada. ¿De quién es la pregunta? Un niñito de pelo liso, flaco y cubierto de pecas levantó la mano. ¿Qué pasa con ellas?, le pregunté. El muchachito había visto un programa de televisión sobre momias en el que mostraban cadáveres de más de mil años de antigüedad que aún tenían piel, que se conservaban con piel. No sé nada al respecto, le contesté, pensando en varias cosas al mismo tiempo, Sólo que algunas especies vegetales se han usado como conservantes. Sonó el timbre que anunciaba el comienzo del descanso en el colegio. Mis alumnos, atacados por un repentino malestar convulsivo, enloquecieron y armaron una bulla frenética: caían libros, se arrastraban sillas, alguno se paró sobre su pupitre y todos chillaban en desorden. En mi cabeza ocurría una confusión aún mayor: la aparición de una idea desproporcionada, los recuerdos fragmentados de algunas cosas leídas tiempo

atrás, la visión de algunas fotografías, la imagen de Avi muerta, pero sacudiendo la cabeza leve y sorpresivamente. Me paré sin prisa, mirando la pregunta que hacía unos minutos había escrito en el tablero; puse mi mano sobre ella y caminé con dirección a la puerta del salón, dejando el texto parcialmente borrado. En algún lugar había leído, quién sabe hace cuántos años, que ciertos árboles de la familia de las fagáceas habían sido utilizados en la antigüedad para la fabricación de bálsamos conservantes. Como el aceite de roble, susurré. Me detuve en la puerta. El salón había quedado vacío. Ahora era afuera, en los pasillos, donde se escuchaba la algarabía de los estudiantes. Volví a mi escritorio y me senté con la mirada perdida hacia el frente. Era una idea absurda, desmedida, perfecta. Que se conservaban, había dicho mi alumno. *Y escucho un susurro de mar lejano, cadencioso y arrullador y la luz del mundo se apaga. Veo un punto blanco al fondo de la oscuridad y pienso que puede ser una puerta o una ventana o una gaviota. Y el punto comienza a ensancharse mientras el sonido del mar continúa igual de lejano, como si a lo lejos un gigante soplara ruidosamente. Y me llega el olor peculiar del mar, el sabor salado del aire. Y el punto ya no parece un punto blanco, sino un cuadrado blanco, o un rectángulo blanco que no está creciendo sino acercándose; me doy cuenta de ello, de que eso blanco viene volando hacia mí. Y cuando llega se queda suspendido, flotando sobre la tina. Una sábana blanca ondulando en el viento, que viene del fondo más oscuro a buscarme, se ha detenido sobre mi cabeza y desciende. Bajo la cerviz igual que si estuviera por recibir una unción y la manta me cubre como a una silla vieja. Mi cabeza, mis hombros. Y toma mi forma.*

Y despierto en esta tina de nuevo. Siempre quieto.

Inmóvil. Tendiendo al no movimiento y por ello a lo inhumano. Similar a ellas, amontonadas en este baño, ajenas a cualquier cambio. Todo en ellas se ha detenido. Me rodean inmóviles, una suerte de muralla que resguarda a un viejo motor a punto de detenerse, el motor más antiguo, el que propició la postura de cada piedra, el que construyó la muralla y ahora funciona al ralentí y se agita con las últimas revoluciones. Ha llegado la hora; sino después me va a resultar imposible hacerlo. Apoyo mis manos en los bordes de la tina, y escucho cómo mis articulaciones se quejan cuando trato de estirar mis brazos al intentar levantarme. El dolor en mis hombros y en mis codos es insoportable y no logro desprenderme del fondo de la tina. Vuelvo a intentarlo, voy a intentarlo las veces que sea necesario. Mis brazos se tiemplan y siento que son hilos a punto de romperse. Aprieto los dientes. El rostro me tiembla. En el suelo la sombra de mi torso se proyecta larga, casi hasta la puerta del baño, mientras sostengo todo mi peso en las manos y logro sentarme, por fin, en la cabecera de la tina. Puedo ver la calle a mi izquierda, por la ventana. Está vacía, como de costumbre. Mis piernas siguen rígidas, renuentes a moverse, dejándose arrastrar por el resto del cuerpo y decido que lo mejor es descansar un poco. Las fricciono, les doy pequeños masajes. Me pregunto cómo haré para verter el saco en la tina, si a duras penas lograré salir de ella. Debí dejarlo junto a la bañera. Los dos metros que me separan de él van a ser interminables. Cinco kilos de aserrín, medio de carbón y unos puñados de alcanfor y naftalina. Debe pesar seis kilos, más o menos, algo que hace un tiempo hubiera podido levantar con una sola mano, pero que ahora podré mover con la facilidad con que se mueve una montaña. O quizá en unos instantes mi cuerpo se acostumbre al movimiento y vuelva a funcionar con soltura, y quizá no sólo logre cubrir el fondo de la tina con

el contenido del saco, sino que además pueda ir hasta el lavamanos y contemplarme en el espejo, estudiar los cambios que debo haber sufrido en los últimos días, e ir después a la cocina y prepararme un café y buscar alguna tostada o unas galletas. Algo debe haber para comer. Lo mejor será ignorar la cama, porque si me acuesto en ella puedo quedarme dormido quién sabe por cuántos días. ¿Qué estoy pensando? Eso nunca va a suceder. ¿Café, galletas, cama? Nada de eso está a mi alcance ahora. Esos eran los lujos de otro hombre, las suntuosidades de otro hombre. Las mías serán lograr mover las rodillas. Respiro hondo, profundo; bastante bien para un hombre en mis condiciones. Inhalo y exhalo con fuerza, casi con vigor. Logro doblar una rodilla. Qué bien, estoy seguro de que mi cuerpo va a reaccionar. Ahora la otra. Lo estoy haciendo de maravilla. Miro a Avi. Vamos, ánimo, le digo y levanto una pierna sobre el borde de la tina y la dejo descolgarse con fuerza al otro lado. Ya casi estoy afuera. ¿Debo detenerme un momento y recuperar fuerzas? No, no debo. Tengo que seguir el impulso de la victoria, agotar cada ápice de la energía que me reste y salir de la tina, tomar el saco y levantarlo sobre mi cabeza y dejar que la mezcla olorosa sobre la que drenaré mis líquidos corporales por fin llene el fondo de esta tina, y entonces volver a ella, revitalizado, con la jeringa en la mano e inyectarme los trece centímetros de aceite de roble, alcohol y ácido benzoico en el muslo, tal como los inyecté en Avi y en todas las demás, todas las que de alguna forma me acompañan ahora, que de alguna forma me miran con sus ojos cerrados y sus párpados hundidos y marchitos. Y me ha emocionado tanto la proximidad del final que me he puesto de pie, no sé cómo —y tal vez me haya equivocado, tal vez el café y las galletas no estén tan lejos de mis posibilidades—, y al intentar sacar la otra pierna, al levantarla, la que tengo afuera me

traiciona y se deja sacudir por un temblor y siento que cede, siento cómo se flexiona y voy cayendo y alcanzo a pensar, fugazmente: bendita gravedad que me ayuda a salir de esta tina. Y el golpe en la cara es brutal. Y yo que desde hace un tiempo suelo perderme con frecuencia en trances extraños y supresores de la realidad, soy ahora pura conciencia, conciencia de dolor, de ardor, de huesos rotos, de piel abierta. Escupo un coágulo espeso de sangre y un diente. Cómo me gustaría ahora la llegada de uno de mis estupores, perderme de la realidad por unos segundos, al menos. Pero no va a suceder: el dolor es demasiado intenso para poderme sustraer de él. Me arrastro hacia el saco y lo abrazo. Tomo la jeringa que está a su lado y lo empujo casi medio metro hacia la tina. Vuelvo a arrastrarme y lo empujo de nuevo, una y otra vez hasta tenerlo justo donde lo necesito. Con una mano me aferro al borde de la tina, y con el otro brazo al saco para intentar entrar en ella al tiempo que lo cargo; pero la tarea me sobrepasa. Así que me acuesto boca arriba, tomo el saco con mis dos manos y lo levanto sobre mi cabeza con un esfuerzo descomunal. La titánica empresa de levantar seis kilos hasta el borde de una pila de baño y tirarlos en su interior. Descanso un instante y voy recuperando el aliento. Miro a Avi desde el suelo, a sus pies; está en la misma posición en que la dejé el día que organicé este lugar y me metí en esta tina: junto a la cabecera, recostada de tal manera que quedara en equilibrio, similar a una ficha de dominó puesta en vilo, a un maniquí olvidado en una bodega. Al igual que tantas otras veces le pido perdón y le pregunto dónde estuvo esa noche, por qué no llegó a la casa. ¿Pero qué derecho tengo yo a exigir cualquier cosa de Avi? Me agarro del borde de este que será mi féretro, y gasto lo que me resta de energía tirándome en su interior.

Cuando Castillo vino a visitarme, descubrí que él y Avi habían sido más cercanos de lo que yo imaginaba. El último par de noches lo había pasado en vela, estudiando el material que había conseguido sobre embalsamamiento y momificación, y había estado todo el día intentando poner en práctica lo aprendido. Finalmente había concluido el arreglo de los cuerpos, y Avi y Alba ya estaban en sus tinas. Avi en la del baño de mi habitación y Alba en la del baño de la sala, aquél que hasta entonces había servido de laboratorio. Sonó el timbre y al asomarme por la ventana encontré a Castillo en la reja del edificio. Desde la calle me preguntó por qué llevaba días faltando al colegio. He estado ocupado, le dije. ¿Y Avi?. Me quedé mudo. ¿Por qué no me abres?, me dijo, No vamos a hacer visita desde aquí. Ya bajo, le contesté y cerré la ventana. Olfateé el aire del apartamento y mis manos, y sólo noté un leve olor a alcanfor. Por lo visto la emulsión de aceite de roble y ácido benzoico en realidad sí detenía la putrefacción de los órganos internos. Cubrí las tinas con cobijas y bajé a la calle decidido a despachar a Castillo en un par de minutos; sin embargo, en cuanto entreabrí la reja, se metió al patio al tiempo que me echaba su pesado brazo sobre los hombros. Entonces qué, Payasito, ¿muy abandonado? Qué pena pero estoy ocupado, le contesté tratando de hacerlo volver a la calle. Déjate de pendejadas, me dijo, Que si alguien sabe cómo son las penas por las viejas, soy yo, y cerró la puerta de una patada.

Se sentó en la sala y sacó de su chaqueta media botella de aguardiente y dos copas desechables arrugadas que puso en la mesa. Ahora sí, Vidalito, vamos a ahogar recuerdos. Mi primer impulso fue negarme a beber, pero casi al mismo tiempo pensé ¿Y por qué no? Estaba agotado, triste, disminuido y, ahora que había terminado de embalsamar

los dos cuerpos, sólo me quedaba un apartamento vacío y una sucesión interminable de horas lentas. Tomé uno de los tragos que Castillo había servido y me lo bebí de un sólo golpe, sin atender el brindis que me ofrecía. Sus pequeños ojos se achicaron todavía más y en sus carrillos se formaron dos hoyuelos al sonreír. Serví otras dos copas y volví a beber. Después de un par de frases introductorias, Castillo comenzó a hablarme del que supongo era su tema preferido y con el que rompía el hielo en cualquier conversación: su biografía sexual. A los siete años le había tocado los senos a la empleada de su casa, a los once una primita y él se manoseaban en un pasillo oscuro de la casa cuando los dejaban solos, a los catorce alcanzó a estar desnudo en un baño con la hija de una amiga de su mamá, y a los quince había perdido la virginidad en el cuarto de máquinas de una finca, mientras los papás de la jovencita la llamaban desesperados y a gritos por todo el terreno. Tras una dolorosa inactividad de casi tres años, el día en que cumplió los dieciocho, una vecina de la casa le dio el mejor regalo del mundo y le enseñó en un par de horas cómo se acariciaba a una mujer, cómo se le hablaba al oído y, al final de la faena, cómo se limpiaban los canales de su casa. Castillo me contaba una tras otra sus fantasías y yo asentía, dejándole decir lo que le viniera en gana. En realidad le estaba agradecido por llenar la noche con su basura de experiencias orgiásticas, multiétnicas y hasta subacuáticas, hasta el momento en que descargó con fuerza la botella sobre la mesa, luego de servir dos tragos más, y me preguntó ¿Para dónde se fue Avi? Lo miré a los ojos, sin contestarle, y me pregunté cuál sería la verdadera razón de su visita. Me lo contó todo, me dijo, reprimiendo una risilla morbosa. ¿Y qué es todo?, le pregunté, rechazando con un gesto el trago que me ofrecía. De donde la sacaste, me contestó y se llevó la copa a la boca. Me recosté en la silla dándome cuenta de que estaba bastante mareado. Donde se conocieron, continuó al ver que yo permanecía

en silencio. ¿Y cuándo le contó eso?, le pregunté. Se sirvió de nuevo un trago y después de mirarlo por unos segundos, como comprobando la transparencia del aguardiente, cerró los ojos y se lo bebió sin premura. Aguardé tranquilo a que me mirara. Se limpió la boca con el dorso de la mano y confesó: ¿Podrías decirme dónde queda la casa esa? Debí haber hecho algún gesto de extrañeza, porque me insistió diciéndome que no fuera egoísta, que le diera la dirección del sitio en el que había trabajado Avi, que si ella había vuelto a las “andanzas” a él eso no le interesaba, pues lo que quería era conocer a las otras, de las que Avi le había contado maravillas. Me era fácil imaginar a Avi inventando una historia absurda de prostíbulos y proxenetas; pero me inquietaban las posibles situaciones en que se había producido esa conversación entre ella y Castillo. Necesito un baño, ¿puedo?, me dijo señalándome la puerta del baño en el que estaba Alba. Le dije que no había problema, pero que era mejor no mover nada allí adentro, pues en realidad el lugar funcionaba como laboratorio. Cuando entró al baño me quedé pensando que tan pronto saliera sería evidente si había visto o no a Alba. De haberla descubierto tendría que lanzarme sobre él y matarlo, posibilidad bastante remota, comprendía, pues Castillo no sólo debía tener el doble de mi peso, sino que además era mucho más joven y estaba menos borracho que yo. Terminaría en manos de la policía, pasando mi vejez en una celda, acusado de la muerte de dos mujeres. La puerta del baño se abrió y en lugar de prepararme a saltar sobre Castillo como lo había imaginado, me quedé inmóvil en la silla, petrificado. ¿Y será que no te puedes conseguir otra sobrinita allá donde encontraste a Avi?, preguntó al salir. Sonreí tranquilo. A lo mejor, continuó entusiasmado al ver que su comentario me había hecho gracia, Tengan Avis por montones y puedas hacerte a otra. Tomé la botella, en la que quedaban menos de dos tragos, me puse de pie y se la di. Sí, a lo mejor sí, le dije acompañándolo a la puerta del

apartamento, Cuando vuelva al colegio le llevo la dirección que quiere. Antes de salir, se detuvo y me preguntó la función de la cadena que tenía sujeta al tubo. Queriendo darle una respuesta que lo hiciera feliz, le dije Juguetes que teníamos con Avi. Lanzó algo similar a un grito tirolés y bajó las escaleras dando aplausos. Después de dejarlo en la calle, cuando subía las escaleras de regreso a mi piso, pensé en las últimas palabras de Castillo y me dije que sí, que quizá podría haber otra Avi, que quizá podría encontrar a otra Avi en el mismo lugar en donde la había encontrado a ella.

Al día siguiente me desperté cuando ya se terminaba la mañana y con la misma idea con la que me había acostado. Revisé las tinas y encontré que los vidrios con que estaban tapadas se habían empañado en su cara interior, debido a la imposibilidad de que la humedad liberada por lo cuerpos fuera exudada. Deseé que todo estuviera en orden y bajé al invernadero a repetir una labor hecha casi dos años atrás: Cruzar las mismas dos plantas que habían dado origen a las semillas de Avi. De nuevo tomé el polen de la única Epica-tonia que hubo en mi colección, y lo introduje en las flores de la misma Cattleya que había cumplido el papel de madre aquella vez. Arrastré un banco y me senté frente a las dos plantas *y de repente escucho un sonido tosco y metálico; luego uno agudo que se prolonga por un segundo entero. Tras una breve pausa vuelven a repetirse. Afino mi oído y los escucho una y otra vez, formando la secuencia sencilla, predecible y conocida de la cadena pesada pasando a través de un mecanismo oxidado. Me fijo en el techo y noto que hay algo distinto en él, y de nuevo irrumpen el chirrido del mecanismo y la cadena acomodándose. El techo ha descendido unos cuantos centímetros. Me quedo observándolo y compruebo que la altura del lugar disminuye cada vez que se repite el sonido prolongado del aparato arrastrando la cadena, engulléndola. El techo se acerca a mi ventana y si-*

que bajando, comienza a cubrirla y sigue bajando, la tapa hasta la mitad y sigue bajando. La luz se hace escasa, y mis creaciones se ven aún más grises y secas, semejantes a viejos troncos caídos, de los cuales sólo queda una cáscara frágil y vacía, presta a desmoronarse con el primer contacto. Mi ventana desaparece casi en su totalidad y me pregunto si el techo continuará descendiendo y hasta qué punto lo hará. Como respuesta obtengo la repetición del sonido de la cadena. Cuando el techo reposa por completo sobre mi tina quedo encerrado y en la más absoluta oscuridad. La cadena y el mecanismo no se detienen. Ahora también escucho el crujir de la tina y la primera grieta formarse a mi derecha, y una detrás de mi cabeza y luego otra y una más, miles de grietas, de crujidos leves, rápidos, incessantes, que anuncian el fin de la resistencia, el momento inevitable del estallido. Y me despierto con los ojos clavados en el cielo. Qué rápido se ha hecho de día. Siento el pecho oprimido y me atacan punzadas en el vientre. Miro a Alicia por un momento. ¿Ves qué difícil es?, le pregunto. Un temblor fuerte me sacude y aprieto mi puño alrededor de la jeringa. Es muy difícil, le repito, No te imaginas cuánto.

Noches después volví a escuchar en el piso superior los ruidos de una pareja. Sin pensarlo muy bien subí y encontré a Alicia desnuda, de rodillas y con la cabeza pegada al suelo. El hombre corpulento que estaba penetrándola me miró y, aunque por un instante pareció indeciso sobre si continuar o detenerse, decidió seguir golpeando su cuerpo contra el de ella. Había llegado el momento de la venganza, del castigo y, a pesar de no saber con exactitud cómo, de descargar mi furia. ¡Tú!, le grité, señalándola con mi dedo índice. Alicia me miró con frialdad, como a algo insignificante, antes de que todo su rostro se crispara por el dolor que el hombre le propinaba con los últimos embates. Luego, el toro que la

fornicaba la apartó empujándola hacia adelante, con una mueca similar al asco, similar a la que se hace cuando se tira a la basura una manzana agusanada, y se lanzó contra mí, como un carnero en embestida. Lo vi levantar el brazo y, antes de que atinara a moverme, sentí el impacto y perdí el sentido. Cuando desperté ya se habían ido. Me incorporé y dejé el apartamento, sin cerrar la puerta al salir.

Después de aquella vez la presencia de Alicia en el piso de arriba se hizo muy frecuente, casi diaria; sin embargo nunca volví a subir tras ella, en parte porque jamás estaba sola, en parte porque estaba seguro de que tarde o temprano llegaría el momento de encontrarnos y que sería ella la que lo propiciaría. Sentía pena por su deplorable imitación, conquistando hombres en la calle y llevándolos a su sitio, a su altar, haciéndolos suyos sólo por un momento y esforzándose por lograr que sus gritos llegaran hasta mí, por hacerme conocedor de sus alcances y de su dolor. Tanto esfuerzo para al final tener que resignarse a la partida de los fieles de turno, a la incapacidad de atesorarlos del modo que atesoro yo a mis creaciones, de ser dueña de sus hombres igual que lo soy yo de mis mujeres. Debían dolerle sus limitaciones, tanto como a mí las mías.

Y es que al morir, Avi develó mis límites. Curiosamente, no magnifiqué en su justa medida el dolor y el significado de su ausencia durante los primeros días. Había estado tan ocupado con los embalsamamientos, con la visita de Castillo, con volver a polinizar la orquídea que había gestado las semillas de Avi, que me sentía bajo el efecto de la anestesia. Luego vino el regreso al colegio. La misma cantidad de café que preparaba cada mañana resultó ser excesiva; del tiempo que gastaba en alistarme para salir a trabajar me sobró la mitad; y la

caminata al colegio fue tediosa, y las aceras, demasiado anchas. Sin embargo todo eso no me producía más que un leve extrañamiento. No me sentía triste ni angustiado. De hecho, aunque comencé la primera clase sin deseos de dictarla, a los pocos minutos ya me sentía tan normal como cualquier otro día. Así pasé el resto de la mañana: olvidando. Y es que hasta ese momento yo sólo “sabía” la muerte de Avi. Sabía que estaba muerta, sabía que no estaba alistando el almuerzo en la cafetería, sabía que no estaría en la puerta del edificio, esperando mi llegada a la casa. Era un conocimiento que, como tal, se podía olvidar, así fuera momentáneamente. Pero en la tarde, cuando encontré la reja del edificio sin ella, tal como sabía que la encontraría, sentí por primera vez su muerte. Abrí el edificio y la ausencia de Avi salió a mi encuentro, de la misma manera que si una red inmensa desplegada tras la puerta me cayera encima y me envolviera dándome una, dos, tres, cuatro y muchas más vueltas, innumerables vueltas que me convirtieron en un fardo de aflicciones, en un atado de melancolías. Entré al apartamento, caminé despacio hasta nuestra habitación y me senté en nuestra cama sintiendo por primera vez el vacío de Avi, la nulidad en la que se había convertido, el cero radical que ahora era, y el tamaño de mi impotencia.

Comenzaron a pasar los días y, de manera extraña, la ausencia de Avi se convirtió en una suerte de presencia constante. En la casa todos los objetos tenían su nombre, su huella; en el colegio y en las calles cada rincón me la recordaba; y en el rostro de los demás cualquier gesto desprevénido me hacía ver su cara. Avi se volvió una brisa omnipresente, todos los lugares, todas las personas, todas las orquídeas.

La vida se volvió tediosa y repleta de pensamientos. Descubrí, por ejemplo, que nunca había conocido la so-

ledad. Mis papás, mis amigos, mis primeras dos esposas, todos habían no sólo hecho parte de mi vida, sino que además, comprendí asombrado, conformaron casi por entero lo que fui. Si miraba mi pasado con cuidado, era evidente: Mi madre me convirtió en un hombre tranquilo al que es difícil exasperar; a mi padre le debo mi capacidad inmensa para la desidia; a un amigo de adolescencia, el amor por el conocimiento; a Liz, el silencio como vía de escape; a mis hijos, el fastidio acérrimo por la estupidez infantil. Pensándolo bien: de lo que yo soy, poco me lo debo a mí mismo. Y con Avi no fue distinto. Por el contrario: ella produjo los cambios mayores. Avi me hizo un hombre diferente. Lo noté con el paso de los días después de su muerte. Yo ya no era, ni he vuelto a ser, por ejemplo, un hombre capaz de vivir sumergido en fantasías similares a la de la señora Guzmán; ni un hombre incapaz de extrañar a alguien, de necesitar a alguien. Avi me hizo un hombre dependiente de ella, de su compañía, de su ternura. Y digo “me hizo” porque es lo más adecuado. Ella no había sido sólo mi creación. Había sido uno de mis creadores, el más importante. La soledad, entendí, era no tener a nadie que continuara creándome. Por primera vez estaba solo. *Mi tina comienza a achicarse: su largo normal se ha reducido y continúa haciéndolo de tal manera que mis piernas no van a caber si no las flexiono. No lo hago, pues no puedo, no quieren moverse, y simplemente me quedo embebido en la contemplación de estar engastado en esta tina que sigue acortándose, mientras la masa de mis piernas, al no poder escapar, comienza a expandirse. La tina no se detiene. Ahora mis piernas son un par de bolas bajo mi torso. Ahora apenas cabe mi pecho. Ahora el ancho del espacio en el que hace unos segundos estaba sentado, es de tan sólo unos cuantos centímetros. Me parece natural que mi materia comience a rebosar la tina y gotee sobre*

el suelo a lado y lado de mi cabeza, el único miembro que he tenido afuera todo el tiempo. Lo que fue mi cuerpo ha caído convertido en lodo al suelo, y la tina ya no es una tina sino un par de paredes unidas sin intersticio alguno entre ellas, sobre las que mi cabeza se mantiene en equilibrio, como tambalea una esfera sobre un muro que se adelgaza sin cesar. Finalmente mi cabeza cae y se estrella contra la rigidez del suelo y se esparce sobre él, como una bola de lodo blando y sucio.

Despierto más cansado que nunca, abro el saco, lo vierto por completo a mi lado y comienzo a esparcir con un brazo el contenido por la tina. Dentro de veinte o treinta días la combinación de aserrín, carbón, nafta y alcanfor, mezclada con los líquidos de mi cuerpo, se convertirá en una masa fría y semicompacta. De repente caigo en la cuenta de que el vidrio con el que debería sellar la tina no está en el baño. Intento acordarme de la última vez que lo vi, pero no logro recordar haberlo tenido en otro lugar de la casa. No entiendo dónde puede estar. En la tina del laboratorio debe estar el otro, pero ¿quién podría ir hasta allí y traerlo? Supongo que, al no sellar la tina, mi cuerpo se descompondrá más de lo normal, que su traición será mayor. Y es que el cuerpo siempre, tarde o temprano, nos traiciona. Enfermedad, vejez, muerte, descomposición. Traiciones. Cuando retiré el vidrio de la tina donde estaba Avi, al sentir que, en lugar del tufo de descomposición que habría podido esperarse, se levantaba un ligero olor a caldo de res, tuve la esperanza de haber sorteado la traición. Debido a que el vidrio se había empañado desde adentro, no tenía la menor idea del estado en que se encontrarían Avi y Alba. Quizá en el fondo esperaba sacar de las tinas dos seres casi idénticos a los que había dejado unas semanas atrás, algo similar a un truco de magia en el que la asistente del mago, tras

ser cubierta por una sábana, es convertida en estatua de cera ante la mirada atónita de los espectadores; pero en esta ocasión, en cambio, la asistente mutó a algo básico, y quedó reducida hasta el mínimo necesario para poder seguir siendo identificada como la asistente, aunque ya no fuera ella. Las momias de Avi y Alba medían ahora tres cuartas partes de lo que ellas habían medido en vida, tenían la piel oscura, templada y quebradiza, igual a una hoja seca, y en las manos, del mismo modo que en el resto de su superficie, los huesos se dibujaban nítidos y se veían demasiado grandes para el envoltorio que los cubría. En lugar de brillantes figuras de cera, tenían la semejanza de cadavéricas muñecas de trapo apolilladas. Cuando las cargué no me extrañó su ligereza: parecían estar vacías. En cambio me preocupó la fragilidad: si las tomaba con sólo un poco de fuerza, se producía en sus pieles una depresión que con facilidad se transformaba en hendidura. Las llevé a mi armario, las dejé una al lado de la otra y me senté en mi cama a contemplarlas. Avi ya no era Avi. Había sido mi jardín al margen del mundo y, ahora, la había convertido en una planta tan seca como la orquídea marchita que está en su mesa de noche, pálida y doblada sobre sí misma.

Había esperado que su momificación fuera, de alguna manera, un retorno; entonces, al fracasar, contemplé la posibilidad de que mi plan de obtener una segunda Avi, repitiendo el cruce de las dos orquídeas que habían producido sus semillas, también fallara. Así que, en lugar de sentarme a esperar los diez meses que restaban para que se terminara el ciclo de gestación, decidí aumentar las probabilidades de éxito polinizando más plantas. Trabajaría en muchas creaciones a la vez. Imaginaría en ellas el temperamento de Avi, su forma de moverse, su manera de reír, su mirada; quizá así lograría que alguna

fuera ella, de nuevo. No iba a permitir que desapareciera como si nunca hubiera existido. Tenía el roble, tenía el invernadero y, por si fuera poco, todas las variedades de orquídeas del mundo para procurar que volviera de una manera u otra, en un cuerpo u otro, a mi casa. No importaba cuántas veces tuviese que intentarlo, crearía una segunda Avi mientras que su primer cuerpo, el achicado y oscurecido, me lo quedaría, atesorándolo porque al fin de cuentas seguía siendo ella, era ella con su pijama descolorida y en jirones. Créeme que me hubiera gustado cambiarte de ropa. ¿Me crees, no? Lo hubiera hecho casi a diario, pero cómo si sólo con tomarte una mano corro el riesgo de arrancártela, si sólo con acariciarte el pelo se te desprende en mechones.

La población del invernadero se multiplicó. En las tardes, tras llegar del colegio, me sentaba unos minutos frente a cada una de las plantas que dentro de poco comenzarían a darme semillas y mujeres, e imaginaba el tipo de Avi que podrían ser. En dos meses, por ejemplo, llegaría una *Masdevallia veitchiana*, de la que esperaba una Avi pelirroja y de caderas anchas; en siete semanas una *Brassavola subulifolia*, que se parecería mucho a Avi, sólo que sería más alta y más delgada. Distintas Avi, distintas adaptaciones de Avi, pero siempre Avi, al fin y al cabo. Y en las noches, oyendo a Alicia en el piso de arriba, me dedicaba a asear las dos momias que tenía en el armario, para evitar que el polvo y los hongos las terminaran de pudrir. Lo hacía con una brocha suave en la mayor parte de su superficie y con un pincel pequeño en los lugares donde se requería más detalle, como en las manos, por ejemplo, donde la piel de las muñecas comenzó a retirarse con la delicadeza de la filigrana, similar a un guante que se enrolla hacia los dedos, dejando al descubierto una materia arenosa y frágil.

Las ramas del árbol comenzaron a doblarse sometidas por el peso de las vainas que colgaban de ellas; entonces volví al roble en noches oscuras a recoger a mis nuevas creaciones, caídas a su lado, como frutas maduras. Las cargaba, las limpiaba, las calmaba y luego las ahorcaba, a casi todas la misma noche que nacían, al descubrir que sólo eran nuevos fracasos. Mi esperanza se fue desvaneciendo. Supongo que de manera simultánea fue desapareciendo la de Alicia. Me la imagino vigilándome desde la ventana oscura del piso de arriba, viéndome entrar al edificio con alguna mujer cargada en mis brazos, y entendiendo que ni ella ni yo alcanzaríamos lo que estábamos buscando. Con el tiempo he comprendido y aceptado que me será imposible regresar a Avi por una única razón: la limitación de mi creador. Ese que ha continuado creando en busca del retorno de su creación perfecta. Él no lo ha logrado aún y él es mi límite. De la misma manera debió entenderlo Alicia —pobre Alicia: limitada por algo tan limitado como yo— y entonces creyó que eliminándome eliminaba sus propios límites. No sé hasta qué punto ella sabía lo que estaba sucediendo en el roble o si fue una casualidad que escogiera el momento que escogió para volver a la casa. Lo cierto es que esa noche yo había llevado a la última mujer que crearía: la proveniente de la misma orquídea que había concebido a Avi, aquella que polinicé recién ella murió. En cuanto a su apariencia era casi idéntica a Avi, pero la expresión de sus ojos la hacía distinta. Después de once meses de trabajo creando más de una docena de mujeres, no me resultó difícil entender que esa, que me había prometido a mí mismo sería el último intento, no podría, ni con todo el tiempo de la eternidad a su disposición, llegar a ser lo que Avi fue. La maté en la sala y la dejé en el sofá. Me acosté pensando que quizá sería mejor enterrarla, pues desde hacía varios meses me había cansado

del proceso de embalsamamiento y de la espera de la momificación; pero, como siempre que me planteaba la disyuntiva, terminé prefiriendo la tina y el alcanfor, a la tierra y la pala. *Y un cosquilleo inquietante en mis pies me obliga a reparar en ellos y los veo deshacerse. Veo las puntas de mis dedos esparcirse en partículas finas por el aire, semejantes a terrones de azúcar deshechos. Y por una brisa venida de quién podrá saber dónde, las partículas comienzan a volar como la arena del desierto en una tormenta de viento, formando remolinos en el aire. También siento algo en mi garganta, la sensación de haber tragado saliva fuertemente a pesar de estar seguro de no haberlo hecho y, sin tener una razón, me busco las manos sin encontrarlas. He querido alzarlas pero ya no las tengo y comprendo que todo mi cuerpo está deshaciéndose. Ahora a mi derecha, en el centro del baño, está terminando de formarse la figura de un hombre con la materia arenosa que sale volando de esta tina. Como si el hombre fuera un imán para mis partículas, ellas vuelan hacia él y lo configuran. Mi ángulo de visión cambia y comprendo que mis ojos se están hundiendo. El hombre hecho de mi arena es idéntico a mí: el mismo vientre abultado, la misma nariz redondeada y la calva inconfundible. Se acerca a Avi, recuesta su cabeza en la de ella y juntos comienzan a deshacerse. Alcanzo a ver sus partículas mezclarse en el aire, alzando vuelo. Y es lo último que veo, quizá porque mis ojos se han hundido por completo y mi camisa ha caído sobre ellos, o quizá porque también se han deshecho.*

Despertarme es cada vez un proceso más demorado y reacciono con mayor lentitud. Ya está el carbón esparcido en la tina y yo acostado sobre él. Puedo sentirlo en mis pies. Tomo la jeringa. Si pudiera saldría de la tina y me despediría de Avi, acariciándole el rostro. Luego vol-

vería a acostarme y me inyectaría. Aunque también me acercaría a Alicia. ¿Sabes por qué te maté? Porque una creación mía no debía sobrevivirme. Cuando llegaste esa noche yo ya sabía que todo se había terminado, que ya no quedaba mucho por delante, que apenas me restaba terminar un asunto: tu presencia en el piso de arriba. Ahorcarte era mi última tarea. Tú o yo. Tú también lo sabías, por eso viniste. Dejarte viva era una derrota, una más. Algún día, en una tina o en una montaña o sentado en el cráter de un planeta solitario, morirá, enloquecido y atemporal, el ser que me ha creado, que me ha vigilado, que ha castigado mi insolencia. Cuánto me habría gustado tener su cuello entre mis manos, qué completa habría sido entonces mi existencia.

Alicia debió haber hecho algún ruido. O quizá me desperté sólo porque el destino no había orquestado ese momento para mi muerte, sino para la de ella. Desde la cama vi una sombra que se acercaba a la entrada de mi habitación y después la silueta de Alicia en la penumbra. Caminaba hacia mí tranquila y confiada, sin imaginarse que yo estaba despierto. Cuando llegó a mi lado se agachó y sus ojos se abrieron de terror al ver los míos ya abiertos. Entonces levantó su brazo y lo lanzó contra mí, al tiempo que se echaba hacia atrás con un movimiento torpe, indeciso. Yo también alcé mi brazo, intentando detener el golpe, y sentí un dolor agudo en el dorso de la mano. Comprendí que tenía un cuchillo y que había alcanzado a herirme. Me incorporé de un brinco y me tiré sobre ella, y escuché el cuchillo caer al suelo, y mi peso la empujó por unos cuantos pasos que parecieron medir kilómetros, un vasto espacio recorrido por dos seres pegados uno al otro, frente a frente, dirigiéndose rápidos y coordinados hacia un punto definitivo, en un viaje tantas veces realizado, una y otra vez la batalla de dos cuer-

pos. Mi cuerpo apretando el de Alicia contra la pared, mi hombro clavado en su garganta; ella perdiendo el aire y la contienda. La tiré al suelo y tomé su cuello entre mis manos. Un movimiento limpio, preciso, la excelencia que trae el entrenamiento. Alicia decidió rendirse. Se dejó ahorcar con una obediencia inusual en ella, concentrando el residuo de sus fuerzas en su mirada, exigiéndome verla. Lo hice, la vi, le di el placer de una pequeña venganza. Me miró con ternura y murió. Solté su cuello y quise pararme, pero no pude, me sentí vaciado, sin restos de fuerza. Y puse mis manos en sus hombros y hundí mi rostro en su pecho. ¿Podrá haber existido, en la historia de los dioses, uno peor que yo? He repartido miseria y he escatimado amor a todas mis creaciones. ¿Habría podido ser distinto? ¿Habría sido posible lograr que ellas vivieran con la permanente sensación de ser amadas? No lo sé. No sé si hubiera sido posible, sólo sé que era lo único que esperaban de mí. Un deseo tierno, infantil, absurdo y lastimero. Después de la noche que cené con Avi, nunca volvió a preguntarme por qué la había creado. Antes pensaba que no lo había hecho previendo que mi respuesta sería la misma, y que la inutilidad de mi respuesta demostraba la inutilidad de su pregunta; pero ahora creo que simplemente dejó de buscar una razón para su existencia, un porqué que justificara su presencia en este mundo, y sólo quiso ser amada. Nada más que eso. Ser amada eterna e incondicionalmente.

Con la muerte de Alicia llegué a la frontera, al comienzo de la etapa final. Al día siguiente no fui al colegio y no volví nunca. La alisté con esmero, como a todas mis mujeres. La desnudé, froté su cuerpo con una esponja empapada en agua y jabón, la peiné, le corté las uñas de pies y manos, la vestí de nuevo con el vestido que había traído puesto y la dejé tranquila, reposando en

esta tina. La misma seguridad que tuve cuando descubrí mi poder la tuve entonces. No tuve dudas de lo que me quedaba por hacer.

Ya no estoy empecinado en el regreso de Avi, ahora me resta procurar alcanzarla. Si en un momento no pude entender que sólo existí para crearla, lo hago ahora. Entiendo que el juego ha terminado, al menos en esta mesa, y no pienso quedarme esperando la llegada de nuevos jugadores o que vuelvan a repartir las cartas. Y sucedería: llegarían otros para apostar —porque hay un flujo incesante de situaciones y de personas en el mundo— y podría seguir arañando el borde del precipicio hasta cuando la suerte dijera “Ya no más”, como hacen todos, incluso aquellos que, al igual que yo, entienden en un momento que nada de lo que pueda venir será mejor, que la gloria, por corta o extensa que haya sido, por tenue o brillante que haya sido, ha concluido. *Y qué extraña sensación de liviandad, de ligereza. Levito con la timidez de una burbuja de jabón soplada hacia arriba. Floto sobre la tina y subo, dejando abajo a mis creaciones, pasando junto a la ventana. Y encuentro el techo a cada instante más cercano, acechantemente más cercano. Y me recuesto un poco, intentando evitar su contacto y luego un poco más hasta quedar tendido sobre el aire. El espacio entre mi cuerpo y el techo ha desaparecido casi por completo y mi ascensión no se detiene. La punta de mi nariz se achata. ¿Produciré un sonido ínfimo y dejaré una mancha en el techo? ¿Estallaré?*

Vuelvo a despertarme muy cansado. Miro al techo y compruebo que no hay ninguna mancha húmeda. Ya casi no me queda nada por contar. Cuando comencé a hacerlo había tantas palabras por decir; en cambio, ahora sólo restan unas cuantas. Al día siguiente de dejar a Alicia en la tina me senté en el comedor y empecé a escribir. Ella

se secaba y yo escribía. Tres semanas después saqué a Alicia y a mi última creación de sus tinas y las ubiqué en los lugares que había reservado para ellas dentro de este baño. Quitó el carbón, limpié la tina y traje a Avi y a las demás para que me acompañaran los días que quedaban. Organicé mi propio mausoleo. Fui a la sala y miré el roble por la ventana, el jardín con la hierba ya crecida, el invernadero hacía días abandonado. Sin nostalgias, sin despedidas ridículas, entré al baño y a la tina y a un rincón desconocido de mí y no volví a salir. Tenía claro en qué terminaría todo; sin embargo, el modo como transcurrieron los días fue imprevisible. Fui perdiendo cosas que se poseen de manera inconsciente, pero que constituyen la base de un ser humano. Cosas para las que no hay un nombre o al menos no uno que yo conozca. Quizá hombres de otras disciplinas, de obsesiones distintas a las mías las hayan reconocido y bautizado. Para mí son ignotas y distinguibles sólo de forma parcial. Únicamente sé que tienen que ver con el deseo de ser materia, con la comprensión del tiempo, con la resignación al cuerpo y al espíritu. Sé que no soy entendible. El caso es que con el pasar de los días en esta tina me fui abandonando, dejándome atrás. Las horas en que no escribía las pasaba contemplando el cielo o a Avi y a mis demás mujeres. En algunos momentos dudaba de si era al cielo o a ellas a quienes miraba, y comencé a hundirme en estados de alalamiento intermitentes. En algún momento de lucidez descubrí que no había notado la diferencia entre el último día y la última noche. El sol y la luna se habían mezclado.

Me clavo la aguja en el muslo y aprieto el émbolo sin dilaciones. Pienso en la orquídea de Avi, marchita en mi cuarto, y en la Cigopétalum de Alicia, también mustia en el laboratorio. Me pregunto ¿Qué se secará en el mundo

cuando mi cuerpo se seque en esta tina? Quizá el roble. Me gustaría que se secara el roble, aunque preferiría que se secaran todas las orquídeas. Imagino gigantescos campos sembrados de orquídeas grises. El logro más bello de la naturaleza extinto por mi muerte. ¿Qué será de ellas sin mí? ¿Qué será de ellas sin su dios? ¿Para qué su existencia? El mundo cubierto de orquídeas muertas. Creo que me lo merezco. Y siento el líquido esparcirse bajo la piel de mi pierna, subir tibio por entre mis vísceras, girar en mi cabeza. Y me ataca una presión en la garganta, como si alguien apretara mi cuello por dentro, y respiro de manera ronca tratando de que el aire llegue a mis pulmones. Y en medio de una lucha que doy sólo por acto reflejo, porque sé que está perdida, *veo el rostro de Avi sobre el mío, flotando en un escenario oscuro y sonriéndome. Ahora aparece el de Alicia; pero tiene algo distinto que noto de inmediato: tiene los ojos de Avi, los ojos color miel de Avi, y desaparece al aparecer otra mujer, una de rostro ovalado y nariz pequeña, que creo era una Dendrobium. Ella también tiene los ojos color miel, la misma mirada de Avi. Y ahora es Alba, la veo caminar hacia mí, como nunca lo hizo, erguida y pidiéndome con una sonrisa que me fije en sus ojos porque son los que siempre quise, son los ojos de Avi. Y pienso Lo logré. He vuelto a tus ojos, al color ámbar de tus ojos, Avi. No hay nada más que necesite.* Y siento que no puedo respirar por la nariz. Intento tocármela porque la siento extraña, como si se me hubiera ensanchado de un momento a otro; pero no puedo mover mis brazos. Me doy cuenta de que no puedo mover ninguna parte de mi cuerpo, excepto mis ojos. Miro hacia abajo y encuentro dos puntas oscuras que parecen salir de mis fosas nasales, dos raíces retorcidas emergiendo de mi nariz. Y veo cómo crecen. Y un mareo se apodera de mí y reemplaza cualquier otra sensación, al tiempo que las raíces siguen

extendiéndose. Y me doy cuenta de que no son raíces, de que son algo parecido pero profundamente distinto, algo más que conocido, algo más que familiar, algo que, ahora entiendo, está creciendo dentro de mi cuerpo y va a abrir mi tórax y va a romper mis brazos, para luego levantarse por encima de la tina y atravesar el techo de este baño y trepar por el piso superior hasta encontrarse con la azotea del edificio, romperla y recibir, por fin, un poco de aire fresco, y entonces seguir hacia delante, hacia arriba, donde el cielo ha de estar claro, azul y cercano.

Vidal, profesor de biología en un colegio de jóvenes, quien ha desarrollado desde temprana edad más que una afición por las orquídeas, nos invita a atestiguar su proceso creativo en un edificio muy particular, una especie de 'valle del génesis', revelándonos el insólito secreto que transformará su vida: "en ese lugar aparecen las mujeres que yo creo (...)". Asistimos así a una travesía por los recuerdos y pensamientos de un hombre en apariencia simple e insignificante, que huye de un pasado que ya no le pertenece, de una vida que abandonó para, tal vez sin saberlo, embarcarse en un presente no menos complicado, pero más suyo. Es entonces cuando Vidal hace surgir mujeres y el tiempo y su vida se trastocan. Las creaciones empezarán, en silencio, a reclamarle a su creador, y éste a enfrentarse a ellas y, en últimas, a sí mismo.

